

HQN™

**CON
SUERTE...
EN
NAVIDAD**



MAYTE ESTEBAN

**CON
SUERTE...
EN
NAVIDAD**

MAYTE ESTEBAN

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2021 Mayte Esteban

© 2021 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Con suerte... en Navidad, n.º 311 - diciembre 2021

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imágenes de cubierta utilizadas con permiso de Dreamstime.com y Shutterstock.

I.S.B.N.: 978-84-1105-223-8

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Para mi madre, Teresa.

Capítulo 1

Gerardo Sánchez levantó el teléfono de su despacho y marcó un número. Unos segundos después, el teléfono móvil de su joven ayudante, Andrea Hervás, empezó a vibrar en su bolsillo. En esos momentos, Andrea trabajaba en los sótanos del edificio que ocupaba la galería de arte, concentrada en organizar la disposición de las obras que iban a exponer la semana después de Navidad. Casi había olvidado que no estaba sola en el mundo y que alguien podría requerir su presencia, por eso puso un gesto de fastidio al sentir que alguien la buscaba.

—¿Sí?

—Buenas tardes, Andrea, soy Gerardo.

No hacía falta que se lo dijera, la pantalla del teléfono dejaba claro que era él. Tampoco hacían falta las buenas tardes, se las había dado por lo menos tres veces desde la comida, pero Gerardo era así. Un hombre enérgico, cercano a los sesenta, a veces demasiado educado.

—¿Suced algo? —preguntó ella.

—Necesito que vengas a mi despacho.

Notó algo en el tono de voz con el que la abordó su jefe que provocó que pensase que, lo que fuera que tuviera que contarle, era un asunto muy importante.

—¿Ahora? Estoy terminando de organizar la disposición de la exposición. Estoy con las obras en el sótano, decidiendo dónde...

—¡Ahora! —le dijo él, mostrando su otro lado, el grosero, que también tenía tan desarrollado como el educado—. Acabo de recibir una llamada y esto es mucho más urgente que la exposición.

Gerardo colgó sin despedirse y Andrea supo que no lo iba a encontrar de buen humor cuando llegase al despacho. Se quedó mirando el teléfono, intrigada. No se imaginaba qué podría ser más importante que la exposición que llevaban preparando desde septiembre y que les iba a suponer casi una quinta parte de los ingresos de aquel año. Suspiró resignada, con media hora más habría podido dejar terminado aquello y dedicar el final de la tarde a buscar los regalos de Navidad con sus amigas, Alicia y Clara. Miró su reloj y se dio cuenta de que, como Gerardo la entretuviera, sus planes debería posponerlos al menos para el día siguiente y empezaba a ser preocupante aplazarlos: ya estaban a 21 de diciembre.

Dejó sus papeles de mala gana sobre una estantería, agarró su libreta de notas y un bolígrafo, y después de sacudirse un poco el polvo que siempre se le quedaba pegado a la ropa cuando entraba al almacén, alisarse su profesional falda de tubo y acomodarse la chaqueta, salió de allí en dirección al despacho de Gerardo, el dueño de la galería.

—¡Hasta mañana! —la saludó una de las empleadas, que ya había recogido sus cosas, con la que se cruzó cuando se disponía a tomar el ascensor.

—Hasta mañana, Lorena —contestó, con poca pasión.

En el ascensor, se miró al espejo. Puso cara de fastidio cuando se dio cuenta de que llevaba una telaraña en el pelo. Se la quitó muerta de asco, mientras iba pensando que quería irse cuanto antes, que Lorena tenía mucha suerte por haber terminado su jornada. Al retraso que acumularía por culpa de la llamada del señor Sánchez, seguro que había que sumarle cualquier otra cosa que se le hubiera ocurrido ordenarle en el último momento. Sabía que la tenía en alta estima, porque era buena en su trabajo, pero a veces eso jugaba en su contra, sobre todo cuando él consideraba que el asunto era importante.

Económicamente importante, para ser exactos.

Cuando el ascensor se detuvo, enfiló el pasillo que conducía al despacho, que por esas fechas estaba profusamente decorado con adornos navideños, y rodeó el enorme abeto que habían colocado al lado de la puerta. Tocó con suavidad con los nudillos antes de abrirla un tanto.

—¿Se puede? —preguntó.

—Sí, pasa, pasa, y cierra.

Gerardo estaba al teléfono y aún tardó un par de minutos en despedirse en los que Andrea permaneció de pie con su libreta abrazada. No tenía ni idea de qué era lo que quería de ella, pero si tenía tanta prisa bien podría haber pospuesto esa llamada que, por lo que iba captando, tenía como interlocutora a su mujer. Él contestaba fastidiado a sus peticiones, que tenían que ver con los preparativos del menú de Nochebuena, y parecía que le estaba costando un mundo que ella terminase su perorata. Le hizo un gesto con la mano a Andrea para que tomase asiento, mientras ponía cara de fastidio y se pasaba la mano por la cara, en un gesto que reflejaba cansancio doméstico. Cuando por fin pudo colgar, exhaló un suspiro de alivio. Se acomodó los cuatro pelos que mantenía su cabeza; sabía por experiencia que hablar con su mujer le hacía tocárselos y alborotarlos. No se tiró de ellos porque le quedaban pocos.

—Un día de estos me va a volver loco.

—Cámbiala por otra que dé menos guerra —le dijo Andrea, haciendo gala de su carácter pragmático.

Gerardo no pudo evitar echarse a reír. Solo Andrea era capaz de decirle aquello a un superior sin sentir el más mínimo rubor.

—¿Para qué me has llamado? Estaba a punto de terminar de organizar la exposición. Espero que sea importante, vas a hacer que me vea obligada a anular una cita que tengo hoy si me entretienes.

—Tonterías, tu cita te esperará. Y si no te espera, sigue tu propio consejo y cámbialo por otro.

Andrea sonrió y puso los ojos en blanco, pero se ahorró el contarle que la cita no era con un hombre. Esas las había cancelado hacía más de un año, al acumular una serie de estrepitosos fracasos. Uno detrás de otro. No tenía ninguna intención de complicarse la vida por lo menos en los próximos cinco años.

Podrían ser seis, tampoco tenía prisa.

—¿Qué es lo que pasa? —le preguntó a Gerardo

—Necesito que vayas a ver un cuadro.

—¿Ahora mismo? —gruñó, escandalizada.

Lo del retraso iba a ser épico si tenía que moverse por la ciudad a esas horas, se acercaba la del atasco de la tarde.

—No, no, mañana, hoy no.

—Entonces no entiendo la urgencia, Gerardo, podrías haber esperado media hora a que terminase y casi tendría acabada la organización de la exposición.

—Es muy urgente, no te preocupes por la exposición, la termino de planificar yo mismo si me dejas tus notas.

—¿Tú? ¿Te arriesgas a que tu mujer te eche de casa si no la acompañas a encargarse del cordero? —preguntó con ironía Andrea.

—¿Has estado escuchando mi conversación?

—Era inevitable, te estaba dando voces. Ya sé a quién te pareces...

Gerardo se revolvió incómodo. En el trabajo era un jefe severo, a veces de más, que solía levantar la voz en más de una ocasión, pero no sabía qué demonios le pasaba con su mujer que no era capaz de hacer valer su criterio. Le molestó un poco que Andrea se hubiera dado cuenta del que quizá era su punto más débil.

Decidió ir al grano, no tenía tiempo para andar pensando en eso, Andrea llevaba razón, ambos tenían cosas que hacer en sus vidas personales y el trabajo de la galería también tenía que estar listo, así que, cuanto antes solucionase aquello, mejor.

—Verás, mi madre me ha puesto sobre la pista de una pieza importante. Es de una conocida suya. Esta mujer quiere deshacerse de un cuadro que tiene en su casa desde siempre, ha estado en su familia durante generaciones, pero ahora necesita convertirlo en dinero. Le comentó a mi madre que no sabía si yo le podría servir de intermediario para venderlo porque ni siquiera sabe su valor. Quiero que vayas a verlo mañana. Ella dice que toda la vida en su familia han dicho que es un Murillo, que lo llevó a casa en el siglo XVII un antepasado suyo, como pago que le hizo por un trabajo un cliente sevillano que se había arruinado. Yo no lo he visto, pero mi madre sí y dice que se parece mucho a todos los cuadros de Murillo. Pero que, en todo caso, por el aspecto que tiene y los años que lleva allí, lo que es seguro es que es antiguo. Le he dicho que es muy extraño que todavía haya cuadros de pintores de esa talla en casas particulares, pero yo qué sé, por echar un vistazo no perdemos nada. Sería un pelotazo para la galería hacernos con un auténtico Murillo. Como imagen y como beneficios futuros. Podemos organizar una subasta. Salir en revistas especializadas. Reventar las redes. Si el cuadro es auténtico se abren un montón de posibilidades.

—¿Y por qué tengo que ir yo? —preguntó Andrea, extrañada—. ¿No puedes ir tú, que para eso es tuyo?

—Tu TFM^[1] fue sobre Murillo. Muy bueno, por cierto.

—Pero yo no soy una experta —se excusó—. Ni siquiera me he doctorado.

Lo dijo con algo de pena. Después del máster, se hacía urgente que en su casa entrasen ingresos y había tenido que posponer aquel sueño de convertirse en doctora.

—Eres lo mejor que tenemos en la galería y el trabajo no hace tanto que lo hiciste. ¡Vamos! Será solo echar un vistazo y hacerle una oferta a la mujer. Luego contrataremos a alguien más experto si crees que hace falta.

Andrea suspiró. Irse a un pueblo perdido no entraba en sus planes de esos días. Necesitaba comprar unos cuantos regalos y había planeado también darse un capricho en forma de visita a un spa con Alicia y Clara el día 23.

—A ver, ¿qué pueblo es?

—Se llama Grimiel y está a unas tres horas de Madrid, cogiendo la A-1. Después te envío la ubicación.

A Andrea no le sonaba de nada, pero tampoco conocía la zona. Ella era más de irse al sur con sus amigas a pasar unos días a la playa. Los pueblecitos castellanos, por mucho encanto que tuvieran, no los valoraba como opción de recreo. Calculó que para llegar a Grimiel necesitaría

tres horas de ida, otras tres de vuelta (eso contando con que no se perdiera o se le rompiera su viejo coche, que no estaba para muchos trotes) y al menos otras tres para valorar la obra y convencer a la señora de que tenía que confiarles el cuadro a ellos y no a otros. Tal vez nueve o diez horas, si madrugaba; sí, si todo se daba bien, al día siguiente por la tarde podría estar de vuelta.

—¿Quieres que le haga una oferta por el cuadro o solo quieres que le eche un vistazo?

—Las dos cosas. Quiero que lo veas y, si te parece interesante, que trates de que nos lo ceda.

—¿Qué presupuesto tengo? —preguntó.

Gerardo escribió dos cifras en una hoja entre las que podía moverse. Andrea se la devolvió con cara de pasmo.

—Si es un Murillo esto es una miseria —le dijo.

—Y si te equivocas, demasiado alto, míralo así.

—Sigo pensando que es una tomadura de pelo y, si esta señora es un poco lista, lo rechazará si tiene la más mínima sospecha de que el cuadro es auténtico.

—Pero ella no lo sabrá porque tú no se lo vas a decir. —Sonrió él.

—¡No seas capullo, es amiga de tu madre!

—No soy capullo, Andrea, esto son negocios.

Ella lo sabía, si querían que la galería fuera rentable se tenían que inflar precios de venta mientras se reducían los que se pagaban a los autores o a los dueños de los cuadros que vendían. Básicamente, se seguían unas leyes de mercado que eran menos justas con los que poseían el talento de crear o los bienes con los que comerciar.

Aunque, a juzgar por el horror de cuadros que estaba preparando para la exposición de Navidad de ese año, considerar talentoso lo que había hecho el artista era, por lo menos, un acto de bondad navideña. Solo estaban allí porque era famoso y tenía muchos contactos que se harían con los cuadros solo por el nombre del autor, no por su calidad.

Consultó la hora en su reloj, llegaba tardísimo a la cita con sus amigas. Lo mejor sería anularla.

—Vete a casa, Gerardo —le dijo—, yo me quedo a terminar lo que estaba haciendo.

—¿No te importa?

—¡Pues claro que me importa, pero seguro que termino antes haciéndolo yo que explicándote por dónde iba!

—Te debo una —le dijo él, guiñándole un ojo.

—Nada de eso, me vas a pagar el favor a precio de oro. Por lo pronto, te voy a presentar facturas hasta del último café que me tome de camino a Grimiel.

Gerardo le dio el teléfono y le envió la dirección de la mujer a la que tenía que visitar, Angustias, y le dijo que había hablado con ella advirtiéndole de que alguien la visitaría al día siguiente.

—Acabo de llamarla, no hace falta que lo hagas tú.

—¿Y si te hubiera dicho que no iba?

—Los dos sabemos que no lo habrías hecho.

Andrea abandonó el despacho rumbo de nuevo al almacén. Bastante enfadada con Gerardo, que la conocía lo suficiente como para saber que había cosas a las que le costaba negarse.

[1] TFM: Trabajo Fin de Máster.

Capítulo 2

Nada más volver al almacén de la galería, Andrea sacó del bolsillo el móvil y llamó a una de sus amigas, Alicia. Se hacía urgente anular su cita de esa tarde, pues estaba segura de que le sería imposible llegar a tiempo. Si la esperaban, acabarían haciendo las compras navideñas a la carrera. Podía terminar comprando en el último momento una pandereta en uno de los puestos de la Plaza Mayor, y no se le ocurría peor regalo de Navidad.

En cuanto escuchó su voz, le contó las razones por las que anulaba sus planes.

—No te preocupes, iremos mañana —le dijo Alicia.

—Mañana tengo que salir fuera por trabajo, tampoco sé si llegaré a tiempo. Tengo que ir a un pueblo que está a tres horas de Madrid.

—Madruga y volverás a tiempo. No está tan lejos.

—Define *lejos*.

—Vamos, ¡has dicho que solo son tres horas!

—Tres de ida y tres de vuelta, y a bordo del Glacier Express^[2]. Igual las tres se hacen siete si me despisto.

Alicia se echó a reír cuando Andrea comparó su coche con el lentísimo tren turístico que atravesaba los Alpes suizos.

—Será mejor que llames a Clara y vayáis sin mí, se nos está echando encima el tiempo —sugirió.

—¿Estás loca? Ir de compras sin ti no sería ni la mitad de divertido —dijo Alicia.

Andrea dudó un instante sobre si seguir poniendo excusas o confiar en que el Universo se sincronizase con ella y todo le saliera bien. Procuró llenar su mente con pensamientos positivos de agenda adolescente: no se iba a romper el coche, la señora del cuadro la atendería con amabilidad y en un momento estaría de vuelta. No habría atascos al entrar en Madrid. Gerardo no le encargaría más cuestiones de última hora. Su cerebro interpretó un *Om* perfecto que destruiría todos los obstáculos a su paso y llenaría de serenidad su mundo. No estaba muy segura de estarse inventando una filosofía sin base alguna, pero la dio por buena, porque necesitaba poner un poco de optimismo en sus pensamientos.

—Está bien —dijo—, entonces quedamos mañana, ¿llamas tú a Clara para decírselo?

—No te preocupes, lo haré.

—¡Gracias! Sois las mejores.

—Anda, termina el trabajo y no te entretengas mañana, te esperamos —le dijo Alicia antes de colgar.

A Andrea le llevó todavía una hora terminar de organizarlo todo para la exposición. La interrupción de Gerardo le había roto el ritmo y, además, en el último momento se le ocurrió una manera más efectiva de presentar los cuadros que le obligó a replantearse su primera idea.

Estaban en Navidad, así que no vendría mal que algo de ese espíritu navideño se colase en la sala. Debía ser sutil, no interrumpir la atención que deberían acaparar los lienzos, pero a la vez dotar al ambiente de la calidez de las fechas. En opinión de Andrea, las salas de exposición de las galerías estaban tan pensadas para ser solo un marco anodino, que a veces eran muy frías. Y no era necesaria esa frialdad. No cuando, además, las obras no eran gran cosa. Tenían que esforzarse porque los clientes encontrasen atractivo el conjunto.

Ella misma sentía frío en algunos museos.

Cuando entraba en el Reina Sofía se sentía desubicada, como si en lugar de estar en un templo del arte estuviera paseando por un lugar tan aséptico como el antiguo hospital que albergaron las paredes del edificio en el pasado. Sin embargo, al atravesar la puerta del Museo del Prado, esa sensación se desvanecía. El edificio era enorme, pero a la vez era impresionante en sí mismo y acogedor para cualquier amante del arte. No se lo imaginaba con árboles navideños ni decoración festiva, no le hacía ninguna falta para despertar por sí mismo el síndrome de Stendhal^[3] en sus visitantes. Pero la galería no era un museo centenario, sino una simple sala de exposiciones a la que no le venía mal aportarle un extra de magia. Moviendo el bolígrafo sobre el papel, como si se tratase de una varita, dibujó la idea y anotó las instrucciones para que los operarios que contratasen lo dejaran todo en el lugar perfecto.

Cuando acabó, contenta por haber logrado plasmar lo que tenía en mente, regresó a su casa en Cuatro Caminos, que estaba a apenas quince minutos de la galería tomando el metro. Nada más abrir la puerta, salió a recibirla Satis, la gata de su madre, que se enroscó entre sus piernas como cada día.

—¡Hola, preciosa! ¿Cómo está mi niña?

Dejó su bolso y el abrigo en el perchero de la entrada y cogió en sus brazos a la dócil gata, que restregó su rostro contra el de Andrea en un saludo que ambas llevaban ensayando desde hacía cinco años. Les salía perfecto.

Lo que no había logrado Andrea era que Satis no la pusiera perdida de pelos.

—Hoy esta preciosa gata me tiene contenta —dijo su madre, que salía en ese momento de la cocina.

—¿Qué ha hecho?

—Subirse en el mueble del salón y ha tirado la escultura que me regaló la tía Marina.

—Y la ha roto, ¿no? —preguntó, mirando a la gata a los ojos, como si la gata fuera capaz de contestar a su pregunta.

—No, si te parece... —dijo su madre, que parecía de verdad enfadada con el animalito.

—¡Mamá, era espantosa!

—Me la regaló mi tía —replicó Mercedes, con los ojos llorosos.

—¡Era horrible, mamá! Y, al fin y al cabo, no es como si fuera un jarrón y dentro estuvieran las cenizas de la tía Marina.

Andrea se arrepintió al instante de decirle eso a su madre, siempre que le mencionaba a la tía Marina se echaba a llorar desconsolada. Había sido su madrina, una mujer solterona y malhumorada que no trataba bien a nadie, incluida a la propia Andrea, pero que por lo que fuera tenía a Mercedes el cariño que se reserva para los hijos y la había tratado con todo ese amor que no daba a los demás.

—Vale, perdona, mamá, no he dicho nada.

Mercedes, tras unos hipidos y sonarse los mocos, pareció tranquilizarse un poco. Se fijó en que era tarde, aunque no le había llamado la atención que Andrea llegase a esas horas; le había

dicho que iría de compras, pero no había visto que trajera ningún paquete.

—¿Tú no habías quedado? —le preguntó.

—Sí, pero mi jefe me ha encargado otro trabajo para estos días, se me ha hecho tarde mientras me lo explicaba y al final he tenido que quedarme a terminar lo que estaba haciendo hasta ese momento.

—Ese jefe tuyo te explota —dijo Mercedes, desplazándose a la cocina seguida de su hija—. ¿A cómo te paga las horas extra?

Andrea sonrió, no tenía ningún problema con Gerardo en ese sentido.

—Mañana no voy a ir a la oficina —le dijo a su madre, mientras dejaba a la gata en el suelo.

—Anda, mira, este hombre por una vez se estira y te da vacaciones.

—Pues es que... en realidad sí tengo que trabajar, pero no en Madrid —respondió mientras cogía una aceituna de la ensalada. Mercedes le dio un manotazo.

—¡Lávate las manos primero!

—Ay, mamá, ¡qué pesadita eres!

—¿Dónde vas a trabajar mañana si no es en Madrid?

Andrea se lavó las manos antes de empezar a poner la mesa para que las dos cenasen.

—Mañana tengo que ir a un pueblo para valorar un cuadro. Ida y vuelta.

—Mira, así te aireas.

—Lo dices como si apenas saliera.

—Hombre, sí, salir de casa, sales. Con tus amigas los fines de semana y vas a trabajar, pero ¿cuánto hace que no sales de Madrid?

Andrea se encogió de hombros, la verdad era que no se acordaba. Le daba una pereza espantosa sacar su viejo coche del garaje y tener que moverse con él. Prefería el transporte público que la libraba de preocupaciones como esquivar a los otros conductores y echar gasolina. Había perdido la cuenta de las veces que se había olvidado de que los coches no andan por arte de magia.

Y eso sin contar con las veces que su viejo utilitario, que había sido antes de su padre, se estropeaba.

—¿Y cuánto hace que no sales con nadie? —insistió Mercedes.

Ahí estaba, la eterna pregunta que su madre sacaba a relucir cada dos por tres, como si en la vida no hubiera nada más importante que tener pareja.

—¿Cuánto llevas tú? —contraatacó Andrea.

Mercedes resopló y la chica supo que le había tocado las narices y no volvería a mencionar el tema. Si las últimas relaciones de Andrea habían sido un desastre, la de su madre había sido infinitamente peor. Se enamoró de un electricista que, además de ser un vago redomado, le sacó todo el dinero que pudo mientras estuvieron juntos y después la dejó por su dentista. Eso había sido años después de la muerte de su padre y no se había atrevido nunca más a dar el paso de salir con alguien.

—Será mejor que no recordemos eso —dijo Mercedes.

—Sí, será lo mejor. Me estuviste mintiendo durante meses, mamá. Y ya sabes lo nerviosa que me pone que me cuenten mentiras. ¡Me trataste como si fuera una niña pequeña!

Mercedes cerró los ojos, porque sabía que llevaba razón. Algo en ella gritaba que el electricista no era trigo limpio, pero una cosa era saberlo y otra confesarle a su hija que, a su edad, estaba siendo tan ingenua como una jovencita y se dejó engatusar. Andrea, al ver una sombra aparecer en los ojos de su madre, cambió de tema; sabía que la había incomodado

evocando historias del pasado que era mejor olvidar.

—El pueblo al que tengo que ir se llama Grimiél, ¿lo conoces? —le preguntó.

—No, no lo he oído en mi vida —dijo Mercedes, mientras servía la verdura y la ensalada que había preparado para cenar.

—Voy a ver dónde está.

Andrea fue a la entrada y buscó el móvil dentro de su bolso. Cuando se volvió a sentar a la mesa de la cocina estaba ya enfrascada en la búsqueda en Google.

—¿Cuántas veces te tengo que decir que no traigas el móvil a la mesa? —le dijo Mercedes.

—Es un momento, espera.

La búsqueda dio un resultado, como le había indicado Gerardo; Grimiél estaba al norte, a unas tres horas de Madrid. Miró el itinerario para hacerse una idea de por dónde tenía que salir de la ciudad y se quedó pensando.

—Creo que me levantaré a las cinco de la mañana —dijo.

Mercedes respondió tan alto que Satis se asustó:

—Pero ¿dónde vas tan pronto?!

—A ver, mamá. Quiero esquivar el atasco de la mañana. Si me voy pronto, quizá a las nueve haya llegado y por la tarde estaré de vuelta de sobra para comprar los regalos con Alicia y Clara.

En esos momentos, en el televisor encendido en la cocina, estaban dando la previsión del tiempo para el día siguiente. Ambas, madre e hija, se quedaron mirando, Mercedes porque era fan de los informativos del tiempo (uno siempre podía preguntarle el día que haría en Cáceres o en Canarias, que ella se sabía de memoria la previsión, aunque no tuviera intención de pasar por allí), y Andrea porque esperaba no tener que conducir bajo condiciones adversas.

—*Se esperan fuerte nevadas para el final de la tarde en el centro de la meseta norte, nevadas que se producirán a partir de los seiscientos metros de altitud.*

—¿Ves por qué me tengo que ir pronto?

Mercedes asintió con la cabeza, pero después se la quedó mirando pensativa.

—Creo que deberías llevarte una maleta con ropa de abrigo —dijo.

—Mamá, no me pienso quedar en ese pueblo. Iré, veré a esa señora y volveré. Ese es mi plan.

—Antes han dicho en La 1 que mañana empezará a nevar por la mañana. Yo los veo más profesionales que a los de esta cadena. Seguro que aciertan.

—Ay, mamá, no seas agonías.

—Bueno, tú haz lo que quieras, si te da la gana no me hagas caso, pero por lo menos mete unas bragas en el bolso y unas galletas en el coche, que nunca se sabe qué puede pasar.

Andrea renegó un rato, pero al final decidió que le haría caso a su madre. Al fin y al cabo, ella era la única persona cercana que le quedaba a Mercedes, si descontaba a su hermana Salud, con la que no se llevaba del todo bien desde lo del electricista (la tía Salud lo había calado a la primera), y si le estaba dando aquel consejo era porque se preocupaba muchísimo por ella y la quería. Además, con sus escasas artes automovilísticas y ese coche tan poco fiable, prefería no correr riesgos. Si se ponía a nevar, buscaría dónde alojarse, aunque fuera por el camino.

No quería que una nevada inoportuna la encontrase conduciendo, así que era posible que necesitase una maleta.

La buscó, pero la dejó sin hacer. Estaba demasiado cansada para ponerse a esa tarea en ese momento.

[2] El Glacier Express es un tren turístico suizo que va de Sant Moritz a Zermatt en el cantón suizo de Valais. Tarda siete horas en recorrer 275 km.

[3] Síndrome de Stendhal, también conocido como «Síndrome del viajero» o «Síndrome de Florencia». Se refiere a la experimentación de sensaciones muy intensas delante de una pieza artística, normalmente debido a su belleza. Hoy en día, gran parte de los psicólogos clínicos reconocen el trastorno como verdadero, pero existe cierta controversia al respecto.

Capítulo 3

Como le había dicho a Mercedes, se levantó a las cinco de la mañana. Antes de desayunar, se dispuso a meter en una pequeña maleta de cabina lo justo para pasar una noche fuera de casa. Esa era su intención, pero, movida por la advertencia de su madre, (una advertencia que debía llevar impresa en el ADN de nacimiento, porque se la había hecho millones de veces), metió más bragas. Concretamente cinco. Y después, como si la mentalidad previsor de su progenitora se hubiera hecho dueña de su mente, también incluyó dos vestidos, medias y unos zapatos extra. Y otros vaqueros. Y un jersey gordito. Dejó encima una bufanda, un gorro y gruesos guantes de lana.

—¡Para, Andrea, que no te vas de casa! —se dijo en voz queda, regañándose.

No se iba a quedar en Grimiel de ninguna manera, aquella misma tarde estaría de regreso en Madrid, todo aquello era innecesario. El viaje sería de ida y vuelta, y regresaría a tiempo para salir por el centro de Madrid y decidir los regalos que pensaba comprar: el de su madre, su tía Salud y el amigo invisible que hacían todos los años en la galería. Para el de sus amigas habían hecho otros planes mucho más divertidos entre las tres. Sacó de la maleta la mitad de las cosas que había metido.

Aquel dichoso viaje no podía apetecerle menos.

Suspiró.

Ya que no tenía escapatoria, decidió que lo haría rentable. Se esforzaría por volver con un contrato firmado por aquella ancianita que convertiría a la galería en dueña de un cuadro que, si todo era como apuntaba, les podía dar muchos beneficios.

No parecía tan complicado.

Tomó una rápida ducha, un frugal desayuno (un café con leche bebido a toda velocidad), y se dirigió a buscar el coche. Animada por sus optimistas pensamientos, y porque su vehículo había arrancado a la primera a pesar del tiempo que hacía que no lo tocaba, salió del garaje y se incorporó al escaso tráfico de la madrugada. A aquella temprana hora, Madrid parecía dormir aún y no le resultó difícil moverse por las calles y llegar hasta la A-1. En la autovía, se dejó acompañar por una lista de pop clásico de Spotify. Prefería eso a la radio, porque a menudo perdía la emisora y se veía obligada a buscarla de nuevo, con el consiguiente peligro que tenía en ella que quitase los ojos de la carretera medio segundo.

Mecida por la música, se sintió mucho más relajada. Apenas había vehículos que le pusieran difícil el conducir.

Hasta le pareció que no se le daba tan mal aquello.

Cuando llevaba dos horas y media de camino, cuando hacía rato que el sol había roto las

sombras de la noche para abrirse paso en el cielo, paró en un bar de carretera, urgida por la premura de usar el baño y la necesidad de calmar sus tripas. El café bebido estaba resultando insuficiente a todas luces para serenarlas. Al bajar del coche, un viento helado le hizo ajustarse el abrigo y el gorro, y la obligó a entrar corriendo en el bar.

—Buenos días —saludó al camarero, mientras se deshacía de las prendas—. ¿Me puede poner un café con leche y una tostada con aceite y tomate?

El camarero asintió y se volvió para prepararlo, momento que ella aprovechó para buscar el baño. Al regresar, dejó sus prendas encima de uno de los taburetes que estaba al lado de la barra y se sentó en otro. Quería preguntarle a aquel hombre cómo se llegaba a Grimiel. El navegador del móvil le iba indicando el camino, pero por experiencia sabía que a veces se equivocaba y era mejor tener claro dónde iba uno si no quería acabar en mitad de un camino rural a muy temprana hora del día.

O lo que podía ser peor, en la puerta de un club de carretera.

Bueno, eso también podía pasarle porque era muy despistada, pero tampoco había que quitarle mérito al GPS, que a veces se explicaba un poco mal.

—¿Usted me podría decir cómo se llega a Grimiel? —le preguntó al hombre.

—Veamos, tienes que seguir unos veinte kilómetros aún por la autovía dirección norte. Después tienes que tomar un desvío a la derecha. —Se quedó pensando—. Creo que allí hay una rotonda. Luego pasar otra rotonda, girar a la izquierda, tomar la siguiente que hay después de esa y, cuando llegues, es la... —contó levantando los dedos en silencio— tercera salida. Creo que lo pone. Pasas Matilla, Aldeasetas y Villanegra, y en dos minutos estás en Grimiel.

Andrea se había ido poniendo pálida mientras lo escuchaba. Solo se había enterado de que había que seguir veinte kilómetros por la autovía. A partir de ahí, siguiendo las rotondas se había empezado a marear y no sabía si los pueblos que le había mencionado el camarero se llamaban Mantiel, Aldeacasa o Villagrande, porque era incapaz de recordar los nombres que le había dicho.

Fue a abrir la boca para volver a pedirle las indicaciones, pero decidió encomendarse al navegador y de paso a cualquier santo que tuviera sus dominios de influencia por aquella zona y que estuviera dispuesto a guiarla hasta su destino. Como tuviera que aprenderse de memoria el trayecto que le había contado el camarero lo tenía claro.

Deseó que la vuelta fuera más sencilla, después de todo, solo debería seguir los carteles que indicaban como destino Madrid. De esos, por fortuna, había por todas partes.

—Muchas gracias —le dijo al hombre.

—De nada, para eso estamos.

Andrea pensó que menos mal que le pagaban por poner cafés y que hacía unas tostadas buenísimas, porque si se tuviera que ganar la vida dando direcciones iba a tener un gran problema.

Se tomó el desayuno con calma; aunque ella tuviera prisa por volver a Madrid, no podía presentarse en casa de nadie antes de las nueve de la mañana, al menos si no quería ser recibida a escobazos. Mientras disfrutaba de la tostada, en el televisor del bar una cadena de televisión reproducía los preparativos del sorteo de Navidad, que empezaría en un rato. El ritual formaba parte del imaginario colectivo, pero parecía que, a pesar de sus más de doscientos años, mantenía intacta la ilusión de quienes participaban. La narración del locutor repetía lugares comunes, pero ella, en realidad, como el resto de la escasísima concurrencia del bar, escuchaba sin dejar de mirar la pantalla.

Se preguntó qué haría si le tocara el premio.

Enseguida desechó la idea, nunca jugaba a la lotería, ni siquiera a esa tan popular.

Cuando terminó, pagó la consumición, pidió el tique para incluirlo en sus gastos y se montó en el coche, dispuesta a encontrar Grimiel.

Al meter la llave en el contacto y girarla, el coche hizo un ruido extraño. Pareció toser en lugar de arrancar. Andrea contuvo la respiración antes de hacer otro intento girando la llave. Enseguida el motor rugió, con poco ímpetu, pero el suficiente como para permitirle seguir su camino. Condujo atenta a todos los carteles y, para su sorpresa, cuando fue pasando por cada uno de los hitos que le había relatado el camarero, recordó que eran tal y como se los había descrito. Tal vez no era el hombre el que no se explicaba, era ella la que seguía medio dormida y no había sido capaz de entenderlo a la primera.

Al poco, el cartel que anunciaba que entraba en el municipio se presentó ante sus ojos. Tuvo que mirarlo con atención al pasar con el coche por su lado, le parecía surrealista que alguien se hubiera tomado la molestia de ponerle una gruesa cinta verde navideña con adornos rojos y dorados. Pero ahí estaba, rodeando la señal, anunciando que en menos de dos días estarían dentro de las fiestas más familiares del año.

Siguió por la calle principal y enseguida llegó a la amplia plaza, donde tampoco le costó conseguir aparcamiento.

Había llegado a su destino.

Hacía frío, mucho frío. Tanto que no se veía un alma en aquel pequeño municipio castellano. El viento, procedente del norte, trajo en su regazo una ráfaga de diminutos copos blancos. La cara de Andrea fue de preocupación cuando reconoció los primeros atisbos de la nevada que pronosticaban. Se ajustó la bufanda y se puso los guantes y el gorro.

—Ya se puede dar prisa esta mujer —se dijo bajito, mientras le castañeteaban los dientes.

Sacó el móvil y consultó la dirección. La casa de Angustias estaba en una de las esquinas de la plaza, la que se situaba más cerca del arroyo. Echó un vistazo a su alrededor. Si se guiaba por la montaña y por la torre de la iglesia románica que asomaba entre los tejados, bastaría con cruzar la plaza para encontrarse en la puerta de la casa de la mujer. Achinó los ojos para comprobar desde donde estaba si el número que había encima de un dintel rematado con una gruesa viga de madera era el 24, el que ponía en el mensaje que le había mandado Gerardo. Enseguida se dio cuenta de que así era. Miró de modo innecesario a ambos lados de la calle que atravesaba la plaza, desierta a esa hora, y la cruzó para acercarse al domicilio.

Diez minutos después, Andrea seguía pulsando el timbre sin obtener ninguna respuesta. Empezaba a sentir los pies congelados y temía entrar en hipotermia general por el frío que hacía. Además, su preocupación empezó a aumentar, porque los tímidos copos que habían caído cuando se bajó del coche se habían ido haciendo más y más grandes, y en esos momentos empezaban a tener el tamaño de la uña de su dedo meñique. Parecía imposible, pero ya no se veía el cristal delantero de su coche, aparcado al otro lado de la plaza.

—¡Pero esta mujer dónde está! —casi gritó, asumiendo que estaba sola en ese pueblecito helado.

—Angustias no sale casi nunca de casa, estará dentro.

Andrea se dio la vuelta al escuchar la voz. Frente a ella apareció un hombre joven, de algo más de treinta años, calculó, enfundado en un abrigo rojo con capucha. Casi se le olvidó respirar

cuando se topó con los ojos azules más bonitos que había visto en toda su vida, enmarcados en una sonrisa encantadora que se dejaba ver bajo una sutil barba rubia. El pelo lo llevaba bajo la capucha, pero tenía algo de flequillo y se intuía que era del mismo color que la barba. El joven era más alto que ella y de él emanaba una sensación de seguridad apabullante, tal vez porque la miraba desde una postura relajada, con las manos en los bolsillos.

Cuando consiguió reaccionar, Andrea habló:

—He llamado un montón de veces, quizá le haya pasado algo.

El hombre se acercó a la puerta. Al pasar al lado de Andrea se la quedó mirando un instante y le dedicó una sonrisa ladeada que resultó de lo más sexy. Ella tuvo que tragar saliva porque, por alguna razón que no alcanzaba a comprender en ese momento, las piernas empezaron a temblarle. Luego se acordó de que hacía mucho frío, supuso que tenía que ser por eso.

El desconocido del abrigo rojo llamó con la mano a la puerta, golpeándola con energía repetidas veces. Ante la ausencia de respuesta, dio un paso atrás para lograr mejor perspectiva de las ventanas de la planta superior y se metió las manos en los bolsillos del pantalón.

—¡Angustias! —gritó.

Pilló a Andrea tan desprevenida que dio un respingo.

—A ver si le ha pasado algo, me han dicho que es muy mayor —dijo, más que nada por participar en la búsqueda de la mujer y dejar de sentirse idiota. No podía dejar de mirar a ese hombre embobada.

—Bueno, sí, es mayor, pero no creo que le haya pasado nada, salvo que está un poco sorda.

—¿Y si está sorda por qué la llamas a voces?

—Pues por eso.

El joven volvió a sonreír de medio lado y a ella se le descolocó un suspiro que logró atrapar dentro antes de que se hiciera audible y delatase que se estaba comportando como una idiota.

—¿Tú quién eres? —le preguntó el joven a Andrea.

—Uy, perdona, qué maleducada. No me he presentado. Soy Andrea Hervás. —Le ofreció la mano, que antes sacó de uno de los guantes.

—Yo soy Fernando.

Él sacó la suya del bolsillo para corresponder el saludo.

Cuando sus manos se tocaron, Andrea sintió el calor de la mano de Fernando y una confusa sensación que la invadió por completo. Fue un momento extraordinario, había saludado a miles de personas en su vida, por trabajo o cuando las acababa de conocer, pero nunca había sentido algo tan extraño como en aquel instante. Se quedó tan extasiada que le costó soltarse. Obligándose, abrió la mano y, muy despacio, la separó de él, aunque no pudo evitar que las yemas de sus dedos se rozasen un segundo en una caricia tan inesperada como inapropiada para aquella situación. No había dejado de mirarlo mientras todo eso sucedía y le pareció atisbar en la mirada de Fernando el mismo desconcierto que ella había sentido.

—En... encantada —dijo en un tartamudeo.

—Lo mismo digo —contestó él, con mucha más seguridad.

Volvió a meter las manos en los bolsillos y volteó ligeramente la cabeza hacia la esquina opuesta de la plaza. Después, volvió a centrarse en los ojos de Andrea.

—No sé, igual Angustias ha ido a comprar el pan y se ha quedado un rato hablando en la panadería. Caminar por estas calles empedradas justo cuando empieza a nevar no es lo más seguro del mundo. Suelen resbalar, así que no me extrañaría que esté haciendo tiempo a ver si nieva algo más y el suelo se queda debajo de la nieve. Si quieres podemos tomar un café hasta

que llegue —dijo, señalando un hotel que Andrea no había llegado a ver, se lo había tapado un enorme árbol de Navidad profusamente decorado que habían colocado al lado de la puerta—. Yo voy ahí. Acompáñame y dentro de un rato puedes regresar a ver si ha vuelto.

Andrea asintió, estaba tan congelada que la idea le pareció fantástica y se dispuso a seguir a Fernando. Tomar un café con alguien que acababa de conocer era mucho mejor idea que quedarse parada en medio de la calle esperando a una viejecita sorda, corriendo además el riesgo de entrar en hipotermia.

No tardó ni treinta segundos en comprobar que lo de que las calles de Grimiel resbalaban cuando empezaba a nevar era muy cierto. Dio un patinazo y habría caído al suelo de no haber sido por los reflejos de Fernando, que la sujetó por un brazo.

—¡Cuidado! —dijo. Bajó la voz un tanto, mientras la agarraba del otro brazo, y sus caras se quedaron tan cerca que pudieron notar el aliento del otro—. Te dije que resbala.

—No se me ocurrió que tanto —le contestó ella, sin alzar tampoco la voz y sin separar sus ojos de los de él, que le parecían hipnóticos.

Un poco incómoda, pasados unos segundos, Andrea carraspeó y Fernando la soltó. Procurando no resbalar, llegaron a la acera.

—Estoy pensando que, en el hotel, por estas fechas, suelen tener caldo o chocolate recién hecho. Tal vez es mejor idea que el café. ¿Qué te parece? —preguntó él.

—Adoro el chocolate —contestó Andrea.

—Pues chocolate entonces.

Le indicó con un gesto la puerta del hotel. Quién le iba a decir a él que aquella mañana iba a estar llena de sorpresas. Había cerrado el taller de tractores que tenía para atender una llamada que recibió desde el hotel, en la que le decían que se presentase allí, que Marcos, el director, tenía algo que contarle. Se lo había dicho de forma muy misteriosa, pero Marcos tendía a exagerarlo todo, así que solo le hizo caso porque le apetecía un café con el que combatir el frío que a esa hora hacía en la nave. Ni por lo más remoto se imaginó que por el camino iba a conocer a la chica más guapa con la que había tropezado en los últimos años.

—No sé cuánto tiempo hace que no me tomo un chocolate —dijo ella, ajena a los pensamientos de Fernando.

Andrea cerró los ojos y alzó la cabeza en un gesto ensoñador que dejó al descubierto sobre la bufanda un pedazo de la sedosa piel de su cuello. Fernando no pudo evitar que aquello le pareciera un gesto de lo más sensual y tragó saliva. Se imaginó ese cuello regado de chocolate y sus labios ansiosos recorriéndolo mientras lo iba llenando de besos. El amargo dulzor de aquella delicia se iría diluyendo en su boca, mientras todos sus demás sentidos se despertaban por la proximidad de ella. Se la imaginó gimiendo de placer cuando él la besara y casi gimoteó envuelto en su ensoñación. Casi, porque pensando en tonterías, despistado como iba, acabó resbalando y cayéndose de culo en el suelo.

—Pero ¿qué te ha pasado? —preguntó ella, que tras su resbalón había decidido mirar con mucho cuidado dónde ponía los pies—. Menos mal que eres tú el que conoce el pueblo y el que avisa de que el suelo desliza...

Le ofreció su mano para levantarse y Fernando la tomó. Al instante, ella supo que no había sido la mejor idea del mundo. Volvió a suceder. Tocarle le provocaba un escalofrío que la recorría entera. Era como si su instinto reconociera a ese joven, aunque estuviera segura de que era la primera vez que se veían.

—Consejos vendo que para mí no tengo —dijo él, contestando con un refrán, mientras se

levantaba—. Vamos dentro antes de que acabemos accidentados.

Capítulo 4

Cuando Fernando tiró de la puerta le sorprendió el alboroto que había en la recepción del hotel, que compartía espacio con el único bar del pueblo. Parecía que medio Grimiel se había reunido allí aquella mañana de diciembre, algo que no tenía mucho sentido, pues aún no eran ni las diez y media y era un día entresemana.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó, elevando un poco la voz para que se le escuchase.

—¿No te has enterado? —contestó Carlos, el chico del picadero, que llevaba una copa de cava en la mano—. ¡Nos ha tocado la lotería de Navidad!

Marcos, el dueño del hotel, salió de la cocina con más botellas de cava y descorchó una sin ningún cuidado. El tapón voló por el establecimiento, rebotó en una viga de madera y acabó dándole en la cabeza a Luisa, la camarera, que en ese momento estaba en la barra.

—¡*Mecagüen* tus muertos! —le gritó la mujer madura—. Ya puedes mirar para la próxima, o te tiraré yo la jarra de la leche a la cabeza cuando la tenga hirviendo.

—¡Perdona, Luisa! Ha sido sin querer...

La risotada fue general y Marcos, tratando de escapar de la furibunda mirada de la camarera, se volvió hacia la puerta. Vio allí plantado a Fernando. Había sido él quien lo había llamado para que acudiera al bar del hotel.

—¡Fer, tío! ¡Que nos ha tocado la lotería!

Agitó la botella, regándolos a todos con el alcohol y poniendo de más mala leche a Luisa, que se veía, un rato después, cuando se le pasara la euforia a todo el mundo, limpiando el suelo pegajoso por el alcohol derramado.

—¿A quién le ha tocado la lotería? —preguntó Fernando.

—¡A todos! ¡A ti también!

—¿A mí? —La cara de incredulidad que puso fue evidente.

—Claro, tú te llevaste unas papeletas el otro día, ¿verdad? No me digas que no las compraste para ti...

Fernando se quedó pensando. Claro que se había llevado unas papeletas y, de hecho, si no recordaba mal, las tenía aún en la cartera. Dos, en concreto, una para él y otra para sus padres. Se alegraba de que le hubiera tocado un pellizquito, porque últimamente el taller no iba como debería y, además, en el invierno tenía mucho menos trabajo y, por lo tanto, menos ingresos que en verano. Aquella sí que era una buena noticia para empezar la mañana.

—Pues sí me las llevé, pero no sé si serán las mismas que las vuestras —dijo, porque aún no se creía del todo que hubiera tenido suerte.

—¡Tienen que ser las mismas, solo compramos un número! ¡Todos tenemos el mismo! Anda, llama a Marcial para que venga a celebrarlo, que a él también le ha tocado.

Una mujer guapísima, que a Andrea le sonó mucho, aunque no sabía de qué, se colgó del

cuello de Fer y le dio un sonoro beso en la mejilla. Le pareció que el alcohol le había hecho algo de efecto porque tenía los ojos un tanto brillantes.

—¡Esto es una pasada! —gritó, sin soltarle.

—Seguro que sí —dijo Fernando, que era el único, junto con Andrea, que no parecía ebrio—. ¿Qué nos ha tocado?

Preguntó con la idea en su mente de que, tal vez, tenía mil euros; le iban a venir de perlas para no ahogarse con los gastos de la Navidad. Se le iba una pasta en regalos.

—¡Nos ha tocado el gordo! —gritó Marcos, terminando de echarles lo que quedaba del cava por encima.

Andrea dio un respingo al notarse mojada de arriba abajo. ¿Dónde demonios se había metido? En ese pueblo parecían todos locos, aunque entendía que si les había tocado el gordo de Navidad era como para volverse un poco loco.

Fernando se quedó mudo por la sorpresa. Si no estaba equivocado, era el propietario de una papeleta de diez euros que en esos momentos valía doscientos mil. No había visto esa cantidad junta en su cuenta bancaria en toda su vida. ¡Y tenía otra para sus padres! Tardó un poco en reaccionar, pero cuando lo hizo su cara dibujó un gesto de alegría y su corazón se contagió de la euforia de sus vecinos. Sin pensarlo, agarró a Andrea por la cintura y la elevó a su lado, dándole una vuelta hasta volver a depositarla en el suelo. Pensando aún menos, cuando notó que los pies de ella se posaban en las losetas de barro de la recepción, la besó.

Si Andrea hubiera podido mover los brazos, algo que le impedía la manera en la que la había cogido Fernando, quizá se habría soltado, o se habría revuelto, o le habría preguntado qué puñetas estaba haciendo o por qué se tomaba esas confianzas si hacía un momento que se conocían. Pero no lo hizo. Recibió el beso con la misma estupefacción que la noticia de que a los vecinos de aquel pequeño pueblo perdido les había tocado el gordo de la lotería. El alcohol que llevaba regado por la ropa, la cara y el pelo pareció emborracharla también por dentro, porque, sin saber cómo, se encontró sintiendo un cosquilleo que le abrasó la piel y devolviéndoselo a aquel hombre que acababa de conocer. El beso fue como una promesa de sensaciones por descubrir en aquellos labios nuevos para ella, que parecían hechos para perderse en ellos.

—¡Esa sí que es una buena manera de celebrarlo! —dijo una voz de mujer.

Ambos se sobresaltaron y se soltaron, como si de pronto fueran conscientes de lo que había pasado. Fer se sentía desconcertado, él no era de arrebatos ni de dejarse llevar así. Andrea estaba más que aturdida; en la vida se había visto en otra semejante. Además, hacía tanto tiempo que nadie la besaba que estaba descolocada. No estaba segura de que las piernas fueran capaces de sostenerla si seguían pasándole cosas extraordinarias esa mañana, así que buscó con la mirada una silla, pero se encontró con que todos los taburetes del bar estaban ocupados.

—Andrea, esta es Angustias, estaba aquí, por eso no la encontrabas.

La chica se quedó mirando a la octogenaria. Iba vestida con una bata acolchada de color azul oscuro, que tenía pinta de ser un modelo de mediados del siglo XX, y llevaba zapatillas de estar por casa. Bajo la bata asomaba la tela de lo que intuyó que era un camisón.

—¿Me estabas buscando a mí? ¿Y por qué me busca tu novia? —le dijo Angustias a Fernando.

—No, no soy su novia —contestó ella, con rapidez.

—¿Eh?

—¡Que no soy su novia! —gritó Andrea, acordándose de que Fernando le había dicho que estaba un poco sorda. Todo el mundo lo escuchó y se la quedó mirando, para su bochorno.

—Bueno..., cuando un muchacho te mete la lengua hasta la campanilla creo que te puedes considerar su novia.

—¡Angustias! —dijo Fernando.

—Oye, que has sido tú, que te he visto con mis propios ojos.

Andrea se estaba dando cuenta de que la señora estaba un poco achispada, y no le extrañaba. Para la gente que había reunida en el hotel, había una cantidad indecente de botellas de cava regadas por la barra y no creía que todas hubieran acabado sobre los clientes. Más bien, por la emoción que mostraban, debían de llevar la mayoría del líquido dentro de sus cuerpos.

—¿Y en qué te puedo ayudar? —le preguntó Angustias, cogiendo otra copa de cava que le ofreció alguien.

—Vengo de una galería de arte de Madrid, creo que ayer habló con mi jefe...

—Ah, sí, con el hijo de Milagros.

—Ese.

—Oye, Fernando, ¿y tú de qué conoces a esta chica? ¡Qué casualidad!

Fer fue a decirle algo, pero Andrea se adelantó y él aprovechó para escabullirse tras la bandeja de copas de cava.

—Verá, me ha mandado para que vea su cuadro y haga una valoración del mismo. Parece que podría estar interesado en él.

Angustias se bebió de un trago la copa de cava. Hubo un momento en el que a Andrea le pareció que se estaba atragantando, porque se le pusieron los ojos brillantes, pero enseguida se recompuso.

—Hija, qué *lastimica* que te haya hecho venir desde tan lejos, ya no quiero vender el cuadro.

Y se dio la vuelta, dejándola con la palabra en la boca y con la sorpresa pintada en el rostro. Tampoco pareció escucharla cuando la llamó, pero no estuvo segura de que se estuviera haciendo la sorda o de verdad no la oyera. ¿Se había levantado a las cinco, había conducido durante horas, la habían bañado en cava... para nada? Bueno, algo podía rescatar de ese día, le habían dado un beso como hacía mucho que no los recibía.

Rectificó mientras miraba a Fer. Le habían dado el mejor beso de su vida.

La lástima era que solo había sido un beso de celebración y ella la destinataria porque era lo que tenía más a mano.

Capítulo 5

Andrea empezó a ponerse nerviosa. La euforia de la gente reunida en la recepción-bar del hotel no la compartía, pues a ella seguro que no le había tocado ni el más miserable reintegro, quizá porque no se le había ocurrido jugar a la lotería. Para eso estaba Mercedes, su madre, que era asidua de la Bonoloto, el cupón de la ONCE y el sorteo de la Cruz Roja, además, por supuesto, de la lotería de Navidad y del Niño. Jugaba a todo y alguna vez cazaba un pellizco, pero tampoco era reseñable, pues se solía gastar mucho más de lo que recogía.

Pensar en Mercedes la puso en alerta, se le había olvidado llamarla cuando llegó a Grimiel. Tenía tanta prisa por solucionar el tema que la había llevado a ese pueblo castellano que se le pasó darle un toque para que no estuviera preocupada.

Porque esa era otra de las especialidades de Mercedes: preocuparse.

Salió a la plaza, dispuesta a completar ese trámite.

—Mamá —dijo, en cuanto ella descolgó el teléfono.

—Hola, cariño, ¿todo bien?

—Sí, llegué hace un rato.

—¿Es bonito el pueblo? —le preguntó.

Andrea hizo un recorrido visual por la plaza. Estaba rodeada de soportales, decenas de columnas separaban la acera protegida de los elementos de la calle que partía el espacio en dos. El árbol decorado le daba un toque navideño que se acentuaba más con las luces que supuso que se encenderían de noche y con la tremenda nevada que estaba cayendo. En los minutos que permaneció dentro del hotel, un manto blanco se había hecho dueño de todas las superficies y el color blanquecino del cielo, mezclado con el blanco de los copos, le otorgaba una luminosidad inusitada a aquel pueblecito en medio de Castilla.

—Sí, es un pueblo típico, bonito en su... ruralidad, pero no he venido a hacer turismo.

—¿Qué tal el tiempo?

Estaba tardando en hacerle la pregunta que saciase sus inquietudes meteorológicas.

—Pues nada más llegar se ha puesto a nevar con huevos...

—¡Niña, esa boca! Ya te lo decía yo, que en La 1 siempre aciertan. ¿Ves cómo tenías que hacerme caso y llevarte maleta? No deberías volver con ese tiempo, se va a poner peor en las próximas horas y tú no conduces muy bien.

Suspiró, no hacía falta que se lo contase porque lo estaba viendo y sentía el frío que se le estaba metiendo hasta los huesos, pero no quería contarle que no pensaba quedarse en Grimiel a pasar la noche. Tenía que volver a Madrid como fuera. Ella sabía mejor que nadie que lo de conducir no era su fuerte, precisamente ese día no necesitaba que se lo recordasen, pero tenía sus planes. Debía reunir toda la confianza que pudiera para salir de allí y llevarlos a cabo.

—¿En Madrid está nevando? —le preguntó a Mercedes.

—No, aquí todavía no.

Eso le daba cierto margen, tal vez cuando encarase hacia el sur la tormenta de nieve se quedase atrás. Estaba dispuesta a irse sin comer si hacía falta para llegar antes que la nevada.

—Oye, mamá, te dejo, tengo que llamar a Gerardo.

—¿Ya has hablado con esa señora del cuadro?

—Sí, he hablado con ella.

—¿Y qué te ha dicho?

—Mamá, hasta luego.

No quiso decirle que no había conseguido nada, seguro que su madre encontraría una manera de prolongar la conversación y se le estaban congelando las manos, los pies y hasta la punta de la nariz. ¿Por qué no se había llevado un abrigo más gordito?

Revisó la agenda del teléfono para buscar el número de su jefe y lo seleccionó. Tras cuatro tonos, Gerardo contestó:

—¡Buenos días, Andrea! —dijo, eufórico.

—Hola, Gerardo.

—¿Cómo han ido las negociaciones?

Se quedó callada unos instantes. Llamar negociaciones a haber hablado con una anciana borracha le parecía maquillar la realidad un tanto.

—La señora Angustias no quiere ni oír hablar de vender el cuadro.

—¿Cómo que no quiere venderlo? ¡Pero si ayer...!

—Lo que estás oyendo. Me ha dicho, literal, que es una «lastimica» haberme hecho venir desde tan lejos para nada.

Gerardo gruñó al otro lado de la línea.

—¿Así? ¿Sin más? ¿No puedes convencerla?

—Bueno, es que ha pasado algo con lo que no contábamos —empezó a decir Andrea.

—¿Se ha muerto alguien?

Ahí, Gerardo el optimista, poniéndose en el peor de los escenarios. Si es que ese hombre no tenía remedio.

—No se ha muerto nadie, les ha tocado la lotería de Navidad.

En la línea se hizo un silencio que al poco interrumpió el galerista:

—¿A quién le ha tocado la lotería?

—Pues, si no me he enterado mal, a todo el pueblo. No creo que sea mucha gente la que vive aquí, esto es pequeñito, pero había un jaleo tremendo en el bar del hotel y todo el mundo estaba como loco porque se han convertido en millonarios de golpe.

—¿Angustias también? —preguntó él.

—No sé lo que le habrá tocado a ella, pero sí, Angustias también tenía lotería, y una borrachera considerable cuando, con una sola frase, me ha mandado a freír monas.

—Tienes que conseguir el cuadro. Es muy importante.

—Pues vienes tú, no creo que a esta mujer hoy sea fácil convencerla. Me voy a volver. Está nevando y como no salga de aquí ya, no podré regresar a Madrid.

—¡No, no, no! ¡Tienes que conseguirlo! Anoche estuve haciendo unas llamadas a un amigo que es conservador y le enseñé las fotos del cuadro que me hizo llegar mi madre por correo electrónico. Cree que hay muchas posibilidades de que sea auténtico. Verifícalo antes de venir.

Andrea resopló y una nube de vapor de agua se formó delante de su rostro, que en ese momento empezaba a crispase.

—Por favor —insistió Gerardo, rebajando el tono de sus exigencias.

—Te digo que no me va a dejar ni entrar en su casa —gruñó Andrea—, está celebrándolo con los vecinos. De hecho, están tan eufóricos que estoy cubierta de cava.

Su jefe se echó a reír.

—Oye, no me hace gracia, estoy en la calle, hace un frío del copón y encima estoy calada. Esta gente tiene fiesta para rato y yo quiero irme ya. ¿No podemos dejarlo para después de Navidad, para cuando todo esto se relaje?

—No, no podemos, al hablar con este amigo supe que la galería Keitar está al tanto de ese cuadro, tiene que ser nuestro. Si de verdad es un Murillo, esto sería un respaldo tremendo para nosotros. Vuelve y convéncela de que somos su mejor opción.

No dejó que replicase, le colgó y Andrea miró el teléfono un tanto furiosa. ¡A su mujer no le colgaba el teléfono con tanta soltura, el muy idiota! Después miró el cielo y, ante un escalofrío que sacudió su cuerpo, decidió entrar de nuevo en el hotel.

Antes de abrir la puerta dio otro resbalón y consideró sus opciones. Por muchas ganas que tuviera de marcharse, no estaba ducha para conducir en aquellas terribles condiciones climatológicas, así que fue a su coche, sacó la maleta de él y volvió al bar.

Gerardo iba a tener que añadir una factura de hotel a aquella excursión invernal a la que la había empujado.

Por el rabillo del ojo le pareció ver que una unidad móvil de televisión aparcaba al otro lado de la plaza.

Al abrir la puerta del establecimiento, la fiesta continuaba. No parecía que nadie tuviera prisa ese día por marcharse a casa, menos cuando el restaurante del hotel había preparado unos pinchos con los que acompañar al alcohol. Los vecinos de Grimiel hablaban a voz en cuello y nadie pareció darse cuenta de que ella había vuelto cargada con la maleta. No sabía a quién tenía que preguntar para registrarse y que le dieran una habitación. Si se iba a quedar, urgía darse una ducha y quitarse de encima las ropas mojadas y el olor a bodega.

—Creía que te habías ido —le dijo Fernando, apareciendo de pronto a su espalda.

—Tenía que hacer unas llamadas.

—Te he visto hablando con Angustias, pero veo que no has solucionado con ella el tema que te ha traído hasta aquí —le dijo, señalando la maleta.

—En ello estoy —mintió—, pero primero necesito una habitación para cambiarme, me habéis puesto perdida con el cava.

Fernando agarró uno de los mechones de su pelo y lo tocó, mirándola con ojos brillantes. Andrea no pudo decidir si esa mirada la provocaba ella, si tenía algo que ver con el beso que le había dado minutos antes o era que había bebido y empezaba a notarse en él el efecto del alcohol. En cualquier caso, al sentir los ojos azules de él sobre los suyos, al recordar las emociones que le había producido aquella reacción espontánea de Fer, comenzó a temblar. Tanto que él se dio cuenta.

—Supongo que te has quedado fría ahí afuera.

—Supones muy bien —contestó, con voz trémula. Ese chico provocaba en ella sensaciones que llevaban demasiado tiempo dormidas.

—Espera.

Giró la cabeza, buscando a alguien entre el gentío, y dio una voz.

—¡Marcos!

El interpelado apareció de nuevo, Andrea lo recordaba de haberlo visto hacía un rato.

—Marcos, la señorita necesita una habitación.

—¡Bienvenida! Y perdone que antes no le haya hecho caso, es que con el jaleo que hay, y como ha entrado con él, pensaba que solo había venido a celebrar lo de la lotería, no he visto la maleta. Soy el dueño del hotel. Venga por aquí.

La condujo al mostrador de recepción y, después de rodearlo, apretó el botón de la pantalla del ordenador. Se quedó mirándola con atención, acercándose y alejándose de ella, como si no fuera capaz de enfocar. Después de varios intentos, la miró con una sonrisa idiota, se dio la vuelta, cogió una llave prendida a un llavero de madera con el número de habitación y se la dio.

—Ya haremos el registro más tarde, no tengo que preocuparme porque esté ocupada la habitación que le voy a dar, es nuestra única clienta hoy. Luego me dirá la que le he dado y rellenaremos los datos.

Y se fue, dejándola desconcertada en medio del gentío. Supuso que la despreocupación de aquel hombre se debía a la euforia del premio y a la fiesta que se habían marcado los vecinos, que en ese momento pasaba por escuchar cantar a uno de ellos, que lo hacía bastante mal, pero al que todos jaleaban como si fuera el mejor cantante del mundo.

—Si quieres, te acompaño arriba y te llevo la maleta —le dijo Fer, adivinando su inquietud.

Marcos, prisionero de lo extraordinario del día, se había olvidado de decirle cómo se iba a las habitaciones y dónde estaba la suya.

—No, no, puedo yo sola —contestó ella.

Intentó adivinar el camino que tenía que tomar, pero había tanta gente que lo único que consiguió fue encaminarse a los baños del bar. Fernando la tomó por el brazo con suavidad y la recondujo hacia las escaleras. Cogió el llavero, sin que ella lo soltase, y lo giró para ver el número de habitación.

—Sube por esta escalera hasta la segunda planta y después gira a la derecha. La encontrarás con facilidad, hay pocas.

—¿No puedo usar el ascensor? —preguntó ella, señalándolo.

—Me temo que no está operativo. Vamos, sería un milagro que funcionase. La oferta sigue en pie, si quieres te acompaño —insistió él.

—Gracias por la amabilidad, puedo yo sola —se obligó a decir, mientras su cerebro se empeñaba en rememorar el cosquilleo que había atravesado su columna cuando la besó y su instinto traidor le gritaba que quería volver a probarlo.

—Como quieras. Encantado de haberte conocido.

Se despidió con un guiño que alentó todas las emociones que Andrea estaba tratando de doblegar. De ninguna manera se iba a dejar vencer por ellas. Para esquivarlas con más fuerza, se dio la vuelta y encaró las escaleras. Descubrió enseguida que sí le hubiera gustado que la acompañase, y no solo porque el hotel estaba construido en un antiguo edificio y las escaleras eran tan empinadas que, varias veces, estuvo a punto de perder el equilibrio y caerse hacia atrás. Por alguna razón, le apetecía prolongar el tiempo con aquel chico tan atractivo.

La maleta, a medida que descontaba escalones, le iba resultando más fastidiosa. ¿Pero qué había metido? ¿Piedras? Recordó que se había llevado su viejo portátil, que pesaba como una mala enfermedad, y un libro, por si se daba el caso de que tuviera que quedarse, además de útiles de aseo y ropa.

Llegó a la habitación jadeante.

Abrió la puerta y observó el espacio; era preciosa. Estaba decorada con gusto, con muebles rústicos muy elegantes y en el baño, amplio y luminoso, había un jacuzzi. Su idea de darse una ducha se tambaleó al pensar que podía cambiarla por un relajante baño de espuma, digno del mejor spa. Eso le hizo acordarse de que tenía que hacer otra llamada: tenía que anular la cita con Alicia y Clara. Si esa tarde tampoco podían hacer las compras programadas, la idea de ir el 23 a un balneario urbano iban a tener que dejarla para otro momento.

—¡Vaya! Videollamada a tres, seguro que nos quieres contar algo jugoso —dijo Clara, que fue la primera que descolgó. Al momento se unió Alicia.

—¡Hola, *darling*! ¿Qué tal por el medio rural? —dijo.

—A ver por dónde empiezo...

—Empieza por los pelos que llevas. ¿Te has pegado con un oso?

Mientras Andrea encontraba la manera de contarles la mañana que llevaba, Alicia desapareció del plano.

—¡Ali!

—¡Estoy, seguid hablando, que me estoy poniendo cómoda! Esta mierda de tacones me está dejando los pies molidos. Para salir esta tarde de compras pienso ponerme zapatillas deportivas.

—No puedo acompañaros hoy —dijo Andrea, entrando de lleno en el asunto que la había conducido a llamarlas.

Alicia metió la cabeza en el plano, de repente, procedente de un lugar hacia la derecha.

—¿Cómo que no vas a venir? ¿Y para cuándo vas a dejar las compras?

—Ali, lo siento, es que todo se ha complicado.

—¿No decías que era ir y volver? —preguntó Clara.

—Eso creía yo, pero no.

—Cuenta, cuenta —dijo Alicia, sentándose por fin delante del teléfono.

—¿Qué llevas puesto? —le preguntó Andrea, fijándose en los dibujitos de Frozen que llevaba la camiseta de su amiga.

—¿A que es adorable? Es que siempre quise un pijama de Frozen y nadie me lo regaló porque «soy muy mayor para estas tonterías» —dijo, imitando con burla una frase de su madre—, así que me lo he comprado yo solita. Me lo pongo en cuanto llego a casa. Y también tengo zapatillas.

Subió el pie para mostrar unas abrigadas botas de pelo blanco con motivos de la película.

—Ali, deja que Andrea nos cuente qué le pasa.

—¡Vale, vale! Si es que ella ha preguntado...

—No discutáis. Lo que ha pasado es que la señora con la que tenía que hablar del cuadro ha cambiado de idea sobre venderlo.

—Bueno, pues ya está —dijo Clara, que era la más práctica—, ha cambiado de idea, tú se lo has preguntado. Coges y te vienes. Y que le den al idiota de tu jefe.

—¿Y a esa mujer qué *flus* le ha dado para cambiar de idea de ayer a hoy? —preguntó Alicia.

—Pues, el mismo que a toda la gente del pueblo en el que estoy. En realidad, le ha tocado la lotería de Navidad. Por eso voy regada de cava.

—¡Joder!

La imprecación salió de la boca de Clara y Alicia a la vez, que se pusieron a especular con lo que harían ellas si les tocara la lotería de Navidad, planes muy locos que en ningún momento pasaban por quedarse a celebrar aquellos días con sus familias.

—Bueno, vale, le ha tocado la lotería y no quiere vender. Perfecto —dijo Clara—, pero tú qué

vas a hacer si ha cambiado de idea, sino regresar. Deberías estar en camino, de hecho, vamos a volver tardísimo de las compras si no sales de allí ahora mismo.

—Es que esa es otra, Gerardo estaba muy cabreado cuando se lo he contado. Si no la convenzo, igual se le pasa por la cabeza despedirme del trabajo.

—¿Y solo porque ese idiota te haya gritado, que por otro lado lo hace siempre, te vas a quedar allí, arruinando nuestros planes?

Andrea se quedó un momento en silencio. En ese instante se arrepintió de haber optado por la videollamada. No era lo mismo decirles algo solo a través de la voz o de un audio que la posibilidad de que mirasen a sus ojos y descubrieran que había algo más que había hecho que cambiase de opinión.

No eran Gerardo y sus exigencias.

Ni siquiera estaba segura de que la nevada estuviera siendo nada más que una excusa, pero no sabía si estaba preparada para confesarse a sí misma una verdad inesperada. Como para decirselo a ese par de cotorras. Una sed que no era consciente de que sintiera había despertado hacía un rato, al encontrarse con unos labios que parecían hechos para acallarla en su boca.

—Me voy a quedar hasta mañana —dijo, procurando sonar casual y evadiendo por un momento sus propios pensamientos—. Iremos de compras sin falta por la tarde, lo prometo. Lo único es que... deberíais ir anulando lo del spa, no creo que nos dé tiempo...

Otra vez las dos amigas empezaron a hablar a la vez, logrando que Andrea no se enterase de nada de lo que le estaban contando. Solo cuando se calmaron un poco decidió contarles lo que le sucedía de verdad.

Al fin y al cabo, eran sus amigas.

Al fin y al cabo, a alguien se lo tenía que contar si no quería explotar.

—A ver, tengo que contaros algo, pero me tenéis que prometer que no gritaréis.

—Qué tonterías dices, nosotras no gritamos nunca —dijo Alicia.

—Bueno —apostilló Clara—, que te pongan una araña delante, verás como gritas, Ali. ¿Hay arañas o ratones en la habitación en la que estás, Andrea? Mira que en los pueblos perdidos no creo que los hoteles sean de mucho lujo. Te puedes encontrar cualquier animal salvaje...

Andrea puso los ojos en blanco, estaba en un pueblo castellano, no en medio de la selva.

—¡Al contrario! Este sitio es espectacular. Es que... —No sabía por dónde empezar—. Es que hace un rato, en la recepción del hotel...

—¡Quieres arrancar, que nos tienes en ascuas! —dijo Clara.

—Venga, va. Pues que en medio de la euforia de esta gente, que estaba como loca celebrando lo de la lotería, uno del pueblo me ha besado.

Las dos se quedaron unos segundos en silencio.

—Pues hija, normal, estaría contento y te habrá confundido con alguien —dijo, al fin, Alicia—. Y si encima dices que lo están celebrando con cava, igual iba un poco perjudicadillo...

Andrea se quedó callada y Clara, que parecía un poco más despierta que Alicia, abrió la boca antes de preguntar:

—¿Te ha besado, besado? —preguntó.

—Sí —dijo Andrea, al tiempo que afirmaba con la cabeza.

—¡¿Con lengua y todo?!

—Sí —volvió a contestar; parecía que el beso la había dejado monosilábica.

—¡Ostras! ¿Y cómo era? —preguntó Alicia—. Me refiero a si estaba bueno o era un tipo de esos que te entran ganas de salir corriendo y no parar hasta Siberia.

—Parecía un hijo perdido de Odín —respondió Andrea, sin pensarlo mucho.

—¿De quién? —preguntó Ali, que no parecía muy puesta en mitología nórdica.

—Mira que eres imbécil —dijo Clara—. ¿Me estás diciendo que está buenísimo? ¡Hala, tía, qué suerte! ¡Mándame la ubicación que me voy para allá ahora mismo!

Andrea se echó a reír a carcajadas y acto seguido intentó quitarle hierro al asunto diciéndoles que no había tenido importancia. Iba a llevar razón Alicia, seguro que era porque estaba contento y hasta podía haberla confundido con alguien.

Colgó tras despedirse de ellas, buscando no prolongar más la conversación y que se le escapase algo que no quisiera. No había dicho toda la verdad a sus amigas.

No, Fernando no estaba borracho, al menos no lo estaba de alcohol, no le había dado tiempo a que le afectase lo más mínimo el cava que tomó. Ni a ella ese beso la había dejado tan indiferente como pretendía mostrar.

Solo les había contado lo que no comprometía a su corazón.

Capítulo 6

Tras la conversación con sus amigas, decidió saltarse la comida. El madrugón, sumado al relajante baño de espuma en el jacuzzi, alentó una dulce somnolencia, que invitaba más a probar la cama que a darse un atracón de comida castellana. Andrea se arrebujó en el edredón y, arrullada por el hipnótico movimiento de los copos que caían al otro lado de la ventana, no tardó en cerrar los ojos y quedarse dormida. Cuando los abrió de nuevo, estiró los músculos y bostezó. Inhaló una bocanada de aire y sonrió relajada después del descanso que le hacía tanta falta. Instantes después, miró con atención la habitación, intentando ubicarse.

Tardó tres segundos en decidir que estaba en el hotel de Grimiel.

Tardó dos más en pensar que las sábanas blanquísimas y muy suaves, con olor a lavanda, eran las más cálidas que la habían arropado nunca.

Le costó otro segundo pensar qué día era.

¿Qué día era?

Agarró el teléfono que había dejado sobre la mesilla y confirmó la fecha, 22 de diciembre, y lo más aterrador, que el reloj marcaba las ocho de la tarde. ¡Había dormido durante horas! Su estómago le recordó que se había saltado la comida y su cerebro le echó una bronca silenciosa al darse cuenta de que, aquella noche, por culpa de haberse dejado acunar por la comodidad de la habitación, no iba a dormir.

—¡Ay, ya me vale! Me voy a pasar la noche contando tantas ovejas que voy a reunir un rebaño —dijo en voz alta.

Lo dijo regañándose con suavidad por no haberse acordado de poner una alarma que la despertase.

Se levantó de la cama y, mientras se vestía, aguzó el oído, intentando escuchar el jaleo que había dejado en recepción cuando la abandonó. No tuvo éxito, en esos momentos todo parecía en silencio en el hotel. La gente debía de haberse cansado de celebrar su reciente cambio de estatus económico y se habrían ido a sus casas.

Decidió entretenerse un rato con el teléfono. Las noticias sobre los premiados en la lotería de Navidad ocupaban un gran espacio y entre los nombres de los lugares agraciados aparecía Grimiel. Incluso en una de las fotos, incluida por un periódico digital, le pareció reconocer a Angustias con su bata y sus zapatillas, con una copa de cava en alto, bailando entre el gentío. No pudo evitar que en sus labios se dibujase una sonrisa.

—¡Venga, nena! Muévete que todavía te quedas sin cenar también —se dijo, dejando el teléfono.

Se puso el abrigo, agarró su bolso bajo el brazo y, cuando encaró las empinadas escaleras se acordó de que al subir no había hecho el registro en el hotel. Fue a la recepción hacia donde se encaminó en primer lugar. Allí, sentado en una silla frente al ordenador, estaba Marcos, atento a

algo que sucedía en la pantalla. En esos momentos llevaba puestas las gafas que no encontró por la mañana. Cuando la escuchó llegar, cerró la página, se puso en pie y la saludó con una sonrisa perfecta de recepcionista.

—Buenas... noches —dijo Andrea, al comprobar que desde la ventana solo se veía oscuridad en la calle.

—Buenas noches. ¿Ha descansado? —preguntó él, en un tono muy correcto y muy profesional.

—Sí, sí, muchas gracias, venía a registrarme. Antes, con el lío...

—Claro, claro, es que antes estaba todo un poco descontrolado. No pasa nada, lo hacemos ahora.

—Menuda suerte ha tenido el pueblo esta mañana —comentó, por romper el silencio incómodo de hablar con un desconocido.

—Ha sido maravilloso, sobre todo porque le ha tocado el gordo a casi todo el mundo. ¿Le importa firmar aquí?

Marcos le entregó un papel que Andrea rubricó con prontitud antes de devolvérselo. A continuación, le dio una tarjeta al director y le indicó que contenía los datos del trabajo para después hacer la factura. Gerardo había insistido en que se quedase y ella le pasaría cada céntimo que le costase la broma, como le había dicho, además de anotar todas las horas extra y hasta el último café que también pensaba reclamarle. Completó con Marcos el resto de los trámites y le preguntó dónde podía comer algo.

—La verdad es que no tenemos servicio de comedor hoy. He dado permiso al personal después de la noticia de la mañana.

La cara de pánico de Andrea fue bastante elocuente, las tripas le rugían como unas posesas, recordándole que les prestase atención. Desde el desayuno de carretera no había tomado nada, puesto que el chocolate prometido por Fernando se había desvanecido por la noticia que encontraron al entrar en el hotel y ni siquiera se había tomado un café. Tampoco auguró que en un sitio tan pequeño pudiera encontrar otro restaurante. Preguntó, por si estuviera equivocada:

—¿Hay algún sitio más donde pueda cenar?

—En Grimiel no, pero podría ir hasta Lorsa.

No tenía ni idea de dónde estaba Lorsa, pero para calmar su apetito iría donde fuera necesario. Le pidió a Marcos que le explicase cómo llegar.

—Pues no está la noche como para perderse por carreteras secundarias... —le dijo, por toda respuesta.

Andrea no quiso arriesgarse, la previsión de su madre le había hecho meter un paquete de galletas en la maleta. Insuficientes para calmar un estómago hambriento, pero menos peligrosas que adentrarse en carreteras desconocidas de noche y sin instrucciones.

—¿Podría al menos tomar un café? —preguntó.

—Sí, claro, el bar está abierto —contestó Marcos, señalando la barra.

Ella se dio la vuelta y descubrió que tras el mostrador trasteaba una mujer mayor, que no tardó ni medio segundo en escabullirse por la puerta que daba a la cocina.

—Si quiere, podemos subirle a la habitación un bocadillo —ofreció Marcos.

Un «sí» rotundo y mudo se materializó en el cerebro de Andrea, pero al salir de su boca se había transformado en un educado y sosegado «gracias». Sin embargo, lo que menos le apetecía en esos momentos era quedarse más tiempo encerrada en una habitación. Auguraba una noche en blanco y sospechaba que se iba a hartar de mirar las paredes. Había un televisor, pero era poco

dada a entretenerse con lo que ofrecía la programación televisiva y el libro que se había llevado no era tan gordo como para mantenerla ocupada muchas horas. Tampoco tenía ganas de encender el portátil, aunque si no quedaba más remedio lo usaría para ver alguna película.

—¿Puedo comer el bocadillo en la barra? —preguntó.

—Sí, claro, si quiere, no hay problema.

—Por favor, tutéeme, me siento muy incómoda cuando me hablan de usted —le pidió Andrea.

—No me extraña —dijo la mujer mayor, que había aparecido con un plato de torreznos y un trozo enorme de tarta de queso—. Eres muy joven y este muy cenutrio para darse cuenta de que nadie te ha llamado de usted en la vida.

—Bueno, alguna vez...

—Pocas —sentenció ella—. Soy Luisa, espero que no seas vegana o algo así.

Aunque hubiera sido vegana convencida, con el hambre que tenía se habría comido aquellos torreznos, que encima olían deliciosamente bien. Se le olvidó por completo el bocadillo.

—No, no soy vegana, esto está bien.

—Agua.

Después de decirlo, Luisa le puso una botella de agua mineral sin preguntarle si la quería o prefería otra cosa.

—Se nos han acabado los refrescos y la cerveza, y no pienso subir otro barril hasta mañana por la mañana. ¿O quieres vino? Espera, tengo tónica y biter.

—Agua está bien —dijo la chica.

Andrea vio cómo Marcos esbozaba una sonrisa, quizá porque conocía muy bien a aquella camarera suya que servía a los clientes lo que le parecía la mitad de las veces, sin preguntar si era lo que deseaban. La gente del pueblo la había dejado por imposible, pero los clientes que llegaban al hotel no solían aceptar de buen grado sus imposiciones. Al menos la primera vez, porque después, como si ella tuviera el don mágico de doblegar voluntades, acababan aceptando su rareza como parte del encanto de Grimiel.

—¿Te ha gustado la habitación? —preguntó Marcos, saliendo del mostrador de la recepción y acercándose a ella.

—Preciosa, lo poco que he visto del hotel es muy bonito —dijo Andrea con sinceridad.

—Estamos muy orgullosos de él en el pueblo.

—Sobre todo tú —dijo Luisa, entre dientes, pero Andrea llegó a oírlo.

—Si te gusta, te agradecería mucho que nos pusieras una buena valoración en la página web, las valoraciones son importantes.

Luisa se echó a reír sin disimulo alguno.

—No sé cómo explicarle que cuando la gente viene a Grimiel no tienen otra cosa para elegir que este hotel. ¿Qué más da si nos valoran bien o mal?

—Pero puede animar a otros a venir a visitarnos si lo ven en la web —alegó él.

—¿A ver, qué, Marcos? —preguntó Luisa—. ¿Las vacas de Tomás? ¿El depósito de agua? Amos, anda...

—No le hagas caso, el hotel tiene un prestigio avalado por...

—No le hagas caso a él —le interrumpió Luisa—. Hace unos años salimos en toda la prensa y vamos viviendo de las rentas, pero la verdad es que venir aquí tiene muy poquito encanto. Sobrevivimos porque no hay más bares en muchos kilómetros a la redonda, pero esto está muerto.

—¡Luisa!

—A ver si te crees que la chica no sabe que el medio rural se muere. Lo sabe, como todo el mundo.

Andrea fue a intervenir, pero parecía que la conversación era entre ellos y no la incluía demasiado. Ella solo había sido la excusa para que volvieran a repasar un tema que era recurrente en sus conversaciones, algo que les dolía porque ante sus ojos se desmoronaba el modo de vida que habían conocido. La ciudad se había ido llevando a la gente de Grimiel y, salvo excepciones, nadie regresaba a vivir, pocos optaban por quedarse allí, por mucho empeño que pusieran en mantener el pueblo en pie.

—Tenemos lo que has visto en la plaza. Suerte que no han quitado la farmacia, creo que porque la mayoría somos viejos, consumimos medicinas a tutiplén y le damos negocio. Aparte del hotel, hay un picadero, el taller de tractores, la carnicería, el estanco, una tienda de ultramarinos... Algunos grimienses tienen negocios de chapuzas, pero para de contar. Pero si desde este año no tenemos ni colegio, que los niños tienen que ir a Lorsa desde chiquitines...

—Tenemos la senda del río —puntualizó Marcos.

—¡Fíjate tú qué maravilla! —dijo Luisa, irónica.

—Y setas en otoño, y el festival de la croqueta en mayo, y... nos ha tocado la lotería.

—Pan para hoy, hambre para mañana —remató ella—. Por cierto, ¿tú que haces aquí? —preguntó, dirigiéndose a Andrea—. ¿Eres la novia de Fernando?

Andrea se tragó de golpe un trozo de torrezno que tenía en la boca y se atragantó. Tuvo que beber agua para que se le pasara. Al parecer, a pesar del jaleo, todo el mundo había sido testigo del beso que le había plantado el chico de los tractores. Recordarlo hizo que le latiera el corazón un poco más deprisa y se apresuró a recomponerse.

—No, si yo lo he conocido en la puerta, antes de entrar al bar. No soy su novia.

—Pues oye, qué suerte —dijo Luisa—, porque el condenado es guapo a rabiar y yo al menos no le he visto agarrar a las mozas de aquí y besarlas así.

—Creo que se acababa de enterar de que le ha tocado la lotería y yo solo estaba allí —respondió Andrea, haciendo un gesto con la mano que trataba de quitarle importancia y queriendo creer que eso era lo que había pasado.

—Y si no eres la novia de Fer, ¿qué haces aquí, turismo? —preguntó Marcos esperanzado.

—No, he venido por trabajo. No pensaba quedarme, pero se ha puesto a nevar y yo no conduzco habitualmente, me da miedo estamparme.

—¿Ves? —le dijo Luisa a Marcos—. Por eso se queda la gente en Grimiel, por circunstancias ajenas al paseo del río o que te hayas empeñado en poner ese mamotreto de árbol en la plaza, lucecitas en los balcones o guirnaldas de Navidad en los carteles de acceso. Si es que no sé cuándo te va a entrar en la cabeza que estamos solos y cada vez somos menos. Y ese es nuestro futuro, desaparecer.

Y como si con su gesto quisiera confirmarlo, desapareció ella por la puerta de la cocina.

—Qué manía le ha entrado con que cierre el hotel y deje solo el bar, ni que tuviera que hacer tantas habitaciones... —refunfuñó el director.

Andrea echó un vistazo al espacio. Era amplio y los materiales con los que estaba hecho se notaba que no eran baratos. El edificio, desde fuera, imponía, pero desde dentro la sensación de lujo era todavía mayor.

—Debe de ser caro mantener esto si no hay clientes —dijo Andrea.

—Pues un poco, pero si nos rendimos, si no aguantamos el invierno, tampoco habrá verano, y en verano sí viene gente, tengo que contratar dos camareros más, cuando no son cuatro. Si nos

damos por vencidos el pueblo terminará muriendo y, aunque a la gente de fuera no le parezca interesante este modo de vida tranquilo..., a mí me gusta más. Quiero poder terminar mis días aquí. No soportaría vivir en una ciudad.

Andrea no supo si Marcos había acabado con su alegato sobre la vida rural, porque en ese momento se abrió la puerta del bar y entraron dos clientes. Él se olvidó de que estaba hablando con ella y se marchó a saludarlos. Los tres retomaron las conversaciones sobre el gordo de la lotería y le dijeron que habían ido a ver el noticiero de la televisión allí. En un canal de los importantes iban a poner un reportaje que habían hecho poco después de que subiera a la habitación. Ella no estaba cuando un equipo entró en el bar y grabó la fiesta de los vecinos e incluso habían hecho entrevistas.

Mientras terminaba de comer, más gente entró en el bar. Parecía que habían hecho una quedada para verse en la tele mientras se tomaban algo todos juntos.

Andrea decidió quedarse a escuchar la noticia, envidiando la euforia de aquellas personas que habían sido tocadas por la diosa Fortuna y que desprendían alegría por los cuatro costados. Cuando llegó el momento, la reportera hizo una introducción sobre el montón de millones que se habían repartido los vecinos y después, muy profesional, preguntó a uno de los grimienses. Cuando el plano de la cámara se abrió y el hombre entró en él, no pudo evitar contener el aliento. Era Fernando. ¡*Santa Madonna*, ese hombre no podía ser más atractivo! Incluso en la tele se le veía perfecto, a pesar de que no iba vestido de ninguna manera especial y tenía el pelo alborotado y mojado por el cava. Era su sonrisa ladeada que le daba un aspecto entre sensual y canalla, o tal vez el erotismo de una voz ligeramente enronquecida, o que miraba de frente atravesando a quien cruzaba los ojos con su mirada azul. Era algo que emanaba de él y que Andrea no se había imaginado, porque la reportera, muy poco profesional por otro lado, tenía la misma cara de tonta al mirarlo que supuso que había puesto ella hacía unas horas al tenerlo enfrente.

—Qué *hijoputa* el Fer —dijo uno de los parroquianos—, se ha metido a la reportera en el bolsillo. No creas que la tía ha querido hablar con otro, ha ido derechita a él.

—Pues como siempre, el cabrón no puede tener más éxito con las tías, no sé cómo lo hace —contestó el otro.

—Coño, si tú tuvieras esos ojos que tiene él y te dedicases a cambiarle ruedas a los tractores en vez de echar de comer a los marranos, que eso no hace el mismo músculo, a lo mejor te pasaba igual —respondió el primero.

—No sé si le habrá pedido el teléfono, pero si no lo ha hecho es que es tonto —dijo otro.

—Pregúntale ahora, que ha dicho que iba a venir. No sé dónde se habrá metido, pero se ha perdido su momento de gloria en la tele, va a tener que verlo en Internet.

—Vete a saber si no ha quedado con la reportera...

Una carcajada general se oyó en el bar y Andrea no quiso esperar a que Fernando entrase por la puerta. Si se había sentido incómoda solo al verlo aparecer en pantalla pegado a la periodista, no quería pensar qué sucedería si lo volviera a tener frente a ella. Tras acabar a toda prisa su frugal cena, le dijo a Marcos que lo anotase en la cuenta de la habitación, le dedicó una sonrisa de cortesía y abandonó la recepción.

La noche se le hizo eterna.

Por la mañana, Andrea se levantó cansada. Se había quedado dormida casi a las seis, después de acabarse el libro y ver una serie en el portátil. Bajó a desayunar adormilada y encontró que

todo estaba mucho más tranquilo que el día anterior; parecía que la euforia había dejado solo una ligera resaca en el hotel, que se manifestaba en los periódicos en los que salían algunos vecinos. Decidió tomar un café y marcharse enseguida para hablar con Angustias. Contaba con que a esas horas se le hubiera pasado la borrachera y quizá se mostrase más razonable que el día anterior.

Con cautela, porque seguía nevando, atravesó la plaza hasta que llegó a la casa de la mujer. La nieve acumulada le sobrepasaba los tobillos e iba pensando que en su vida había visto nevar con tal intensidad. Los pocos coches que estaban aparcados al lado del suyo eran montículos blancos, irreconocibles bajo la espesa capa de agua congelada que tenían encima. De hecho, se quedó mirándolos antes de decidir cuál de ellos sería en concreto el automóvil de su propiedad. Desistió, rendida a que no se acordaba en qué punto exacto lo había dejado y, vistos así, eran todos iguales. Ya lo buscaría cuando se marchase un rato después y lo tuviera que desenterrar. O desnevar. O como quisiera que se llamase el rescatar un vehículo sepultado bajo la nieve, si es que eso tenía un nombre.

Envuelta en sus cavilaciones lingüísticas, llegó frente a la puerta de Angustias, llamó al timbre y esta, al contrario que el día anterior, le abrió enseguida.

—¿Qué quieres? —le preguntó de una manera un tanto brusca.

—Buenos días, no sé si se acuerda de mí, hablamos ayer en el hotel.

Angustias la miró con la cabeza ladeada.

—¿Eres la periodista?

Andrea negó con la cabeza antes de presentarse.

—No, soy Andrea Hervás, vengo de Madrid, de la galería de arte con la que se ha puesto en contacto para que hablemos sobre el cuadro que quiere vender.

Empleó el presente a propósito, por si la mujer se había olvidado de su vehemente negativa del día anterior.

—Ah, sí, la que viene de parte del chico de mi amiga, de Gerardo.

Pues no, no se le había olvidado, y la cara de malas pulgas que tenía tampoco le auguraba un éxito para ese día. Igual tenía resaca. Seguro que tenía resaca, las señoras de su edad no se iban de juerga con cava en bata y zapatillas todas las mañanas del año.

—Me gustaría ver el cuadro y que valorase nuestra oferta —dijo Andrea, con toda la amabilidad que pudo.

—Ya te dije ayer que he cambiado de idea y que no vendo.

—Bueno, quizá si escucha lo que hemos pensado...

No se podía ir sin un trato sobre el cuadro, o al menos sin verlo para ofrecerle a su jefe una valoración sobre las posibilidades que tenía de ser auténtico.

Angustias se lo pensó unos instantes. Después, resopló y abrió un poco más la puerta, que hasta ese momento había mantenido entornada, dejando solo un pequeño filo por el que asomaban parte de su cabeza y su perenne bata azul.

—Pasa si quieres verlo, pero te adelanto que no lo voy a vender. Necesitaba dinero, pero creo que sabes que ayer me tocó la lotería.

Empezó a andar por el pasillo de la casa y Andrea la siguió, después de cerrar la puerta de entrada. Agradeció de inmediato el calorcillo que hacía dentro.

—Ah —dijo, volviéndose a la muchacha y apuntándola con un dedo huesudo y torcido, haciendo que retrocediese un poco intimidada—, espero que no se te ocurra darme un golpe para dejarme atontada y robarme la lotería, porque no vas a conseguir nada, he llevado la papeleta al banco.

Andrea no conocía Grimiel, pero le extrañó no haberse fijado si había un banco o una Caja de Ahorros. Cabeceó, por si estaba aún medio dormida y no había entendido muy bien a la anciana. ¿Cómo iba a querer darle un golpe para robarle la lotería? ¿Acaso tenía ella pinta de ladrona?

Entraron en una salita decorada por lo menos medio siglo antes, que olía a la leña que ardía en la chimenea. Le gustaba mucho la sensación de una chimenea encendida y el olor a leña, siempre que pensaba en un verdadero hogar, había una chimenea con sus gruesos troncos ardiendo y sus hipnóticas llamas danzando sobre ellos.

—Ahí está —dijo Angustias, señalando el cuadro.

Andrea dejó de mirar el fuego y se acercó hasta la pintura, que ocupaba una parte de la pared del fondo. El cuadro parecía de la época de Murillo, y no solo el cuadro, también el marco era de un estilo que lo asociaba a ese momento, pero todo él presentaba un estado lamentable. El humo que se escapaba de la chimenea, las condiciones de temperatura variables de la habitación y que estaba cubierto de una pátina de suciedad centenaria no ayudaban a que luciera como en sus mejores momentos. Además, se notaba que había un par de rotos en la tela que necesitaban reparación. Fuera auténtico o no, el cuadro tenía el valor del tiempo que hacía que había sido pintado, pero necesitaba una restauración como el comer.

Se acercó más para observar la firma, pero las condiciones de luz de la habitación y el mismo deterioro de la pintura la habían hecho ilegible. Recordaba el trazo de las obras firmadas por Murillo, pero en aquella oscuridad no podía estar segura de nada. Sin embargo, al mirarlo tuvo la sensación de que ese cuadro era muy valioso. Algo en los rasgos de la Inmaculada que representaba, en los angelotes que la rodeaban y la perfección de algunos detalles, como las manos y los ojos elevados, le hicieron pensar que podría ser, al menos, de la escuela del pintor sevillano. La cifra más alta que le había dado Gerardo se quedaba corta a todas luces para hacerse con él y le iba a provocar un ataque de risa a aquella mujer. El que el día anterior hubiera ganado un montón de pasta en la lotería no iba a ayudar tampoco.

—¿De verdad no quiere venderlo? —le preguntó.

—¿Cómo?

—Que si no quiere venderlo —le dijo, elevando la voz al recordar que le habían dicho que estaba un poco sorda.

—Pues mira, no. Estaba un poco achuchada, ya sabes cómo es vivir de una pensión, pero con el dinero que me ha caído y con los años que tengo, ahora no lo necesito. No sé lo que voy a vivir y ese cuadro ha estado ahí toda la vida. Quiero que siga en ese lugar hasta que me muera, solo era necesidad lo que me empujaba a descolgarlo de esa pared.

—Le tiene cariño —dijo Andrea, componiendo un gesto que daba a entender cierta comprensión por la decisión que había tomado.

—¿Qué niño?

—No, le decía —volvió a gritar un poco—, que le tiene cariño.

—Ah, no, no. Ninguno, pero como lo quite habrá que pintar, que seguro que se nota la marca en la pared del tiempo que lleva ahí y yo ya no estoy para ponerme a limpiar cuando se vayan los pintores.

La chica tuvo que sofocar una carcajada cuando la escuchó soltar aquello convencida del todo.

—Los pintores de ahora lo dejan todo impoluto —dijo Andrea, tratando de quitarle hierro al asunto.

—Porque no son los Elías...

—¿Quiénes?

—Pues los Elías, los pintores del pueblo. Lo dejan todo muy bien, rematadita la pintura y eso, pero el suelo y los enchufes... no los ves entrar en luz en semanas. Y que no, que en estos momentos no me hace falta el dinero.

Andrea no quiso rendirse tan pronto.

—Le podríamos ofrecer, además del precio del cuadro, que vengan unos pintores más profesionales y un equipo de limpieza para después, a usted no le costaría nada. Lo pagaría la galería, se lo aseguro.

Angustias puso cara de susto con la propuesta.

—Pero ¡qué dices! ¿Y que me dejen de hablar los Elías por no haberlos llamado a ellos? ¡Quita, quita, que no tengo edad para roces con vecinos! Que no quiero que a mi entierro no vaya nadie.

Andrea parpadeó perpleja por el razonamiento. Estaba acostumbrada a lidiar con gente dura de roer en las negociaciones, pero se solían poner pesados con el precio, no exponían argumentos tan peregrinos como los que le estaba mostrando Angustias.

—Bueno, lo has visto, ya te puedes ir —dijo la mujer, señalando la puerta con un gesto con la cabeza.

—Claro, pero si cambia de idea, este es mi teléfono.

Dejó una tarjeta sobre la mesa de la salita, porque la anciana no hizo ni el gesto de mirarla, y se encaminó a la puerta. La estaba observando con tanta animadversión que prefirió salir de allí lo más rápido posible.

De todos modos, había llegado a la conclusión de que no iba a convencerla, ni aunque estuviera sobria.

Capítulo 7

Andrea cerró la puerta de la casa de Angustias, se ajustó el abrigo, se caló el gorro de lana y se dispuso a volver al hotel para recoger sus cosas. Estaba visto que la mujer no tenía ninguna intención de hacer negocios con la galería ahora que sus problemas económicos habían pasado a un segundo plano con el premio de la lotería. Todo lo más que podían conseguir era que, pasados unos días, viera el asunto con más calma, pero había que dejar que el tiempo transcurriera y eso era lo que pensaba hacer. Se marcharía a Madrid y, tal vez para cuando pasara la Navidad, haría otro intento con ella.

Por teléfono, por supuesto, no había ninguna necesidad de hacer un viaje hasta allí para que le volviera a decir que no quería vender el cuadro.

Echó un vistazo al cielo y se dio cuenta de que, mientras estaba en casa de la mujer, la nevada había remitido un poco. Perfecto, eso le daba un margen para salir de aquel pueblo.

Miró a ambos lados de la calle para cruzar y observó que desde el otro extremo de la plaza se acercaba un tractor. Iba empujando la nieve a un lado con la pala con el objeto de despejar la vía para los coches. Eso estaba genial, menos problemas que añadir a su torpeza al volante, pensó, aunque un segundo después su pensamiento dio un giro radical. Se dio cuenta de que la nieve que iba desplazando el tractor taponaba la salida de los vehículos aparcados, entre los que estaba el suyo.

—¡Eh, tú, pedazo de idiota! ¿Se puede saber qué crees que estás haciendo? ¡Para!

Empezó a gesticular con los brazos hacia el tractor, histérica, mientras le gritaba al conductor. Por nada del mundo pensaba pasar un día más en el pueblo, tenía que regresar a Madrid antes de que ese maldito temporal la dejase aislada y, si su coche quedaba sepultado, sería imposible.

Intentó correr hacia el tractor para que la viera mejor, pero se olvidó de que la plaza resbalaba y, al pisar una zona donde la nieve estaba medio derretida, acabó dando con sus huesos en el suelo. Se levantó furiosa, sacudiéndose el agua que le había puesto perdidos el abrigo y los pantalones. El conductor, al verla caer, se detuvo a su lado y Andrea, a la que en esos momentos solo le faltaba echar humo por las orejas, se dispuso a decirle cuatro cosas. Sus intenciones sufrieron un aborto espontáneo e inoportuno en cuanto se encontró con la maravillosa sonrisa del hombre que la había besado el día anterior: Fernando.

¿Tan pequeño era el pueblo que no podía pasar las últimas horas en él sin encontrárselo?

—Buenos días —la saludó el joven, abriendo la puerta del tractor—. ¿Por qué te tumbas en mitad de la plaza? Hace un poquito de frío y eres bastante mayor para ponerte a hacer angelitos en la nieve, ¿no crees? —se burló.

—Buenos días a ti también, no esperaba encontrarte aquí.

—Vivo aquí —dijo él—, lo raro sería no encontrarnos.

—Pensé que aún estarías haciéndole ojitos a la reportera de televisión.

Justo tras decir esto, Andrea quiso que se la tragasen los adoquines de la plaza y la devolvieran, por lo menos, al tiempo de los romanos. ¿Cómo había dejado que ese pensamiento encontrase el camino de su boca y saliera al exterior? Fer abrió la suya para replicarle, pero no le dio tiempo, pues en ese instante Andrea se aferró al enfado que sentía con él para salir del apuro de su impertinencia inoportuna. Le bufó un poquito y saltaron chispas imaginarias por su mirada.

—¿Se puede saber por qué estás enterrando los coches?!

Él, ignorando su enfado, miró hacia la fila de vehículos aparcados que le señalaba y enseguida se volvió hacia ella, sin dejar de sonreír.

—No te preocupes, es solo nieve, no les va a pasar nada.

—¡Ya sé que no les va a pasar nada, pero uno de esos es el mío y tengo que marcharme!

La sonrisa de Fernando, esa maldita sonrisa que la dejaba fuera de combate, se agrandó en su rostro. Le mostró su perfecta dentadura y comprometió su estabilidad sobre la nieve, pues las piernas de nuevo se le aflojaron. Tuvo que hacer un esfuerzo por no volver a caerse. No entendía qué le estaba pasando, qué clase de hechizo había lanzado ese hombre sobre ella que se ponía así de tonta en su presencia. Por favor, que no era un millonario sobre un deportivo, ¡era un chico corriente subido a un tractor!

Rectificaba lo de millonario, la lotería había supuesto un buen pellizco para él.

Rectificaba lo de chico corriente, jamás en su vida se había tropezado con alguien tan atractivo.

—No creo que debas irte, ¿no has oído las noticias? —le dijo, sacándola de los perturbadores pensamientos que lo tenían a él como protagonista.

No, no había escuchado las noticias. Lo último que había visto había sido el reportaje de la lotería en el bar y se le habían quitado las ganas de poner la televisión en la habitación. Se había sentido aterrada de encontrarse de nuevo con Fernando y con la reportera que flirteaba con él. Sacudió un poco la cabeza para quitarse aquellos díscolos pensamientos y él la miró como si estuviera un poco chalada.

—Tenía un copo de nieve en la pestaña —dijo, a modo de excusa, cuando se dio cuenta de que no podía comprender su gesto.

—Ha parado de nevar —dijo él, mirando al cielo.

—Pues yo qué sé, se habrá escapado uno y me ha dado en el ojo. ¿Por qué dices que no debo irme?

—Estamos a punto de quedarnos aislados por la nevada. Un poco más al norte están incomunicados y el temporal viene para acá con más fuerza.

—¡No fastidies! —dijo ella.

—No están hablando de otra cosa en todos los informativos desde que me he levantado. Se ve que a la gente le gusta que se hable del tiempo.

No hacía falta que se lo jurase, era el tema favorito de su madre. Le gustaba más una DANA y sus consecuencias que todos los programas del corazón juntos. Y más que la política, que en cuanto acaparaba la pantalla de la tele, la apagaba.

Andrea no deseaba quedarse ni un día más en Grimiél. Cuando Gerardo le propuso ir a hablar con Angustias, pensó que la visita al pueblo sería una situación que se resolvería en unas horas y podría volver a Madrid incluso esa misma tarde, pero no había sido así. Era 23 de diciembre. Quedaba un solo día para Nochebuena, dos para Navidad, y ella seguía dándole largas a sus amigas para ir a comprar los regalos.

—¿Cuánto tiempo tengo para irme? —preguntó, aterrada por el hecho de que, tal vez, no

quedase ni un minuto.

—Si encuentras a alguien que saque tu coche de debajo de la nieve en diez minutos —miró al cielo como para cerciorarse—, yo creo que estarás a tiempo de salir del pueblo.

—¿Diez minutos?

—Quien dice diez, puede estar diciendo veinte, pero no creo que tarde mucho más en nevar, estamos a menos dos grados. —Se aseguró mirando el termómetro que tenía en el cuadro de mandos del tractor—. Mira el cielo, solo hace falta que temple un poco.

—Bueno, pero igual el tiempo no hace eso.

Andrea sabía que estaba sonando patética, pero la verdad era que no quería quedarse bajo ningún concepto.

—Hace diez minutos había cuatro grados bajo cero, está subiendo la temperatura. Mira, ya estamos a menos uno —dijo, señalando el termómetro que acababa de cambiar.

La chica miró al cielo y se cagó en todos los temporales del norte que tenían la mala uva de llegar en Navidad.

—¿Y por casualidad no sabrás cuándo han dicho que se va a pasar esto? —preguntó.

—Han dicho que va a seguir nevando con ganas por lo menos hasta el veintiséis.

—Su puta madre —susurró.

—Tengo que irme —dijo Fer—. El centro de salud está en el pueblo de al lado, en Lorsa, y debo despejar lo más posible la carretera por si alguien pudiera necesitar un médico. Aquí solo tenemos consulta tres días a la semana, pero nada de urgencias, y esto está lleno de gente mayor. No podemos arriesgarnos a quedarnos aislados del médico.

Andrea le miró sorprendida. Estaba acostumbrada a la burocracia de las ciudades, donde hasta las decisiones más idiotas a veces tenían que pasar por un misterioso comité de expertos, cuatro políticos y dos asesores de marketing por lo menos. Fernando había hablado en primera persona, como si la decisión de despejar el camino hubiera sido suya en exclusiva, y se preguntó si en Grimiel se seguían haciendo así las cosas, usando la lógica y la solidaridad, y dejando las peleas por los trámites para, quizá, debatirlas después de que se solucionasen los problemas.

—¿Trabajas despejando nieve? —le preguntó.

—A veces, sí. Si hace falta.

—Pensaba que tenías un taller de tractores.

—También tengo un taller. Y no tengo un Ferrari, si lo tuviera te invitaría a acompañarme, pero esto no tiene mucho sitio.

Andrea se quedó sin palabras, jamás había sido invitada a subir a un tractor para despejar las calles de un pueblo de nieve, pero tampoco le extrañó. Desde que había llegado a aquel pequeño pueblo castellano todo lo que sucedía era excepcional.

—No, no, gracias, si yo lo que tengo que hacer es salir corriendo de aquí, pero gracias de todas maneras por invitarme a tu... tractor.

—¿Has visto a Angustias? —le preguntó él, tratando de retenerla un poco más.

—Sí, pero no quiere ni oír hablar de mí.

—Ayer dijiste que venías de una galería de arte. A mí no, se lo dijiste a ella, pero lo escuché.

Andrea decidió contárselo. No era un secreto, era un trámite de los que hacían muchas veces en la galería, aunque aquel cuadro fuera, con diferencia, el cuadro más antiguo con el que habían tropezado que alguien estuviera dispuesto a vender. Tal vez le vendría bien buscarse un aliado en el pueblo que la ayudase a convencer a la mujer de la conveniencia de venderles la pintura.

—He venido porque Angustias quería deshacerse de un cuadro que tiene en casa, pero con el

premio de la lotería dice que no le hace falta venderlo.

—Entonces has venido para nada.

—Eso parece, la he visto muy segura en su cambio de opinión. Vamos, como que me ha echado de su casa. Solo le ha faltado coger la escoba y sacarme a palos.

Fer se echó a reír.

—Angustias es un poco particular, pero es buena gente. A lo mejor dentro de un par de días, cuando se le pase la euforia de la lotería, vuelve a querer venderlo.

—No pienso quedarme tanto para averiguarlo, mañana es Nochebuena y la voy a pasar en Madrid.

Él se mordió el labio, temiendo que iba a llevarse una decepción cuando fuera consciente de que no se podría ir, el temporal era serio y era una auténtica temeridad conducir bajo aquellas condiciones. Lo más probable sería que, aunque lograra salir de Grimiel, se quedara tirada en una cuneta. Celebrar la Navidad con unos extraños era siempre mejor plan que hacerlo tiritando dentro de un coche en medio de la nada, pero no pensaba insistirle de momento, se acabaría convenciendo ella sola.

—Tengo que hacer una llamada —le dijo Andrea—. Encantada de haberte conocido.

—Lo mismo digo —contestó él.

Y de sus labios se descolgó esa sonrisa suya que derretía el Polo Norte, y que a Andrea le provocaba fallos respiratorios. Antes de que la sensación de perderse en ella fuera más intensa, se despidió de él con la mano y se desplazó a la acera. Despacio, para no caerse otra vez. Sacó el móvil del bolso y lo encendió.

—¿Gerardo? Sí, soy yo, ¿qué tal?

Fernando movió el tractor y siguió con sus labores de limpieza. Había escuchado el nombre de la persona a la que estaba llamando Andrea, un tal Gerardo. ¿Sería su novio? Una chica tan guapa a la fuerza tenía que tener novio. Además, vivía en la capital, eso multiplicaba las posibilidades. No era como en el pueblo, que apenas quedaba gente y era mucho más sencillo no encontrar a alguien con quien encajar.

Se regañó por estar especulando sobre ella, al fin y al cabo, le había dicho que se iría en unos minutos, en cuanto sacara su coche de debajo de la nieve. Sonrió mientras miraba al cielo y constataba que la temperatura había subido otro grado. Quizá no, quizá hubiera suerte y aún le quedara un tiempo para abandonar Grimiel. Después del beso del día anterior y de lo que había sentido, tenía muchas ganas de repetirlo y de comprobar si aquello había sido solo un momento de euforia o habría algo más.

Andrea, entretanto, seguía tiritando en la acera mientras discutía con Gerardo.

—¡Te dije que pusieras los cuadros por gamas de fríos y cálidos, lo dejé todo anotado, Gerardo! No me puedo creer que no me hayas hecho caso y hayáis montado la exposición por fecha de ejecución... Sí... Oye... No me digas que...

En ese momento tuvo que callarse y separar el teléfono de la oreja porque su jefe empezó a gritar como un poseso. Una señora que iba a comprar el pan la miró como si estuviera un poco trastornada, mirando el teléfono a distancia mientras que de él salía la voz enervada de un hombre. Andrea se lo volvió a acercar al oído y le soltó la siguiente bomba en el primer instante que él paró de hablar para poder seguir respirando.

—¿Ya has acabado con eso? Pues que sepas que tampoco he conseguido convencer a esta señora y no nos va a vender el cuadro —añadió con rapidez, por si no le daba tiempo a interrumpirlo en otro rato.

Las voces de Gerardo tenían que estar oyéndose al otro lado de la plaza, por lo que Andrea, mientras él dejaba escapar el cabreo que tenía, bajó un poco el volumen de su móvil. No quería quedarse sorda como Angustias. Su jefe, cuando logró restablecerse del *shock* por las malas noticias, le preguntó si había visto la pintura.

—La he visto, sí. El cuadro parece de mediados del XVII, tiene muchos rasgos que me hacen pensar que es muy valioso, pero está hecho polvo, nadie lo ha cuidado —dijo—. ¡He hecho lo que he podido para que nos lo ceda, pero yo qué culpa tengo de que esta señora haya cambiado de opinión porque le ha tocado la lotería!

Gerardo enmudeció y Andrea temió que le hubiera dado un ictus o algo semejante. La duda solo le duró un instante, enseguida volvió a la carga y le ordenó (cual general de un ejército) que no se le ocurriera volver sin el cuadro. Le dijo que se quedase haciendo guardia en su puerta si era necesario, pero que lo llevase con ella a Madrid. No le parecía imposible que convenciera a esa mujer.

—Vale, vale, lo que tú digas.

Andrea colgó y metió rabiosa el teléfono en el bolso, mientras pensaba que a él le quería ver lidiando con Angustias.

—¿Tu novio? —le preguntó la señora, que volvía de comprar el pan en esos momentos, sin poder aguantarse la duda.

—Mi jefe —contestó ella.

Sacudió la cabeza al darse cuenta de que le estaba dando información sobre una llamada personal a una perfecta desconocida que, además, siguió andando por la calle como si no le hubiera preguntado nada. Definitivamente, la gente de ese pueblo no era normal.

Miró al coche y después al cielo.

¡Maldito Fernando! Era mejor meteorólogo que su madre, había empezado a nevar en serio.

Dirigió sus pasos apresurados al hotel. Tomaría un café y valoraría las posibilidades de huir de allí de inmediato.

Capítulo 8

El agradable calor de la chimenea del bar la recibió con su tibia caricia en cuanto abrió la puerta del hotel. El día anterior, en medio del jaleo que había cuando entró, solo sintió que la temperatura de aquel lugar era encantadora, pero no se dio cuenta de que se debía a la presencia de la estufa de leña hasta la segunda vez que estuvo allí, cuando cenó en la barra. La cantidad de vecinos reunidos ocultaron su presencia, que se imponía cuando el lugar se despejaba de gentío. No solo otorgaba un efecto decorativo magnífico, sino que convertía al espacio en acogedor, al darle un toque de hogar del que carecían otros hoteles que había visitado en su vida.

Se quitó el abrigo, lo dejó sobre un taburete al lado de la barra y echó un vistazo a los parroquianos que a esa hora se reunían para tomar café. Había dos mujeres en una esquina y tres hombres algo más cerca de ella, enzarzados en una conversación animada sobre los planes que tenían para el dinero que les había tocado. No encontró rastro de Luisa o Marcos.

Cuando casi había decidido que subiría a la habitación a recoger sus cosas, apareció la camarera procedente del restaurante, acompañada de una mujer joven. A ella la había visto el día anterior, la que saludó a Fernando de manera muy efusiva. Fue la primera vez que Andrea sintió algo que no quiso calificar, ya que apenas acababa de conocer a ese hombre y era una locura. Pero hubo algo más que le llamó la atención de la joven: le pareció que la conocía, que la había visto en otra parte y no solo una vez.

Su cara le era muy familiar.

Tal vez por eso, Andrea se la quedó mirando con descaro, sin darse cuenta de que aquello no era precisamente educado. La chica levantó la vista y se la quedó mirando también, pero lejos de sentirse molesta, enseguida le regaló una sonrisa deslumbrante. Eso descolocó a Andrea; tal vez había esperado de ella un «qué miras con cara de idiota» antes que esa cordialidad que emanaba su cara.

—¡Hola! ¿Tú eres la chica que se aloja en el hotel? —le preguntó.

Andrea se dio cuenta de que, de pronto, todos habían interrumpido sus conversaciones para prestarle atención. Miró a todas partes, inquieta. De donde venía, la gente te dejaba tomar algo tranquilamente en un bar sin prestarte atención.

—Pues sí, estoy alojada en el hotel —dijo, cuando se recuperó del primer desconcierto—, ¿por qué?

—Me preguntaba si te vas a quedar para la cena de Nochebuena.

Andrea se relajó, era solo por eso por lo que la había abordado. Respiró un tanto, mientras que pensaba que, si por ella fuera, de ninguna manera se quedaría, aunque las condiciones climatológicas de aquel día se lo estaban poniendo más que complicado.

—No tengo intención de quedarme —dijo al fin.

—Pero si no tuvieras más remedio... —le sugirió—. Tendrías que cenar, ¿no?

Andrea no sabía a dónde quería llegar esa mujer y la miró con cara de genuina sorpresa.

—Lo que te está intentando preguntar Lucía, pero dando vueltas, porque esta mujer es muy de dar vueltas —le dijo Luisa—, es si tenemos que poner un plato más a la mesa. Estamos organizando una cena de Nochebuena para algunas personas del pueblo en el restaurante. Vamos a celebrar que nos ha tocado la lotería. Seremos como sesenta.

—Va a ser una fiesta maravillosa —dijo la chica, gesticulando en exceso—, en cuanto decoremos la mesa vas a ver, tengo unas ideas magníficas, y además... —Lo siguiente lo dijo en un tono confidente—: ¡Voy a hacer un postre!

Luisa giró la cabeza hacia ella y la miró como si acabase de ver una aparición mariana. Enseguida se apresuró a poner objeciones.

—De ninguna manera vas a hacer el postre, es Nochebuena, no vayamos a terminar rematando el día mal.

—He aprendido, Luisa.

—¿A cocinar? —preguntó la mujer, que parecía escéptica.

—No, solo a hacer un postre, te prometo que está rico. Carlos sigue vivo y se lo he hecho tres veces en la última semana para ir probando.

—Santa paciencia que tiene este chico contigo —dijo Luisa.

Andrea no sabía qué hacía allí, acoplada a una conversación sobre un postre que ni le iba ni le venía, pero no sabía cómo marcharse sin parecer descortés, además de que quería un café rápido antes de pedir la cuenta y largarse. Cualquiera sabía lo que tardaría en llegar a Madrid con aquel tiempo del demonio.

—Yo... —dijo, cuando al fin se animó a intervenir—. Yo quiero un café con leche templada.

—Ahora te lo pongo.

Luisa encaminó sus pasos hacia el otro lado de la barra y la chica se sentó en el taburete que estaba al lado de Andrea.

—A mí ponme otro —le gritó.

Volvió a sonreír a Andrea, que en aquellos instantes estaba más que incómoda. La chica le seguía sonando, pero sobre todo la recordaba por el abrazo afectuoso que le había dado a Fernando. Contando con que habían mencionado a un tal Carlos, tal vez no tuviera una relación con el chico de los tractores, como se había imaginado el día anterior, pero tampoco le entraba en la cabeza que se sentase con ella a tomar un café y la invitase a la cena de Nochebuena sin conocerla de nada.

En ese pueblo la gente se comportaba de manera muy extraña.

—No me he presentado, perdona —dijo la chica, extendiendo la mano—, como casi nunca me hace falta, se me olvida. Soy Lucía Vega.

Lucía Vega... Le sonaba el nombre. Solo le hicieron falta treinta décimas de segundo para darse cuenta de que claro que la conocía. ¡De toda la vida! Lucía Vega era actriz, una de las más destacadas del panorama nacional. La había visto crecer en televisión. ¡Y se había sentado a tomar café con ella! Cuando se lo contase a su madre no se lo iba a creer.

—Claro, por eso me sonaba tu cara —atinó a decir.

—¿Tú cómo te llamas? —preguntó Lucía, sin darle importancia al comentario, como si se lo hubieran hecho tantas veces que no le importaba una más.

—Andrea Hervás.

—¿Y qué haces en Grimiel?

Andrea estuvo a punto de preguntarle lo mismo, pero después se acordó de que su madre le

había contado que la actriz se había enamorado de un chico que trabajaba en una tienda de ultramarinos de un pueblo pequeñísimo y había decidido casarse con él e irse a vivir allí. Según Mercedes, era una historia muy romántica la suya y se los veía muy enamorados siempre que salían en las revistas. Lucía solo abandonaba el pueblo para los rodajes, pero enseguida volvía a lo que ella había calificado como el mejor lugar del universo.

—He venido por trabajo —logró decir.

—Mira que es raro venir por trabajo a Grimiel, ¿no serás periodista? —le preguntó.

—No —se rio ella—, trabajo en una galería de arte. He venido a comprarle un cuadro a Angustias.

—No te lo va a vender —dijo Luisa—. Me lo dijo ayer —añadió al ver la cara de extrañeza de Andrea.

—Al menos lo tenía que intentar. Solo que ahora mi coche está bajo una tonelada de nieve y no sé si me voy a poder ir si no salgo corriendo ya.

—Ay, pobre, seguro que tienes tus planes —dijo Lucía.

—Pues sí, voy a cenar con mi madre y mi tía.

Agarró la taza de café que le había puesto Luisa delante, le echó azúcar y fue a darle un sorbo. De inmediato, se quemó los labios.

—¡Perdona! —dijo Lucía, y ante la cara de dolor de Andrea añadió—: Es que Luisa lo de templado no lo entiende. Debería haberte advertido.

Andrea se abanicó la lengua con la mano, en un gesto que resultó de lo más inútil. Desde que había llegado a Grimiel no paraba de tener diminutos sobresaltos, debería aprovechar ese mínimo paréntesis en la nevada para salir corriendo de allí y que le dieran a Gerardo y al cuadro de Angustias. Le iba a decir que no lo había conseguido y ante eso su jefe no podría alegar nada, no estaba allí para confirmar si se había esforzado o no.

—¿Tú crees que podría encontrar a alguien que me ayude a sacar el coche de debajo de la nieve antes de que esto se ponga peor? —le preguntó a Lucía, a la vez que se levantaba del taburete y volvía a ponerse el abrigo, olvidando el café.

—Veamos, quizá Fernando te pueda ayudar...

—¡Él es el que lo ha enterrado! —protestó, quizá con un poco de vehemencia—. Está dando vueltas por ahí con un tractor, apartando la nieve de la carretera. Y echándosela encima a los coches. ¿Eso es legal?

Lucía se echó a reír por el comentario de Andrea.

—Es verdad, lo he visto. Espera... —Se quedó pensando—. Luisa, ¿a quién podemos llamar para que ayude a Andrea a sacar su coche de debajo de la nieve?

—¿Te vas ya? —preguntó Marcos, que entraba en ese momento y las escuchó.

—Antes de que no pueda, quizá todavía estoy a tiempo —le dijo.

—Por ahí hay una pala y algún cepillo. Luisa, prepara la factura mientras la ayudo a rescatar su coche.

—Si cambias de opinión —dijo Lucía—, pondremos un sitio en la mesa para ti. ¿Sabes? La primera vez que estuve en Grimiel también nevó y no he querido irme nunca, tal vez a ti te acabe pasando lo mismo. Gracias por compartir el café. Luisa, no se lo cobres, pago yo. Voy a seguir decorando el comedor.

Lucía se marchó y Marcos apareció en ese momento procedente del almacén con una pala y un cepillo. Salieron del hotel y se encaminaron hacia el coche. Después de despejar las matrículas localizaron el de Andrea y juntos empezaron a abrir hueco para que lo sacase. El tiempo parecía

medio loco y, a pesar de las serias advertencias de temporal, había cesado de nevar. Un pequeño claro en el cielo abría la esperanza de salir de allí y regresar a casa sana y salva.

A tiempo para Nochebuena.

Cuando acabaron, regresaron al hotel, pagó la factura y recogió su maleta. Marcos se empeñó en llevársela hasta el coche y ella sintió un poco de pena. A pesar de las cosas raras que le habían pasado, la amabilidad de aquellas personas era algo que no se hubiera imaginado encontrar en un lugar donde no la conocía nadie. Bueno, de todas las personas menos de Angustias, la única que podría haberlo sido para no marcharse con un fracaso bajo el brazo.

—Muchas gracias por la ayuda —le dijo a Marcos, justo antes de montarse en el coche.

Este se despidió con un saludo y una sonrisa, y se encaminó de nuevo al hotel, pero no llegó a entrar. Unos ruidos procedentes del vehículo de Andrea, que se empeñaba en no querer arrancar, le hicieron darse la vuelta. Golpeó la ventanilla del coche y ella la bajó. Tenía una elocuente cara de angustia.

—No funciona —le dijo, aterrada.

—Ya lo estoy oyendo y no suena nada bien.

—¿Qué le pasa?

—No tengo ni idea de coches, pero espera.

Sacó el teléfono e hizo una llamada.

—¿Fer? ¿Puedes venir a la plaza? Necesitamos un mecánico.

Andrea cerró los ojos. La había aliviado el darse cuenta de que no necesitaba despedirse de él, que podía marcharse de allí sin volver a caer en ese pozo azul que era su mirada y que le causaba tanto desasosiego, pero resultaba que era la única persona que podía ayudarla en esos momentos. No creía que Grimiel tuviera una legión de mecánicos y que se llamasen todos igual.

Fernando apareció con el tractor a los pocos minutos. Escuchó lo que le decían Marcos y Andrea que le pasaba al coche y le pidió las llaves para comprobarlo él mismo. Tras sentarse en el asiento del conductor y girar la llave, reafirmó que los intentos de arrancar se frustraban una y otra vez.

—Creo que es el motor de arranque.

—¿Y eso es grave? —preguntó Andrea.

—Eso hay que cambiarlo.

—Perfecto, tú tienes un taller, ¿cuánto se tarda?

—Espera, espera. Yo tengo un taller de tractores, no tengo repuestos de coches.

—Pero habrá talleres por aquí, ¿no? —preguntó esperanzada.

—Sí, hay uno en Lorsa.

—¡Menos mal! ¿Tienes el teléfono para llamar?

—Está cerrado estos días de Navidad —dijo Fernando.

—¿Y una grúa para que me lleve a Madrid?

—No es por desanimarte, pero en muchos seguros no está incluido que te lleven el coche donde quieres, la mayor parte de la gente no lo sabe. Tal vez te lo dejen en el pueblo más cercano donde tengan un taller concertado. Y, aunque lo tuvieras, me temo que, con el temporal, la mayor parte de las grúas, si no es un accidente, te pondrán todo tipo de problemas para venir a buscarte.

—¿Pero eso es legal?

—Bueno..., no, pero es frecuente.

—Vale, no perdamos la calma —dijo Andrea—. ¿Tú podrías conseguir la pieza y arreglarlo?

—Arreglarlo, sí, pero la pieza... Espera.

Trasteó con el móvil un rato, buscando en las páginas de repuestos, y después levantó la cabeza para mirarla.

—Como muy pronto podría estar aquí el día veintiséis. Y eso, si el temporal amaina, si no, tardaría unos días más.

Como si el clima se hubiera confabulado para que Andrea se tuviera que quedar en el pueblo en contra de su voluntad, empezaron de nuevo a caer copos.

—¿Y no hay autobuses para irse de aquí?

—Solo uno y salió a las nueve de la mañana. El siguiente pasará el veintiséis.

Fernando bajó del coche y le devolvió las llaves. Ella, rendida a la evidencia de que estaba atrapada, sacó la maleta y después cerró el portón del maletero de un portazo.

Capítulo 9

Andrea entró en el hotel de nuevo con Fernando, seguidos por Marcos. Este volvió a darle la llave de la habitación y ella la agarró, resignada a tener que pasar otro día en Grimiel.

—¡Ánimo! —le dijo Marcos—. Nos vamos a encargar de que no te aburras en el pueblo, ¿verdad, Fer?

Este la miró y, mientras se mordía el labio inferior, compuso una sonrisa canalla.

—Por supuesto —le dijo, casi en un susurro.

Y ella notó que había estado conteniendo el aliento mientras le miraba, sintiendo el deseo de ser ella la que le mordiera su carnoso labio. ¿Qué demonios le pasaba con ese hombre? Ella no era de las que se volvían locas por unos ojos bonitos o por una sonrisa, no se le aflojaban las piernas al mirar a un chico guapo o se le humedecían las bragas al escuchar una voz ronca cerca de su oído. Exactamente lo contrario de lo que le pasaba cuando aquel espécimen, que no sabía de dónde había salido, se paraba a su lado.

No tenía mucha pinta de castellano típico con ese pelo tan rubio y esos ojos que recordaban a un mar en calma en verano.

—Luisa, ¿nos pones un chocolate? —le preguntó él a la camarera, y enseguida se volvió hacia Andrea—. Ayer veníamos a eso y la lotería lo interrumpió. Todavía te lo debo.

Ella dudó.

No podía dejarse llevar, tenía que tomar el mando de sus decisiones y desde que había llegado a Grimiel no había manera. Era como si todo el mundo se hubiera puesto de acuerdo para empujarla de un lado a otro y ella no fuera capaz de agarrar el timón y enderezar el rumbo de sus propios deseos.

—Tengo que subir la maleta... —se excusó.

—Déjala ahí, nadie la va a tocar.

Suspiró.

Recordó que tenía hambre y no se había terminado el café, y también que en alguna parte existía un deseo que era suyo del todo, aunque estuviera peleando para no dejar que tomase posiciones. Quería ese chocolate y recrear su vista en Fernando, por más que se dijera que no. Miró a las escaleras que conducían a las habitaciones y después hacia el bar.

Y se rindió.

Sin oponer más resistencia, se acomodó en una de las banquetas de la barra, mientras Fernando se apoyaba en otra. Tenía que hacer algo para romper la incomodidad de una conversación con una persona que apenas conocía y, de todos modos, poco más había que hacer por allí, así que decidió interrogarlo. Si se tenía que quedar, al menos saciaría su curiosidad.

—Tú sabes por qué estoy aquí —dijo Andrea, mientras llegaban los chocolates—, pero yo me he dado cuenta de que no sé apenas nada de ti.

—Solucionémoslo, entonces —propuso él—. De todos modos, sabes cómo me llamo y que tengo un taller donde se arreglan tractores.

—Y sé que limpias las calles del pueblo con uno de ellos cuando nieva —añadió ella.

—Tres cosas, no está mal.

—Y también sé que te ha tocado la lotería...

—Veo que eres observadora.

—Como para no darse cuenta ayer... Pero no sé nada más de ti.

Se ahorró hablarle de lo que era obvio, sabía que tenía unos ojos hipnóticos, un cabello que parecía un tragal a punto para la siega. Que cuando se quitaba el abrigo, se notaba que el trabajo duro mantenía su cuerpo en forma. Que besaba como nadie la hubiera besado a ella nunca. Le dio un manotazo mental a ese pensamiento en cuanto lo sintió llegar.

—Yo tampoco sé mucho más de ti —dijo él.

—Sabes que me llamo Andrea.

—Y que necesitas cambiar de coche.

—Que estoy aquí a causa de mi trabajo en una galería de arte —agregó ella, sin dejar de mirarlo.

—Que hay un tipo que te grita mucho y, o estás un poco sorda o el volumen de tu móvil está altísimo.

Andrea abrió la boca estupefacta, lista para decirle que era un cotilla, espiando conversaciones ajenas que no le importaban, pero se frenó cuando Luisa puso frente a ellos, en la barra, dos humeantes tazas de chocolate.

—Gracias, Luisa —dijo Fer. Luego, dirigiéndose a Andrea, le advirtió—: Espera un poco, seguro que quema.

—Ya he comprobado hace un rato que Luisa pone las consumiciones calientes literalmente ardiendo.

Luisa la miró, entre ofendida y harta de explicar siempre lo mismo.

—No soy yo, sois vosotros que os empeñáis en tomarlo todo frío.

Todos los que estaban en el bar empezaron a reír, ella se echó el trapo de limpiar la barra al hombro y desapareció rezongando por la puerta que daba a la cocina.

—¿Algo más que sepas de mí? —preguntó Andrea, sin separar su mirada de la de Fernando.

—¿Aparte de que se te da bien resbalarte en la nieve?

—Perdona, el primero que se cayó fuiste tú —le recordó.

Fer, después de reírse, hizo como si estuviera tratando de recordar algo. Primero, sonriéndole, pero poco a poco se fue poniendo cada vez más serio. Estaba recordando que también conocía cómo sabían sus labios y lo que se sentía al dejar que sus bocas se encontrasen en un beso. Sabía con precisión, porque no había parado de recordarlo aquella última noche, cómo ese contacto le hacía temblar como si su experiencia en la vida con las mujeres se hubiera evaporado y se hubiera vuelto a convertir en un adolescente inexperto. Algo extraño le había sucedido, porque ella le devolvió el beso, de eso estaba seguro, y con cualquier otra chica no habría tenido problema para sugerirle que se marchasen a un lugar más íntimo donde dar rienda suelta a todas aquellas sensaciones que lo asaltaron de pronto. Sin embargo, se había quedado tan aturdido que no lo hizo.

—Aparte de lo que me has dicho, ¿sabes algo más de mí? —susurró ella, que estaba intentando no perderse otra vez en esos ojos que la miraban fijamente.

—No —contestó él, reaccionando al fin—. Pero tal vez no estaría mal que lo solucionásemos.

—Pregunta.

Fernando tenía una duda mordiéndole los labios y la soltó:

—¿Tienes novio?

—Tú no tienes novia—contraatacó ella, rápida.

Él sonrió. Buena manera de no contestar.

—¿Por qué crees que no tengo novia?

—Tal vez porque todo el mundo por aquí ha dado por hecho que soy yo.

Fernando tamborileó con los dedos sobre la barra antes de decidir si le contaba algo de su vida que sí era personal. Mucho más que saber que limpiaba las calles de nieve con la pala del tractor o su nombre, o que a veces se resbalaba a pesar de que sabía que en la plaza de Grimiel había que tener cuidado.

—Hace siete años que no me ven con pareja estable. Salgo con mujeres, eso no lo voy a negar, pero no voy contando a mis vecinos mi situación sentimental.

—¿Siete años? ¿Significa algo que lleves la cuenta desde que la tuviste?

—Sí. ¿Podemos pasar a otra pregunta?

—No tengo novio —dijo Andrea, con rapidez—. En este momento no hay nadie.

—No sabes cómo me alegro.

Andrea probó el chocolate, se había enfriado lo suficiente como para disfrutarlo. Más pronto de lo que a ella le hubiera apetecido, Fer se despidió; tenía que volver a limpiar las calles y después regresar al taller. Había dejado a Marcial, su mejor amigo y compañero de trabajo, a cargo de todo, pero no podía escaquearse mucho más.

Andrea resopló. Le había explicado a su madre con detalle que el tiempo era malo (algo que ella sabía a la perfección, porque no se había perdido ninguna información meteorológica), que se le había roto el coche y que no había ningún repuesto cerca ni autobús que la mandase de vuelta a Madrid. Mercedes no parecía escucharla. Seguía obcecada en que tenía que hacer lo posible por volver y pasar la Nochebuena con ella.

—Es que como me dejes a solas con tu tía Salud, antes de medianoche nos habremos sacado los ojos —le dijo Mercedes.

Andrea suspiró; sabía que tras las razones que le daba su madre había otra más íntima, que tenía que ver con la ausencia de su padre. Mercedes nunca lo mencionaba, pero las Navidades sin él le pesaban mucho.

—Mira, mamá, os tomáis una botella de ginebra entre las dos y seguro que eso consigue limar todas vuestras diferencias —le sugirió.

—¡Qué cosas dices, hija! ¡Pero si no me gusta la ginebra! Además, como beba, aunque sea licor de cerezas, le saco los ojos a tu tía antes de las diez. ¿Y no podría traerte alguien del pueblo con su coche? ¿O alguien que venga para Madrid?

Era una posibilidad que no se le había pasado por la cabeza; la verdad, la idea era buena, aunque era tarde para ponerse a preguntar. La limpieza de la vía que había hecho Fernando se estaba volviendo inútil a ojos vista, como constató al asomarse por la cristalera del bar. Una fina capa blanca volvía a cubrir la carretera.

Con lo bonita que era la nieve y lo que le gustaba a ella, la manía que le estaba cogiendo aquellos días...

—Que no, mamá, que no se puede volver.

—Qué Nochebuena más triste vamos a pasar.

—No querrás que sea más triste aún, ¿no? Si me diera un tortazo con el coche, pasaríamos la Nochebuena en el hospital.

Mercedes enmudeció al otro lado de la línea.

Andrea se dio cuenta de lo desafortunado de su comentario, no quería que su madre se preocupase y acababa de hacer justo lo contrario.

—Lo siento, mamá, yo...

—No te preocupes, cielo, llevas razón. No es eso lo que quiero.

—Mamá —dijo, con el tono de la voz de una disculpa extra.

—Eres lo que más quiero y si tengo que pelearme con tu tía o pillar una borrachera de ginebra, que en mi vida he soportado ese licor del demonio, lo haré, pero lo que no quiero es que te pase nada a ti. Te quiero mucho, mi vida.

—Yo también a ti, mamá.

—¿No te he enseñado que no se dice así?

Andrea sonrió.

—Te quiero —le dijo.

—Eso es, el «yo también» no vale para las personas que quieres, no significa nada.

Andrea se apresuró a despedirse y colgó.

La llamada a sus amigas se la ahorró, la convirtió en un extenso audio de WhatsApp donde les contó lo que había pasado y que sentía mucho no poder acompañarlas a las compras. Y que sentía todavía más que, por su culpa, hubieran tenido que anular lo del spa, que les hacía tanta ilusión. Era su regalo de Navidad, habían pensado que, en lugar de comprarse chorradas entre ellas, harían una actividad juntas, cada una pagaría la suya y lo considerarían como un obsequio de las otras. La idea de Clara de dejarse mimar en un spa les había parecido espectacular y toda esa historia del cuadro la había acabado arruinando. Estaba más que enfadada con Gerardo porque estaba segura de que era el verdadero culpable de que se hubieran roto todos sus planes navideños.

Después de comer, se puso el abrigo y se dispuso a salir del hotel.

—¿Adónde vas? —le preguntó Luisa. Al darse cuenta de que había sido grosera en el tono, además de indiscreta, añadió—: Si puede saberse...

—Voy a ver si puedo hablar con Angustias otra vez —dijo.

—Ya te digo yo que no.

—¿Por qué no?

—Pues porque esta mañana, cuando estabas sacando el coche de debajo de la nieve, han venido sus sobrinos de Carrasquilla, que está por aquí cerca, para llevársela a cenar con ellos. Se han pasado por el bar para decirnos que la borremos de la cena de mañana por la noche.

Andrea trepó hasta una de las baquetas y dejó caer los hombros, como signo de derrota.

—¡Pero por qué se ha podido ir esta señora y yo no!

—Ya siento que te hayas quedado aquí —dijo la camarera.

Andrea no respondió, estaba muy enfadada y Luisa no tenía la culpa, no quería acabar diciéndole cualquier grosería. Por dos razones: la primera, porque no estaba bien y la segunda porque se había dado cuenta de que, a borde, a Luisa no le ganaba nadie. El duelo lo iba a perder seguro.

—Quiero un café, ¿puede ser?

Luisa se dio la vuelta, agarró una botella de licor de hierbas y le puso un chupito. Después, se

volvió a la cafetera.

—Cortesía de la casa —dijo, aún de espaldas.

—¿Y qué puedo hacer aquí los tres próximos días?

—Si fuera el optimista de Marcos, te diría que disfrutes de nuestros maravillosos paisajes, que te des una vuelta por la senda del río o que admires lo preciosísimo que ha quedado el árbol de la plaza. Incluso que busques setas, a ver si tienes suerte y encuentras alguna debajo de la nieve, aunque no sea época. Pero soy yo, no estoy chalada, solo se me ocurre que puedes beber.

—Pues qué bien.

—Bueno, eso o pasar las fiestas con nosotros. Tú decides.

Le dejó el café delante, ardiendo, y desapareció por la puerta de la cocina.

Como siempre.

Capítulo 10

Andrea pasó el resto del día en la habitación, incluso pidió que le subieran la cena. Se entretuvo con unas llamadas a su madre, a sus amigas y a Gerardo, que volvió a gritarle. Chequeó las redes sociales. Se bajó un par de libros en *ebook* para la aplicación que llevaba en el móvil, pero nada parecía ser suficiente para distraerla. En cuanto se despistaba, se encontraba pensando en que le estaba fallando a su madre.

En los planes que se habían desmoronado con sus amigas.

En Fernando.

Cuando llegaba ahí, se regañaba porque los primeros pensamientos nunca eran castos. Se exigió redirigirlos, a obligarse a pensar que era muy raro que un tipo con tanto encanto como él estuviera solo. Había visto que no era a ella a la única que le afectaba su presencia (solo tenía que recordar a la reportera), pero solo alcanzaba a especular con que fuera uno de esos hombres que, por mucho que lo intentan, no consiguen cuadrar con nadie, aunque en un primer vistazo no parezca que puedan tener problemas para ello. Por la manera en la que quiso cambiar de tema cuando le preguntó, estaba segura de que era así, que Fernando, en algún momento, había encontrado a la mujer de su vida y después la había perdido, y desde entonces se dejaba llevar por lo que surgiera.

Se preguntó cómo habría sido ella.

Se preguntó cómo la conoció.

Se preguntó cuánto tiempo estuvieron juntos.

Se preguntó si la echaba de menos.

Se preguntó si ella era de Grimiél o de otro lugar.

—¡Basta! —le dijo a su cerebro, tapándose la cabeza con la almohada, como si con eso pudiera detener los pensamientos recurrentes que la estaban martirizando.

No entendía qué le estaba pasando, por qué de pronto alguien se había colado con esa fuerza en sus pensamientos si antes jamás le había pasado. Sus historias amorosas habían tenido la misma emoción que conducir por una autovía vacía de tráfico. Ella creía firmemente que cada persona tiene una manera de sentir el amor, y la suya era tan suave como un paseo en velero en una tarde en calma. Lo de enamorarse de alguien al primer vistazo, lo de encaramarse a una tormenta de emociones no lo contempló jamás, pero las preguntas sobre él que la invadían eran tantas que empezó a temerse que no creer en algo no la libraba de ello.

Pidió a la cocina pizza para cenar y le dijeron que se la subirían en cuanto estuviera lista. Cuando llamaron a la puerta, seguía tirada en la cama, intentando concentrarse en cualquier cosa que no fuera Fer. Lanzó la almohada lejos de su cara y fue a abrir.

—Buenas noches, que aproveche —dijo Marcos. Llevaba la pizza y una botella de agua en una bandeja.

—Gracias —respondió ella.

La cogió y se dispuso a cerrar la puerta, pero la forma en la que la estaba mirando Marcos hizo que se detuviera.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Nada, nada...

Ella se temió que llevara pelos de loca, al fin y al cabo, se había pasado toda la tarde tumbada en la cama sin preocuparse lo más mínimo por su aspecto, y por eso la estaba mirando así.

—Bueno, sí, quiero decirte algo —dijo al fin Marcos.

Andrea seguía con la bandeja asida con las dos manos, pero con muchas ganas de soltarla y de ir a mirarse a un espejo.

—Es que he pensado que, como seguro que mañana no te vas a ir, tal vez te apetezca...

—¿El qué? —le apremió ella, a la que empezaba a pesar la cena en las manos.

—Estamos terminando de decorar el comedor y de poner la mesa. ¿Querrías unirme a nosotros?

Suspiró aliviada, por lo menos su cara no se debía a que estuviera despelucada, sino a que él no sabía cómo preguntarle. Le sonrió y le dijo que en cuanto terminase la cena, se cambiaría y bajaría a acompañarlos. Marcos se la quedó mirando con una sonrisa bobalicona y ella, algo aturdida por el escrutinio, volvió a preguntarle:

—¿Algo más?

—No. Sí. Bueno... Lucía ha organizado para mañana, después de la cena, un concurso de karaoke, por parejas. ¿Te apuntas conmigo?

—Yo... —titubeó Andrea—. Es que yo... A mí... me da mucha vergüenza cantar.

—Ah, por eso no te preocupes, creo que nadie sabe cantar aquí —contestó él, restándole importancia.

—¿Y no se puede no participar? —preguntó, esperanzada en que aquella tontería no fuera obligatoria.

—Supongo que Lucía se sentirá decepcionada. No tienes que decirme nada ahora, pero prométeme que lo pensarás.

—De acuerdo, lo pensaré.

Marcos se dio la vuelta para bajar a la recepción, aunque en el último momento se giró para mirarla y volvió a sonreírle. Se había quedado plantada en la puerta, entre sorprendida y preocupada por la última mirada que le había lanzado el director del hotel. Cuando dejó la bandeja en la mesilla, salió disparada al baño para mirarse al espejo. En efecto, no podía estar más despeinada ni tener peor aspecto.

Rectificó sus intenciones.

Antes de bajar se daría una ducha y se peinaría un poco.

El jaleo le indicó dónde se encontraba todo el mundo aquella noche en el hotel. Cuando se asomó a la puerta, el comedor había cambiado de aspecto. Habitualmente las mesas se disponían separadas. Las había para dos comensales, para cuatro, para seis e incluso para ocho. Después, dependiendo de las reservas de cada día, se iban recolocando, adaptándose al número de clientes. En ese momento, los allí reunidos habían formado una amplia U con todas las mesas. Un pequeño pero animado grupo de gente se encargaba de colocar los platos, los cubiertos, las copas y los adornos navideños sobre ella, mientras que otros se afanaban en decorar con luces y guirnaldas el resto del espacio.

—¡Has bajado! —le dijo Lucía en cuanto la vio—. Ven, quiero presentarte a los que no conoces.

La arrastró de la mano hasta la mesa y allí fue señalando a cada una de las personas.

—Ella es Rocío, trabaja aquí de camarera de pisos, aunque ahora tiene una excedencia.

—Era la chica para todo —dijo Rocío, acercándose a darle dos besos.

—A él a lo mejor lo conoces, es Alberto —siguió Lucía.

Andrea tuvo un instante de duda, no entendía por qué Lucía suponía que iba a saber quién era, pero esta se disipó al momento. Claro que lo conocía, Alberto Enríquez era casi tan famoso como Lucía Vega, uno de los actores con más talento y también más atractivos del panorama nacional. Lo saludó un poco cohibida, aunque menos extrañada de lo que habría estado el día de antes. Ese pueblo estaba resultando ser una caja de sorpresas.

—Esta es Paola —siguió Lucía—, y Víctor, Carlos, Carlos —añadió, mientras le señalaba a cada uno y esperaba a que le dieran los dos besos de rigor.

—Vaya, os llamáis igual —dijo Andrea, cuando terminó con los saludos.

—Qué va —dijo el primero de ellos, el que parecía algo más mayor—. Él es Carlos, yo soy Carlos, el marido de Lucía Vega.

Todos se echaron a reír, era cierto que, desde que se había casado con la actriz, casi nadie se dirigía a él solo por su nombre. Le había salido una coletilla que ni siquiera intentaba evitar, rendido a la evidencia de que la popularidad de su mujer era imposible de obviar.

—A Luisa y a Marcos los conoces, este es Dani, el cocinero, y unos vecinos: Marcial, Vicente, Laura y Marian.

Lucía dio por concluidas las presentaciones, quizá antes de tiempo.

—Falto yo.

Andrea se dio la vuelta, aunque no le hizo falta para reconocer la voz de Fernando. Se le había grabado dentro, junto con todo lo que tenía que ver con él.

—Creo que a ti ya te conoce —dijo Lucía—. ¿Dónde estabas?

—He tenido un problemilla de última hora en casa, y por eso no he podido venir antes.

Lucía le miró con cara interrogante, pero de pronto pareció entender algo y sonrió.

—Ponte con el grupo que está colgando las luces, tú que eres alto.

—Eso —dijo Marian—, que yo me voy a matar con esta banqueta. ¿No tienes una escalera decente, Marcos?

Andrea le lanzó una mirada a Fer y este le guiñó un ojo al pasar, antes de acercarse al grupo que realizaba la tarea que le había asignado Lucía, que parecía la coordinadora de todo aquel despliegue.

—¿Se te da bien la decoración? —le preguntó Lucía a Andrea.

—Bueno..., mi trabajo consiste en presentar cuadros de la manera más atractiva que se pueda, organizo exposiciones en la galería, pero no sé...

—Perfecto entonces, tú me ayudarás a mí.

En las siguientes dos horas, todos se afanaron en que el comedor quedase espectacular, y lo consiguieron. Del techo colgaron tiras de leds con luces blancas, que simulaban un cielo estrellado y brillante. A cada una de las lámparas colgantes le colocaron lazos rojos, iguales que los que también pusieron bajo los cuadros que servían de decoración al espacio. En los cristales de las ventanas pegaron unos vinilos que simulaban una cadeneta, de la que se suspendían dibujos de muñecos de nieve, bolas navideñas y paquetes con regalos.

Con unos tabloncillos, Laura había simulado la silueta de un pino. Para darle un aspecto

navideño, lo rodearon por completo con tiras de luces que parpadeaban. En cada uno de los espacios, la chica había escrito palabras positivas, como bondad, esperanza, felicidad... Después de discutir mucho su ubicación con Marcos, decidieron ponerlo al lado de la chimenea del restaurante. En esos momentos permanecía apagada, pero la noche siguiente estaba previsto que en ella ardieran unos gruesos troncos de madera para darle más calidez a la celebración.

Las mesas quedaron espectaculares.

Cada comensal contaría con un bajoplateo dorado, sobre el que pusieron dos más blancos y un cuenco, también del mismo color, rematado por un filo de estrellitas doradas. Aquí y allá, ramitas verdes cargadas de frutos rojos que simulaban muérdago parecían diseminadas como al descuido por la mesa, algo con lo que Luisa no estuvo de acuerdo.

—¿Me queréis decir dónde vamos a poner la comida si llenáis la mesa de pijadas? —preguntó, mirando a Lucía, que fue la artífice de la idea.

Pero no logró imponer su criterio de sobriedad y tuvo que aguantarse las ganas de mandarlos a paseo cuando, además, pusieron velas y unos conos con brillantina dorada y plateada que simulaban pequeños árboles de Navidad.

—Alguno acabará intoxicado con la brillantina que se pegue al pan —sentenció, cabreadísima.

Lucía rodeó cada servilleta con un servilletero de hojas verdes y les indicó que las pusieran sobre los platos, al lado del cuenco, y cuando todo estuvo como le parecía perfecto, se llevó a Laura a la recepción para que imprimieran unas etiquetas con el nombre de cada uno, para tener decidido de antemano el lugar que ocuparían los comensales. Marcos, mientras tanto, sacó unas botellas de licor, repartió unos vasos y se dispusieron a celebrar que lo habían dejado todo perfecto.

Fer, que había estado ocupado con los adornos altos, se acercó a Andrea. La invitó a brindar con él y ella lo secundó.

—¿Lo estás pasando bien? —dijo, y tras ello se llevó la copa a los labios, sin dejar de mirarla.

—Sí, la verdad es que no esperaba una Navidad tan concurrida. Y tampoco que nadie discutiera. Mi madre y yo solo somos dos y cuando intentamos decorar el árbol siempre acabamos tirándonos los adornos a la cabeza. En sentido figurado, claro. Bueno, una vez le tiré un Papá Noel, ese año me quedé sin regalo de Navidad.

—Supongo que todo el mundo está contento por lo de la lotería —dijo él, echando un vistazo a sus vecinos.

—¿Os ha tocado a todos los del pueblo?

—No, a Benito, el herrero, no le ha tocado. Y creo que a alguno más, pero a la mayoría sí.

—¿Tenéis una fragua? —preguntó ella, pensando en el cuadro de Velázquez, que era lo más cercano al trabajo de un herrero que había visto en su vida.

—Ah, no, ese es el mote de su familia. Benito trabaja en una granja de cerdos, pero los motes se heredan. Todo el mundo tiene que tener uno.

Andrea pensó que era curioso que eso fuera heredable, pero no dijo nada.

—Entonces, esta cena —dijo—, ¿es para todos los que os ha tocado?

—No, algunos la celebrarán con su familia, es para los que se han apuntado. Más de medio centenar.

Marcos se acercó a ellos e interrumpió su charla para preguntarle a Andrea:

—¿Te lo has pensado?

—En ello estoy —respondió ella, que desde que bajó había estado rogando en silencio para que a Marcos se le olvidase su propuesta.

—Bueno, todavía hay tiempo. Fer, tienes que ayudarme a subir del almacén un perchero para los abrigos, ese grande que compré cuando cerraron la discoteca. ¡Por fin lo voy a usar! —dijo Marcos.

Fernando asintió con la cabeza y después se volvió a Andrea:

—Me reclaman.

Le dio la copa para que se la sujetase y ella se quedó parada en medio de la sala, sin saber muy bien qué hacer. Duró poco, enseguida Rocío se acercó a ella y la condujo hasta donde los demás departían. No sabía muy bien cómo intervenir en la conversación, pero le gustó escuchar a aquellas personas, que planeaban qué era lo que querían hacer con el dinero que les había tocado.

Paola quería poner calefacción en el picadero de Carlos, el más joven (se enteró de que era su novio) y este se echó a reír por la ocurrencia. ¿Dónde se había visto un picadero que tuviera calefacción en las cuadras? Él se conformaba con poder contratar a alguien que le ayudase con la dura tarea de cuidar de los caballos sin que eso supusiera arruinarse con los seguros sociales, aunque también le apetecía mejorar las instalaciones de su escuela hípica y comprar algunos aperos que necesitaban renovación.

Víctor, un jovencito descarado que parecía un tanto disonante por la edad con respecto al resto de los que estaban allí, dijo que tenía clarísimo que se iba a comprar un deportivo. El que más corriera. El «por encima de mi cadáver» que soltó Alberto Enríquez hizo que se diera cuenta de lo que se parecían y un chivatazo de Luisa le confirmó que eran hermanos.

A ella, a Luisa, solo le apetecía comprarse una televisión de sesenta y cinco pulgadas para que, cuando llegase a casa, después de trabajar en el hotel, pudiera disfrutar de unos cuantos capítulos de la serie de Netflix que estuviera viendo.

—Ya nos podía haber tocado hace un año, entonces me iría de viaje —dijo.

Y Andrea se dio cuenta de que de pronto todos se quedaron callados, hasta que Lucía llegó con unas tarjetas con los nombres de los comensales impresos en ellas.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó.

—De lo que nos gustaría hacer con el dinero de la lotería —dijo Luisa—. De lo que quede después de que le dé un buen pellizco a Hacienda, claro.

—Yo tengo un sueño —dijo Lucía—. ¡Me encantaría poner una escuela de cocina!

Daniel, el cocinero, la miró con cara de estupefacción.

—Espero que no quieras ser la profesora...

—No, hombre, no, si yo la quiero porque debería aprender a cocinar.

—Mira, en eso estoy de acuerdo —dijo Carlos, su marido.

—¡Oye! Que yo pongo mi mejor intención.

—Ya, pero no pones sal la mitad de las veces, por ejemplo...

La fama de pésima cocinera que perseguía a Lucía, pese a sus muchos intentos por aprender, era inversamente proporcional a su popularidad como actriz.

—¿Y tú qué querías hacer, listillo? —le preguntó a su marido.

—Yo no deseo nada que no tenga.

La cogió por la cintura y le dio un beso que los demás aplaudieron y acompañaron con algunos silbidos.

—¿Podéis ayudarnos? —interrumpió Marcos, que llegaba con Fernando cargado con el enorme perchero.

Alberto y Víctor dejaron sus copas y entre los cuatro lo llevaron, esquivando sillas, hasta una esquina donde no molestase mucho.

—¿Tú qué piensas hacer con lo que te ha tocado, Marcos?

—Ampliar el hotel —dijo este, sin pensárselo.

—Este hombre es imbécil —dijo Luisa—, pero si la mitad del año nos la pasamos mirándonos el uno al otro porque aquí no hay nadie. Si es que no tiene remedio...

Se fue a buscar más botellas de licor.

—Pues yo necesito con urgencia una cura de sueño y un tiempo a solas con mi marido —dijo Rocío, agarrando por la cintura a Alberto y apoyando la cabeza en su hombro.

—Te he dicho un montón de veces que contratemos a una niñera —respondió él, dándole un beso en la frente.

—Tienen gemelos —le dijo Lucía a Andrea.

—Y son como yo —añadió Víctor, a lo que su hermano respondió con un gesto muy elocuente volteando los ojos, que confirmaba que daban tanta guerra como había dado su hermano pequeño.

La conversación tomó otros derroteros, pero Andrea se había quedado con ganas de saber qué era lo que haría Fernando con el dinero que le había tocado y se lo preguntó.

—Me tiene loco un tractor, pero vale mucho más que lo que me ha tocado y tampoco lo necesito en realidad. No creo que vaya a hacer nada especial. —Se encogió de hombros—. Seguir trabajando como cada día.

—¿Te gusta tu trabajo?

—¿Continuamos con las preguntas para conocernos mejor? Me parece bien, pero vamos a ponerle algo de emoción.

Entró en la barra del bar y salió de ella con una botella de tequila en las manos y dos vasos diminutos.

—¿Para qué es eso? —le preguntó Andrea.

—Una pregunta cuesta un chupito de tequila. Acabas de hacer una pregunta, si quieres que conteste...

—¿Pero el tequila no hay que tomarlo con sal y limón?

Fer se quedó mirando la botella, un 1800 añejo que Marcos seguro que guardaba para una ocasión especial, pero que aquella noche no echaría de menos. Ya se lo repondría.

—Este no hace falta, eso es solo para los tequilas maluchos. Vamos, ¿aceptas?

—Chantajista... Acepto, pero no vale mentir —dijo ella. Extendió la mano, agarró el vaso de chupito y le hizo un gesto para que lo llenase. Se lo bebió de un trago—. ¡Joder! —gruñó al notar el ardor del líquido al pasar por su garganta—. Ya puede ser buena la respuesta.

—No me acuerdo de tu pregunta.

—Te pregunté si te gusta tu trabajo. Espero que repetirla no implique otro chupito o voy a acabar muy mal.

—No hace falta. A ver, mi trabajo me encanta —dijo—. Ya sé que a veces la gente de ciudad no puede entenderlo, pero a mí me gusta esto. El campo, la tranquilidad, la vida pausada y tal vez monótona, pero que me da paz. Trabajo en el taller con Marcial. —Lo señaló, estaba en la otra punta del salón—. Somos amigos desde el colegio, socios desde que abrimos el negocio y... Creo que me estoy excediendo en información, ¿verdad?

Ella sonrió con amplitud.

—¿Vives solo? —le preguntó Andrea.

—Me tocaba a mí, a menos que estés deseosa de tomarte otro chupito —le dijo él.

—No, no, pregunta, pregunta.

—¿Tú vives sola?

Rellenó el vaso y se lo bebió de un trago. Pudiera ser que el tequila le ardiera en la garganta, pero Andrea no lo supo porque no le vio hacer ningún gesto que lo delatase.

—No. Vivo con mi madre y una gata. ¿Tú tienes mascota?

Le arrebató la botella, llenó su vaso y se lo bebió sin necesidad de que se lo recordara. Resopló y se abanicó la boca. Joder, ¿cómo podía bebérselo sin inmutarse?

—Hay unos cuantos gatos que entran y salen del taller y les doy de comer —dijo Fer—, no sé si son mis mascotas o unos caraduras que se aprovechan de mi enorme corazón, porque los alimento sin pedirles nada de cariño a cambio. Soy así de generoso.

Andrea se volvió a reír.

—¿Les has puesto nombre? —preguntó.

—Bebe si quieres saber.

Andrea se mordió el labio inferior, no se dio cuenta de que no le tocaba el turno y eso implicaba cumplir el pacto. Esta vez fue Fernando el que le llenó el vaso hasta el borde. Le hizo un gesto con la botella para que se lo bebiera si quería tener su respuesta. Ella no dudó en vaciar el vasito de un trago. Era la única manera, no pensar, aunque se dio cuenta de que no le costaba tanto como el primero.

—Claro que les he puesto nombre: Homer, Bart, Marge y Lisa.

Ella soltó una carcajada, movida por la ocurrencia de llamar a los gatos con nombres de los Simpson y alentada por los chupitos de tequila, que empezaban a hacerle efecto.

—Entonces estás perdido. Si le pones nombre a alguien, forma parte de tu vida.

Fernando esbozó una sonrisa maliciosa mientras se mordía ligeramente el nudillo del índice de la mano derecha. Era obvio que se le estaba ocurriendo algo.

—¿Qué? —preguntó Andrea.

—Maggie.

—¿Qué dices? Vale, he preguntado, pero esta pregunta no cuenta para chupito, *porfa*.

Juntó las manos a modo de súplica y puso un gracioso gesto de niña buena que a él le provocó una carcajada.

—Acabo de adjudicarte un mote, ¿sirve igual que poner un nombre?

Andrea abrió la boca, preguntándose si eso que acababa de hacer significaba que quería que ella formara parte de su vida. Se sintió un poco mareada, pero no estaba segura de si era porque estaba conteniendo el aliento, porque se había vuelto a perder en su sonrisa o porque aquella frase la había dejado desconcertada.

—¿Me has llamado como a la pequeña de los Simpson?

—Es la que me faltaba para completar la familia —dijo él, encogiéndose de hombros—. Más preguntas. Me toca. ¿Cómo es tu trabajo?

Fernando se llevó el vaso a los labios y ella siguió el recorrido envidiando al vidrio. Tardó un poco en darse cuenta de que él esperaba su respuesta. Se había quedado perdida en su boca, recordando la suavidad de esos labios que había probado el día anterior.

—Nada emocionante, la verdad —dijo, reaccionando—. Me levanto, voy a la galería, preparo exposiciones, valoro cuadros, organizo subastas... y me llevo algunos bocinazos de mi jefe, que no tiene el mejor humor del mundo, pero por un oído me entran y por el otro me salen.

—Hablando de salir. ¿No sales? No lo he detectado en la lista de cosas que dices que haces.

—Chupito... —le señaló ella.

—Vale, bebo, pero tú contesta.

—Salgo con mis dos amigas, Clara y Alicia, con las que comparto fines de semana, excursiones de vez en cuando y cines, compras...

No les dio tiempo a seguir, Lucía elevó la voz y ofreció a todos copas de cava que acababa de preparar.

—¡Vamos a brindar! ¡Por la que estoy segura de que será la mejor Navidad de la historia!

—Igual te has venido un poco arriba —le dijo Luisa.

—No creo que nos toque la lotería más veces en la vida.

Luisa pensó que esa lotería era efímera, que la de verdad era encontrar a alguien con quien pasar toda la vida. Alguien que te comprendiera, que te quisiera sin preocuparse de tus defectos, que te esperase para compartir las pequeñas cosas del día a día. Que te diera un beso de buenas noches y otro al levantarse por las mañanas. Encontrar a alguien que te completase y que se quedase contigo hasta que la vida te ofreciera su último aliento, espantando el enorme silencio que siempre traía consigo la soledad. Se guardó muy dentro sus pensamientos, estaba claro que a su alrededor tenía a personas que habían conseguido eso y a las que les quedaba mucho para disfrutar de la verdadera suerte, aunque esos días la estuvieran confundiendo con un premio en efectivo.

—Intentaremos que lo sea —le dijo Lucía, guiñándole un ojo.

Todos levantaron sus copas y volvieron a enzarzarse en conversaciones triviales hasta que se acercó la medianoche. Entonces, algunos empezaron a despedirse para marcharse a casa.

—Creo que he bebido un poco de más —le dijo Andrea a Fernando.

—¿En serio?

—Y tan en serio, creo que ese reno del árbol me está mirando mal. O mis ojos han dejado de enfocar, que también puede ser.

—Bueno, no te pilla lejos la cama —dijo él.

Andrea sintió un cosquilleo al oírle decir aquella palabra. Los pensamientos que la habían acompañado todo el día volvieron a ponerse en primer plano, alentados por la mirada de él, que parecía encontrar la manera de meterse dentro de ella y alborotarla.

—Será mejor que suba —dijo bajito.

Se giró para enfilar la salida y tropezó con una silla. Fer la agarró del brazo.

—¿Lo estabas diciendo en serio?

—¿Lo del reno?

—Lo de que no enfocas.

—Un poquito —dijo Andrea, mientras se reía.

—Entonces sí te acompaño, no te vayas a matar por la escalera.

Ambos subieron hasta el segundo piso, Andrea primero y Fernando después, no fuera a ser que perdiera el equilibrio y acabase regresando a la planta baja en un santiamén.

Al llegar a la puerta de la habitación, Andrea no sacó la llave del bolsillo. Se quedó parada un instante, pensativa, y después se dio la vuelta hacia Fernando, como si aún tuviera alguna pregunta. Pero no la hizo, no tenía un chupito con que pagarla.

Él tenía el brazo apoyado en la pared y la miraba como si no hubiera nadie más en el mundo.

—Yo... debería entrar en la habitación —dijo, pero su voz sonó sin convencimiento alguno.

Fernando asintió, sincronizado con ella, pero sus ojos desmentían a sus gestos.

Entonces, Andrea se olvidó de precauciones, de proteger sentimientos, de autovías aburridas y de que apenas hacía un día que se conocían. Se olvidó de sentir poquito y se concedió adentrarse en una borrasca, aunque acabase empapada. Despacio, recorrió la silueta de su mentón con los

dedos. La incipiente barba le raspó las yemas, provocándole un delicioso cosquilleo que invadió todo su cuerpo. Se perdió en sus ojos, que en la penumbra del pasillo parecían más oscuros y tentadores. Después fijó la vista en sus labios carnosos, volvió a sus ojos, en los que encontró brillando su mismo deseo, y sin pensarlo más, le besó.

Un beso en la mejilla, muy cerca de la comisura de sus labios, que se prolongó más de lo que pudiera ser cortesía. Cuando logró abrir los ojos, pensó que no era buena idea dejarse llevar por aquello que le estaba pasando con tanto alcohol recorriendo sus venas. Sacó un paraguas imaginario y se apartó un poquito.

—Mañana nos vemos.

—Eso espero —dijo él, pero no se movió. Se quedó parado a su lado.

—¿No te vas?

—¿Te importa si espero a que entres en la habitación? —le dijo, acercándose a su oído, tanto que el aliento le provocó a ella un placentero estremecimiento en el abdomen.

Andrea no estaba convencida de si él se quería asegurar de que entraba o pretendía colarse, pero no decidió arriesgarse a descubrirlo. Ese hombre era la tentación en persona y ella una Eva sin voluntad a su lado, deseosa de morder la manzana del pecado. Intentó buscar la llave en su bolsillo. Entre lo nerviosa que le estaba poniendo sentir el calor del cuerpo de Fernando cerca del suyo y el escaso equilibrio que le habían dejado los chupitos de tequila, empujó un jarrón que había en un aparador situado al lado de la puerta, uno que ni siquiera había visto.

Se estrelló en el suelo armando un gran estrépito.

Ambos se quedaron mirando el estropicio. Sin saber aún cómo reaccionar, los encontró Marcos, que subió corriendo las escaleras, alentado por el ruido.

—Perdón, perdón —dijo Andrea, que no sabía si sentirse más azorada por haberse cargado el adorno que por el hecho de que Marcos los hubiera pillado en un momento íntimo y la estuviera mirando con una cara de terrible decepción—. Por favor, ponlo en mi factura.

El director miraba los restos esparcidos por el suelo como si en lugar de haber roto un adorno, Andrea se hubiera cargado un jarrón chino de la dinastía Ming.

—Ay, Dios, qué desastre —dijo él, casi con lágrimas en los ojos.

Andrea supuso que también él se había pasado con las copas.

—En serio, cueste lo que cueste lo pagaré —insistió ella, intentando sonar serena, aunque no estaba segura de que lo hubiera conseguido.

—¡Ya podríais haber tenido cuidado, joder! —gritó.

Recogió el trozo más grande y lo agarró de manera protectora. Fernando miró primero a Andrea y después a Marcos, que le devolvió una mirada furibunda.

—Vamos, Marcos, es solo un jarrón —le dijo, intentando sonar conciliador.

—No es solo un jarrón, parece mentira que tenga que decírtelo a ti.

—Pero...

—Hay cosas con las que no cabe un pero ni pedir perdón.

Fernando lo sabía, pero era tarde para hacer algo, el tiempo no podía darse marcha atrás.

—De verdad, yo te lo pagaré, cueste lo que cueste.

—Déjalo, Andrea —le dijo Fernando.

—Pero yo quiero pagarlo...

Marcos se dio la vuelta y bajó las escaleras, hablando entre susurros, en un tono que denotaba un profundo enfado. No quiso seguir escuchando sus disculpas.

—Pero ¿qué hemos roto?

Cogió un pedazo del suelo y lo observó, por si pudiera darle una pista. Incluso se le pasó por la cabeza que en lugar de un jarrón fuera una urna funeraria, pero después desechó la idea. ¿A quién se le iba a ocurrir dejar las cenizas de un familiar en el pasillo de un hotel?

—Andrea, será mejor que nos veamos mañana —le dijo Fer, tomando el pedazo de sus manos y poniéndolo sobre el mueble.

—Pero...

—Mejor no preguntes. Me voy, mañana nos vemos.

A Andrea le parecía que lo que había pasado no era tan grave como para que interrumpieran lo que acababan de empezar. Sintió una punzada de decepción en el pecho.

—Sí, será mejor que te vayas —le dijo.

Entró en la habitación, cerró y se quedó apoyada en la puerta. No sabía cómo sentirse por el hecho de que él hubiera decidido tan pronto que quería marcharse. Se quedó pensando en por qué Marcos se habría puesto así y por qué parecía más enfadado con Fernando que con ella si habían sido los dos.

Entre la neblina mental que se abría paso a trompicones por culpa del tequila se acordó de la invitación de Marcos para que fuera su pareja en el karaoke. ¿Su pareja? ¡Su pareja! ¿Qué significaba «su pareja»? Se tapó la boca con la mano para ahogar un pensamiento que entró en tromba en su mente.

El pensamiento y una arcada que la condujo al baño a toda velocidad. ¡Puñetero tequila!

Fernando, mientras bajaba las escaleras, se sintió idiota. Había leído en los ojos de Andrea cierta decepción cuando le dijo que se marchaba. Debería haberle contado lo que sucedía con ese jarrón.

Capítulo 11

Cuando Andrea despertó, eran más de las diez de la mañana. Entreabrió los ojos, pero los cerró enseguida, cegada por la luminosidad que desprendía el pueblo bajo la nevada, que se colaba a través de los cristales de la habitación.

—¡Ay, señor, por qué se me ocurriría beber! —dijo al incorporarse y notar el peso en su cabeza del tequila, convertido en una terrible resaca.

Con pereza apartó el edredón y se dirigió al baño. Le urgía un buen cepillado de dientes.

—Un par de paracetamoles tampoco vendrían mal —se dijo.

El teléfono empezó a sonar en la mesilla. Revisó de quién procedía la llamada y comprobó que era Mercedes.

—Hola, mamá —dijo, sin mucho ánimo, mientras se encaminaba al baño.

—¡Hola, cariño! ¿Cómo estás? ¿Te tratan bien en ese pueblo? ¿Has comido bien?

Las frases las soltó en un tono jovial, quizá no demasiado elevado, aunque sí algo vehemente. A Andrea, presa de los efectos de haber bebido sin juicio, le pareció que estaba gritando.

—¿Podrías hablar más bajito, mamá? —le preguntó, en un susurro, por ver si se contagiaba ella.

—¡No me digas que estás acompañada! ¿Has pasado la noche con alguien?

Ahí estaba su madre, haciendo cábalas. Por el tono parecía ilusionada por la perspectiva de que no hubiera pasado la noche sola. A lo mejor tenía una prisa tremenda porque abandonase su casa y no se había atrevido a decírselo nunca.

—No, no he pasado la noche con nadie, es que estás gritando.

—¡Qué voy a estar gritando! —gritó.

—Vale, no estás gritando, pero no grites.

—Hija mía, qué rarita estás. ¿Al final puedes venir a casa?

—No lo creo.

Se asomó a la ventana y observó que no nevaba y que la calle estaba despejada. Enseguida pensó en Fernando, debía de haber pasado con el tractor limpiando. Quizá existiera la posibilidad de volver, pensó, pero la verdad era que con la resaca no le apetecía en absoluto conducir y que, después de lo que había pasado la noche anterior, prefería quedarse a pasar la Nochebuena averiguando las posibilidades que tenía aquello que sentía por Fer. Pensar en quedarse era un tanto egoísta con su madre y con su tía, pero no era como si fueran a estar solas, se tenían la una a la otra.

—Ya he visto que el tiempo no mejora. Tú no te preocupes, quédate ahí, que tu tía y yo tenemos planes.

—Ah, ¿sí? —preguntó extrañada, a la vez que ponía pasta en el cepillo de dientes.

—Hemos mirado en Internet y había sitio para cenar en el Ritz, justo dos puestos en una mesa

que se han quedado libres a última hora y nos salía por la mitad de precio. Y oye, que nos vamos.
—¿A cenar al Ritz? ¿Pero tú tienes algo que ponerte para ir allí? —preguntó, con la voz distorsionada por la pasta.

—Hemos alquilado unos vestidos. No se lo digas a tu tía, pero el mío es más elegante. Voy a parecer Julia Roberts en *Pretty Woman*.

Andrea pensó que la que se había bebido los chupitos era ella, pero parecían haberle afectado a su madre. Para parecerse a Julia Roberts necesitaba más que un vestido bonito, pero no dijo nada. La verdad estaba descartada y mentirle tampoco estaba bien.

—¿Y la cena que tenías prevista? —preguntó, después de enjuagarse la boca.

—Congelado todo para celebrar la Nochevieja, cuando estés aquí.

Su madre, como siempre, tan práctica.

—Oye, nena, ¿y tú qué vas a hacer al final?

—Me han invitado a unirme a una cena en el hotel. Luego te mando las fotos del comedor, anoche lo decoramos y ha quedado precioso.

—¿Has decorado tú el comedor?

—En realidad, esta gente se reunió para hacerlo y me pidieron que me uniera. Estuvo bien.

Lo dijo como quitándole importancia, aunque en el fondo sentía que la noche anterior había estado algo más que bien.

—Me alegro mucho, me preocupaba que estuvieras sola.

—Oye, mamá, te dejo, me acabo de despertar y quiero darme una ducha.

—Sí, yo también te dejo, tengo hora en la peluquería. Un beso, mi amor.

Andrea se despidió de ella y acto seguido abrió el grifo de la bañera. Para esa mañana también tenía planes.

Después de desayunar, Andrea se encontró con Marcos, que entraba en la barra cargado con unas cajas de refrescos. Se quedó un momento observándolo. Calculó que debía de andar entre los cuarenta y cincuenta, era moreno, no muy alto y siempre daba la sensación de que se movía con prisa, como si tuviera cosas muy importantes esperándole para cuando concluyera la urgentísima tarea que le ocupaba en ese momento. Con la observación intentaba adivinar su humor de aquella mañana, ya que pretendía volver a pedirle perdón por el accidente con el jarrón. Se sentía culpable después de haber captado una intensa decepción en su rostro cuando agarró el pedazo más grande y lo abrazó.

—¡Marcos! —le llamó.

El director del hotel, que parecía inmerso en sus cosas, no la había visto y se sobresaltó un poco.

—Ah, eres tú. ¿Necesitas algo?

Fue bastante más seco de lo que había sido con ella hasta ese momento, por lo que dedujo que seguía enojado.

—Yo... quería volver a disculparme —le dijo, acercándose a la barra.

—No pasa nada —contestó él, y se dio la vuelta para empezar a meter las botellas en la cámara.

—Dime lo que cuesta y te lo pagaré, de verdad.

Marcos la miró y en sus ojos pudo adivinar una tristeza que le iba muy mal al día de Nochebuena.

—Es imposible.

—No es imposible —insistió Andrea—, tú di un precio. ¡Por favor!

Marcos la miró muy serio. Durante unos instantes, el corazón de Andrea empezó a bombear más rápido de lo normal. Se había llevado mil broncas en su vida, estaba curtida (Gerardo era un buen entrenador para eso), pero siempre eran asuntos sin importancia. En el caso de lo que había sucedido con el jarrón, tanto la actitud de Marcos como las palabras de Fernando le hicieron intuir que no se trataba solo de un adorno. Cabía la posibilidad de que, como le decía, no tuviera un precio que ella pudiera pagar.

—¿Quieres un café? —le ofreció él, y Andrea asintió. Al menos le ofrecía la posibilidad de hablar.

El hombre preparó dos cafés y los puso en la barra. No hizo amago de salir y sentarse a su lado, se quedó dentro. Lo conocía poco, pero la distancia que estaba poniendo entre los dos, con la barra en medio, le susurró que el café era un acercamiento relativo.

La miró de frente y, después de tragar saliva, le dijo:

—Ese jarrón fue el último que hizo mi padre.

A Andrea se le congeló un instante la respiración. No se había cargado un adorno más, era una reliquia familiar a la que él le aplicaba la palabra último, lo que lo convertía en algo, si cabía, aún más especial.

—Vaya, lo siento muchísimo.

Él hizo un gesto con la mano, uno que le restaba importancia al hecho, pero que quedaba desmentido por la posición corporal que transmitía una imagen entre la derrota y la resignación. Le dio unas vueltas al café con la cuchara y después comenzó a hablar:

—Hace unos años, hubo un artista que se instaló en el pueblo y puso un taller de alfarería y escultura. Aquí no hay muchas diversiones, como te contó Luisa, así que fue un éxito. Mucha gente se apuntó, jóvenes, sobre todo. Rocío, la camarera de pisos a la que conociste ayer, fue su alumna más destacada. Todas las esculturas que has visto en el hotel son suyas.

Andrea se había fijado en ellas. Como galerista, solía poner atención a los cuadros o a las figuras que decoraban los lugares que visitaba y se había dado cuenta de que las que decoraban el hotel de Grimiél eran muy buenas. Estaba segura de que, de organizar una exposición con ellas, se vendería al completo en la primera tarde. Transmitían emociones intensas y la técnica era muy depurada. Dejó que Marcos le siguiera contando.

—Mi padre también fue a ese taller, lo apunté yo.

Hizo otra pausa, como si deambular por aquellos recuerdos doliera aún, como si el tiempo, ese que mitiga todas las emociones, las buenas y las malas, no hubiera hecho aún su labor sanadora.

—Él... tenía una demencia que la mayor parte del día lo mantenía perdido en su mundo. Yo estaba muy ocupado en esa época con el hotel a pleno rendimiento, los dos vivíamos solos, así que lo tenía aquí conmigo, y te puedo asegurar que eso era de locos, porque se empeñaba en dar instrucciones a todo el mundo, algunas no muy cabales. Necesitaba mandarlo con alguien. Aquí no es sencillo encontrar cuidadores, pero mira por dónde sí encontré una pequeña solución para parte del día enviándolo al taller, un parche que se convirtió en la mejor decisión del mundo.

Marcos, que había detenido su tarea de rellenar la cámara para tomarse el café, lo terminó de un trago, se dio la vuelta, cogió otra caja y siguió hablando.

—Le apasionó trabajar con el barro. En las horas que pasaba en el taller, sus problemas de memoria pasaban a un segundo plano. Era feliz con lo que hacía, aunque la mayor parte de las veces fueran objetos inservibles. Por eso llegué a un acuerdo con aquel hombre, él fue su

cuidador, con la ventaja de que además podía trabajar a la vez en su taller, porque a él mi padre no lo volvía loco como a mí.

»Poco a poco, fue mejorando la técnica. Cada vez sus piezas eran más hermosas y llegué a tener tantos jarrones que no sabía dónde ponerlos.

—¿Qué hiciste con ellos? —preguntó Andrea.

—Llenar los pasillos del hotel. Pero un día...

Dejó lo que estaba haciendo y apoyó los codos en la barra y se cubrió un momento la cara con las manos, en un claro signo de derrota. Luego, buscó los ojos de Andrea.

—Tuvo un momento de extraña lucidez, de esos que aparecen de pronto en medio de la demencia. Sin venir a cuento, ahí, sentado en el mismo sitio que estás tú, de pronto empezó a gritar que estaba harto de ser una carga para mí, que yo era demasiado joven para tener que ocuparme de un viejo sin memoria. Se acordó de mi madre, que murió cuando yo era un adolescente, y se enfureció porque ella no estaba. Dijo que odiaba vivir, ser la persona en la que se estaba convirtiendo, y subió por la escalera de las habitaciones, hasta la tercera planta.

La chica se puso pálida, imaginando un final funesto para el padre de Marcos, uno relacionado con un suicidio desde el punto más alto del edificio.

—No le seguí. Supuse que en un rato se le pasaría, que volvería a su confusión habitual, porque había tenido otros episodios en los que recordaba y siempre se pasaban en unos minutos. Dejé que se diera una vuelta solo y me fui a sacar la basura. Cuando regresé, no creo que pasara ni diez minutos fuera, escuché ruido de cerámica rompiéndose contra el suelo que procedía de arriba —dijo Marcos—. Lo encontré en la primera planta, llorando, rodeado de fragmentos de sus jarrones. Fue buscándolos todos y los fue rompiendo. Cuando llegué, no pude rescatar ninguno. Solo se salvó ese que rompiste ayer, porque estaba en el taller aún.

»Mi padre murió tres semanas después, de un ictus. Después de ese momento de extraordinaria lucidez que le provocó tanta angustia, volvió a su mundo de historias confusas y de conversaciones surrealistas, de olvidos, de preguntas repetidas mil veces, como si nada hubiera pasado. Y para él fue así, no pasó, pero yo me rompí con esos jarrones. Porque por primera vez vi lo que estaba sufriendo. Hasta ese momento, siempre me estaba quejando, le regañaba por confundirse, intentaba explicarle las cosas, aunque fuera inútil. Me enfadaba, como si yo fuera la víctima de esa demencia, el que la estaba sufriendo más. Ese día supe que no, que podía volver en algunos momentos a colocar su desordenado cerebro y eran tan duros que le podía la rabia hasta querer destruir lo que le mantenía sereno en su delirio.

Marcos tenía los ojos brillantes, pero a Andrea, en aquella parte de la historia, se le habían escapado unas lágrimas.

—El jarrón me lo dio su profesor después de su entierro. Podría haberlo dejado en un lugar más seguro, pero pensé que su sitio estaba en el pasillo del hotel. Uno solo no podía llenar el vacío de los otros y mucho menos el vacío que me había dejado mi padre, pero verlo cada día era como sentir que él sigue aquí, conmigo.

—Lo siento...

Andrea lloraba y ni siquiera era consciente de ello.

—No, lo siento yo —dijo Marcos, ofreciéndole una servilleta—. Tú no sabías lo que significó escuchar para mí el ruido de la cerámica rompiéndose. Debí comportarme con más profesionalidad, o haber dejado ese jarrón en un sitio más seguro.

—Yo te lo puedo devolver. Espero que no hayas tirado los fragmentos.

Marcos la miró con curiosidad.

—Conozco restauradores para todas las artes, dámelos y buscaré quien lo recomponga. Se notará, pero lo tendrás.

—¿Harías eso?

Ella asintió.

—Gracias.

—Lo siento.

Marcos salió de la barra y le ofreció un abrazo.

—Eres el primer director de hotel que me abraza —dijo ella, tratando de quitarle intensidad al momento cuando se separaron.

Marcos sonrió y dispersó una lágrima de su mejilla, una que no se había llevado el pañuelo.

—¿Te has pensado lo de ser mi pareja esta noche?

Andrea puso cara de no saber de qué le estaba hablando y él se apresuró a añadir:

—En el karaoke.

—Ah, eso... Deja que lo valore. Es que me da mucho pudor hacer el imbécil —le dijo.

—Está bien, piénsatelo, pero dime algo. Si no, tendré que pedírselo a Luisa y ella sí que no sabe cantar.

Ambos se rieron. Andrea le preguntó dónde estaba el taller de Fernando, quería preguntarle si había pedido la pieza de su coche. Le había dicho que no llegaría a tiempo de irse en Nochebuena, pero le apetecía verlo y era la mejor excusa que se le ocurrió. La noche anterior, ninguna pregunta de las que pagaron con tequila incluyó intercambiarse sus teléfonos.

Le costó un buen rato llegar al taller, estaba en las afueras y, aunque Grimiél no era grande, el plano era un tanto laberíntico. Sin personas paseando por las calles, era un poco complicado preguntar cuando erraba un giro y más de una vez tuvo que desandar sus pasos. Eran casi las doce y media cuando entró en el taller.

El lugar era amplio. Se accedía por unas grandes puertas de garaje que permitían con sus dimensiones que entrasen los tractores, pero en ese momento estaban cerradas y solo permanecía abierta una pequeña, insertada en una de ellas, donde había un cartel en el que se consignaba el horario.

Entró sin llamar y no tuvo que buscar mucho para encontrar a Fernando, era uno de los dos empleados del taller y Marcial ni se parecía a él. Con una caja de herramientas a su lado, y vestido con un mono gris rebozado en grasa, tenía toda su atención centrada en el morro de un tractor, que estaba medio desmontado. Una radio, situada en alguna parte, reproducía un programa matutino de noticias de actualidad. Él no la oyó llegar hasta que no estuvo casi a su lado y lo saludó:

—Hola.

—¡Hola! —le dijo, dejando la llave del 10 en la caja. Se limpió las manos con un papel que llevaba en el bolsillo, que alguna vez tenía pinta de haber sido blanco—. ¿Qué haces aquí?

—He venido a preguntarte si has pedido la pieza.

Él sonrió y su maldita sonrisa le estrujó el estómago, provocando una sensación de hambre que no tenía mucho que ver con la comida.

—Te dije que como pronto vendría el veintiséis.

—Ya, pero como ya no nieva...

—Ya, pero como es Nochebuena... —Se encogió él de hombros—. Está pedida y, si no falla

nada, el veintiséis la tendrás instalada en tu coche.

Andrea echó un vistazo al taller. No había estado dentro de ninguno, en Madrid le daba las llaves de su coche en la puerta al recepcionista y lo recogía en el mismo lugar, tras pagar la factura correspondiente. Los clientes jamás accedían al espacio de trabajo. El otro mecánico se acercó a ellos y la saludó:

—¡Hola, soy Marcial!

—Hola —contestó ella. Fue a tenderle la mano, pero la tenía llena de grasa y ambos rectificaron.

—Fer —dijo Marcial—, voy al estanco, que han llamado para decir que han dejado allí un paquete. Toma.

Le dio un teléfono inalámbrico, que alguna vez debió de ser blanco, y se marchó del taller después de ponerse el abrigo.

—¿Qué? ¿Te gusta el taller? —preguntó Fer a Andrea.

—Hace mucho frío.

—Esto no es nada —dijo, quitándole importancia—, lo que es un coñazo es que haga calor. Hay tardes en el verano que es imposible dejar de sudar.

Andrea sufrió un momento de traición por parte de su imaginación, a la que le dio por visualizar a Fer con el mono atado en la cintura y el torso desnudo y sudoroso, manchado de grasa. Hasta le dio tiempo a ponerle complementos en las manos, como una llave inglesa o un destornillador. Se quedó tan atontada que no se dio cuenta de que él le había hecho una pregunta.

—¿Qué? —dijo, saliendo de aquella obnubilación repentina que había sufrido.

—¿Qué tal llevas la resaca?

—Ah, eso... Juro que no voy a tomar más chupitos de tequila en mi vida. Aunque estoy mejor que cuando me levanté. Este frío espabila a cualquiera. ¿Tú cómo estás?

—Me levanté hace tanto que ni me acuerdo de ella —dijo, sonriendo—. Por suerte.

—Vamos a tener que pensar otro método para pagar el precio de las confidencias —insinuó Andrea.

—¿Eso significa que quieres saber más cosas de mí? —le preguntó él, dejando las herramientas sobre la caja y acercándose a Andrea.

La sonrisa de ella fue bastante elocuente. Claro que quería, lo quería saber todo de él, quería aplacar esa ansiedad que se despertaba con su presencia, esa que no había sentido jamás con nadie y que estaba volviéndola loca. De repente, la puerta del taller se abrió y entró corriendo un niño pequeño. Andrea, por instinto, dio un paso hacia atrás y se separó de Fernando.

—¡Papá! —gritó, mientras se acercaba trotando a él—. La abuela dice que me tengo que poner esta noche una corbata. Dile que no, porfa.

Andrea se quedó mirando a Fernando y después al niño, que era una versión suya reducida a un metro veinte. ¿Un niño? ¿Fernando tenía un hijo? Y si tenía un hijo... ¿Quién era la madre?

—Tendrás que hacer caso a la abuela si quieres que esta noche venga Papá Noel... —le dijo él, agachándose para quedarse a su altura y dándole un golpecito en la nariz con el dedo, que se la manchó de grasa.

—¡Pues vaya una mierda! —contestó, restregándose la nariz.

—Y hablar un poquito mejor... —dijo, mirándole con cara de cierta preocupación—. Como sigas hablando así, no te va a traer nada de nada.

—O sea, que me tengo que poner la corbata.

—Si la abuela dice que te la tienes que poner, yo no tengo opinión. —Se encogió de hombros.

—¡Pero es que tiene ositos! —gruñó el niño—. ¿Cómo quiere que me ponga una corbata con ositos? ¡Ya soy mayor!

—No tienes otra...

—¡Pídela a Amazon!

Fernando se echó a reír.

—Vamos a hacer otra cosa, dile a la abuela que llame a Laura, a ver si ella tiene alguna de sus hijos que no tenga ositos. Esta noche hay que ponerse corbata, Álex, ya verás lo chulo que ha quedado el hotel. Hay que ir guapos para no desentonar. Yo también me voy a poner traje y corbata.

—¡Vale!

A Álex le salió una palabra larga, con muchas más aes de las necesarias para pronunciarla, con un tono que traía implícito un «Me rindo» en la entonación. Salió del taller como había entrado, como una exhalación, dando un portazo.

—Álex, ¿cuántas veces te he dicho...? —gritó Fernando.

Lo dejó por imposible. Aún estaba sonriendo cuando miró a Andrea, que se había quedado muy seria.

—¿Te pasa algo?

—¿Tienes un hijo? —preguntó, un tanto alucinada.

Fernando se encogió de hombros, era obvio, después de la conversación que había mantenido con el niño, que Álex era su hijo, no creía que hubiera mucho que añadir a eso.

—No me lo contaste —afirmó ella.

—No me lo preguntaste —dijo él.

—Ya, bueno, supongo que no me gusta sentir que me han mentido.

—No es una mentira si no hemos hablado de ello, Andrea. Además, tener un hijo a mi edad no es raro. Casi es más extraño no tenerlo.

—Yo no tengo hijos.

—Me lo pude imaginar por tus otras respuestas. ¿Tiene alguna importancia? —preguntó, mirándola con curiosidad.

—Pues...

Iba a explicarle que empezar algo con otra persona era complicado sin añadir equipaje, así que con un extra tenía que serlo aún más, pero se dio cuenta de que entre ellos dos solo había habido un coqueteo que tenía fecha de caducidad en dos días.

Vivían a tres horas.

Cuando se fuera de Grimiel quizá no volviera nunca.

—No, ninguna, llevas razón. Tal vez es una tontería mía, pero esperaba que algo así me lo contases tú antes de que lo averiguase por mí misma. No es algo sin importancia, como tener un coche rojo o azul.

La puerta se volvió a abrir y entró en el taller una chica rubia, preciosa, de la edad de Andrea. Iba vestida con un abrigo corto que dejaba ver su silueta perfecta, remarcada por unos *leggings* muy poco invernales, pero bastante favorecedores. Las botas que había elegido combinaban con el gorro y los guantes, y le quedaban perfectos. Parecía salida de un catálogo de una web de moda. Andrea se preguntó quién sería.

—Ay, perdón, cielo, no sabía que no estarías solo —dijo la mujer.

—Carmen, entra. ¿Qué ocurre?

—No me funcionan los limpiaparabrisas del coche. ¿Me los arreglas?

Puso una elocuente y seductora cara de ruego y Fernando cabeceó, mientras sonreía. Andrea deseó ser la destinataria de esa sonrisa y se enfadó con ella misma por el hecho de no controlar sus emociones, que navegaban en un mar de confusión. ¿Otra vez? ¿Qué le pasaba? De pronto se sintió de más allí y le nacieron unas ganas terribles de salir corriendo, pero se contuvo porque no le pareció educado.

—De acuerdo, te los miro —dijo Fernando, que seguía hablando con Carmen—. Subo la puerta para que puedas meter el coche.

—No lo he traído, está en el garaje de casa.

—Vale, entonces termino esto y te lo arreglo antes de comer —le dijo él.

—¡Gracias, eres el mejor!

Se acercó y le dio un beso en la mejilla, a lo que él correspondió agarrándola por la cintura y devolviéndole un sonoro beso que provocó en ella una sincera carcajada.

—¡Idiota! Suelta, que me manchas. ¡No vengas muy tarde y nos tomamos algo antes de comer! Toma las llaves. Me llevo a Álex, está tirando bolas de nieve en la puerta con los niños de los vecinos y he visto a María José salir a regañarlos. Van a acabar cabreándola y nos dará la Nochebuena.

—Anda, sí, llévate a ese granuja.

—Hasta luego, Fer.

Carmen se marchó, sin hacer ningún caso a Andrea, que por unos momentos se quedó sin respiración. Los celos de un rato antes con Carmen, con el beso entre los dos, engordaron hasta convertirse en una oleada de adrenalina que se extendió por su organismo e hizo que se sintiera fatal. Le molestó ver cómo se relacionaba él con esa mujer preciosa que había entrado a pedirle ayuda al taller. Habían hecho gala de una complicidad que puso en guardia a Andrea y en medio de ella estaba Álex, el hijo de Fernando. Su mente empezó a atar cabos y se sintió una idiota. Por mucho que hubieran tenido un rato de complicidad, seguían siendo unos desconocidos. No sabía nada de él en realidad. Ni siquiera podía estar segura de que le hubiera dicho la verdad sobre sí mismo en aquel tonto juego que se inventaron con el tequila.

—Ya me voy —le dijo a Fernando, presa de unas repentinas ganas de salir corriendo de allí.

—¿Tan pronto? ¿No quieres quedarte un rato más haciéndome compañía?

—No, perdona, hace un poco de frío...

Fer se había dado cuenta de que Andrea estaba incómoda y decidió no insistirle para que se quedase. Era cierto, además, hacía muchísimo frío en el taller y seguro que estaría mejor en cualquier otro lugar.

—¿Nos vemos esta noche en la cena?

—Sí, claro —contestó ella, desde la puerta, justo antes de cerrarla.

Fernando se quedó preocupado por su reacción, pero siguió arreglando el tractor. Tenía que dejarlo terminado para poder tomarse libre el día de Navidad.

Andrea, al volver al hotel, tropezó con la tienda de ultramarinos del marido de Lucía Vega. Estaba abierta, así que aprovechó para hacerse con algunos dulces y, ya que estaba, platos precocinados de los que se podían comer fríos. Por alguna razón, el hecho de descubrir que existía Álex la había hecho sentirse incómoda y la llegada de esa tal Carmen había multiplicado la sensación.

No estaba segura de querer bajar al comedor a celebrar la cena en Nochebuena. Además, no

había traído ropa adecuada si habían pensado vestirse de gala.
Sería mejor que la pasara en su habitación.

Capítulo 12

Poco después de las cuatro se escucharon unos golpes en la puerta de la habitación de Andrea. Como el comedor permanecía cerrado para la cena, no había bajado a comer, pero tampoco había pedido que le subieran nada. Se conformó con mordisquear unas galletas rellenas de chocolate que llevaba en la maleta y con una bolsa de patatas fritas que compró en el ultramarinos de Carlos. Dio cuenta de ellas mientras veía una película y después se tumbó en la cama con la intención de echarse una siesta, pero el sueño no acudió a rescatarla del aburrimiento y la apatía en la que estaba, contagiada sin duda por lo tristón del color ceniciento del cielo de Grimiel. Abrió, intentando imaginar quién podría ser el que la reclamaba a esa hora.

—¡Hola, Andrea!

El alegre saludo de Lucía Vega llenó el pasillo de luz.

En contra de lo que le pasaba a ella, la actriz parecía inmune a la melancolía que transmitía ese día de invierno. Era familiar, cálida y acogedora, una muchacha dulce, y a veces un tanto inocente, que se desvivía para que los que estaban a su alrededor se sintieran bien. En cuanto uno se plantaba a su lado, notaba su positividad y el buen rollo que emanaba. Si fuera un personaje de cuento, iría dejando un reguero de polvo de hadas a su paso. Era todo lo contrario a la imagen de diva con la que se presentaba ante la prensa rosa. Esa Lucía era un disfraz, un escudo que se había fabricado para sobrevivir en ese mundillo. La prensa del corazón no tenía corazón y Lucía había aprendido a proteger el suyo y solo mostrárselo a quienes quería.

—Hola, Lucía, ¿sucede algo?

—¿Puedo pasar? —le preguntó.

Andrea echó un vistazo a la habitación. La cama estaba un tanto revuelta y la maleta abierta sobre un sofá de cortesía. Ni siquiera se había molestado en colgar las prendas en el armario. Tenía restos de patatas por encima de la colcha y la bolsa de estas y la de las galletas arrugadas en la mesilla. No estaba como para recibir visitas, pero no iba a dejar a Lucía en el pasillo.

—Pasa.

—He venido a buscarte porque necesito ayuda para la cena —dijo ella, cerrando la puerta tras de sí.

Se sentó en la cama y Andrea la imitó.

—¿Ayuda?

—Me comprometí a hacer un postre, pero lo que ha salido es... es... Bueno, que no es. Que es horroroso y Luisa no me deja volver a intentarlo. He venido por si tú me pudieras ayudar a convencerla. Para mí es importante aportar algo a esta cena.

—Pero tú has decorado el salón. Organizaste a todo el mundo, la decoración ha sido idea tuya. Ese puede ser tu aporte.

—Ya, pero yo quiero traer algo para compartir con los demás, algo que esté rico —dijo, con la

voz un tanto desencantada—. Yo sé que soy una torpe, que mis bizcochos no suben y que no se me da bien calcular cosas como la sal, pero de verdad quiero aprender a cocinar. Y Luisa me ha dicho hoy que no me va a volver a dejar entrar en la cocina después de mi fracaso de suflé.

Andrea se echó a reír. Solo a esa chica divertida y optimista se le podía ocurrir, sin tener ni idea de cocinar, tratar de hacer un suflé.

—¿Y a mí por qué me va a hacer caso Luisa?

—Pues no lo sé. Es que los demás no me secundan, tengo que buscar una aliada y solo quedas tú.

Le acababa de confesar que era su última opción, pero a Andrea, lejos de molestarle, le hizo gracia. Le dio la mano, le parecía imposible que nadie hiciera caso a Lucía, aunque su fama de malísima cocinera la precediera en Grimiel. Quizá fuera en el único ámbito donde no tenía ningún éxito.

—Yo solo sé hacer un postre de limón. Si te sirve... —Se encogió de hombros.

—¿Qué se necesita?

Se quedó pensando unos instantes en el postre que le había enseñado a preparar su tía Salud cuando solo era una niña, porque era el más fácil del mundo.

—Limón, leche evaporada y leche condensada.

—¿Sólo eso?

—Una batidora y un exprimidor.

—Perfecto —dijo Lucía, poniéndose de pie—, voy a llamar a Carlos para que me prepare todos los limones que tenga en la tienda y los botes de leche, necesitamos postre para sesenta personas.

—¡Espera, espera! Que yo sé hacerlo para cuatro, no para sesenta.

—Digo yo que será hacer una regla de tres...

A Andrea no le pareció que fuera todo tan sencillo. Para sesenta personas era mucho postre.

—Seguro que entre las dos lo conseguimos, vamos a la cocina. —Abrió la puerta.

—Lucía, espera, creo que no voy a ir a la cena.

—Pero ¿por qué? —preguntó esta, cerrando de nuevo.

No quería hablarle de la repentina incomodidad que sintió en el taller con respecto a Fernando, porque no tenía ninguna lógica fuera de las agitadas emociones que libraban una cruenta batalla con el sentido común en su interior, así que se decidió por algo mucho menos personal.

—Vine aquí para volver enseguida a casa y no tengo un vestido que ponerme.

—Eso no importa —dijo Lucía, echándole un vistazo evaluador—, puede que tenga alguno que te sirva.

Andrea se echó a reír, ella era por lo menos tres tallas más contundente que Lucía, que parecía una modelo de pasarela, y además era más bajita.

—Me temo que va a ser imposible que yo entre en uno de tus vestidos. Al menos sin reventarlo.

—Le preguntaré a Rocío entonces, que tal vez sea más de tu talla que yo, seguro que ella tiene algo. Eso no es problema.

—¿Y los zapatos? —continuó Andrea, tratando de poner todas las trabas posibles.

Lucía cogió una bota de Andrea, que estaba tirada en el suelo, le dio la vuelta y miró el número.

—Ningún problema, tienes el mismo que yo. Voy a buscarte un vestido y a llamar a Carlos para que traiga los ingredientes. Tú espérame aquí.

No le dio tiempo a darle ninguna excusa más, salió corriendo. Esquivó a Marcos, que llegaba por el pasillo con una caja en las manos.

—¡Espera, Andrea, no cierres!

Ella se quedó plantada en la puerta hasta que Marcos llegó a su altura.

—Aquí está el jarrón, con todos los fragmentos que he rescatado. Es un puzle.

—Trae —dijo ella, recogiendo la caja con cuidado—, esto será pan comido para la gente que conozco.

Marcos suspiró, esperando que fuera cierta aquella afirmación.

—¿Te has pensado lo del karaoke? —le preguntó.

Él, por supuesto, daba por hecho que iría a la cena. No le había importado decirle que no quería ir a Lucía, pero después de lo que le había contado Marcos se le hizo muy cuesta arriba negarse.

—Venga, vale. Pero si hacemos el ridículo ni se te ocurra echarme la culpa.

—Prometido. A las siete te espero en recepción para queelijamos nuestra canción.

Cuando Andrea cerró la puerta de la habitación pensó en el lío en el que se estaba metiendo.

—Joder con el puto cuadro y la señora Angustias la que han liado —se dijo en voz alta.

Una hora después, Andrea y Lucía habían terminado de preparar su postre. Lo pusieron en pequeños recipientes de cristal que decoraron con una hoja de menta y una grosella. Luisa las miraba con recelo, hasta que lo probó y no tuvo más remedio que admitir que estaba espectacular a pesar de lo sencillo y rápido de su elaboración.

—Ya sabemos que lo que no tienes que hacer es usar el horno, Lucía. Esto te ha salido bien. Sigue por el camino de la comida en frío.

—En realidad el mérito es suyo —reconoció, señalando a Andrea.

—Bueno, tú has exprimido limones como yo, has decorado como yo y le has dado al botón de la batidora, yo diría que has hecho más —dijo esta.

—Está bueno, nadie ha salido herido y es probable que tampoco se intoxique, da igual de quién sea el mérito —dijo Luisa—. Ahora, salid de aquí que todavía queda mucha tarea.

Ambas abandonaron la cocina y subieron a la habitación. Hacía un rato que había llegado Rocío con unos cuantos vestidos para que Andrea eligiera el que quisiera.

Durante el tiempo en el que las tres se dedicaron a decidir el *look* de Andrea para la cena, esta no dejó de pensar en lo extraño de toda esa situación. Había caído de pronto en un lugar en el que no había estado jamás y todo el mundo parecía desvivirse por que se sintiera integrada.

Esa no era la vida.

Eso no podía ser real.

La gente era distinta.

Era más fácil encontrarse con zancadillas que con abrazos.

El sentido común le indicaba que no bajase la guardia, porque cuando uno se confía acaba siempre herido, pero era Nochebuena.

Por una vez se obligó a no cuestionarse lo que le estaba sucediendo. Iba a ser verdad que era una noche mágica.

Capítulo 13

La felicidad de verse deslumbrante con uno de los vestidos de Rocío, uno que había llevado a una entrega de premios a la que acompañó a Alberto, le duró diez minutos, los que tardó en sonar su móvil.

Era Gerardo.

Andrea pensó que había llamado para felicitarle la Navidad, aunque fueran las diez de la noche y llegase casi en el límite.

—Se nos han adelantado con el cuadro —le dijo, justo después de que ella contestase, sin preliminares que amortiguaran el mal humor que traía la frase—. ¿No te habías asegurado de que Angustias no estaba en Grimiel?

—Y no estaba, se había ido a Carrasquilla con unos sobrinos.

—¿Adónde?

—A un pueblo que parece que está por aquí, con sus sobrinos.

Al menos eso era lo que le habían dicho, porque la verdad era que se le había olvidado volver por su casa para comprobarlo.

—Pues que sepas que me acaba de llamar Ernesto, de la galería Keitar, y me ha dicho que han cerrado la venta del cuadro.

—¡Es imposible! Estamos aislados, Gerardo. ¡No han podido hablar con Angustias! Y no hay más clientes en el hotel que yo.

Se asomó a la ventana, por si en el rato que había pasado poniéndose la ropa y maquillándose, el tiempo hubiera mejorado, pero no era así. Estaba nevando sin parar, incluso la calle estaba tan cubierta que ni siquiera se veían las roderas dejadas por ningún vehículo.

—Me ha mandado hasta una foto del cuadro.

Se la envió y Andrea comprobó que era el de Angustias, el que había visto en su casa.

—No lo entiendo, te prometo que se fue...

—No ha hablado con ella, lo ha hecho con sus sobrinos, que era por donde deberías haber empezado tú. Quizá la señora esté un poco senil para atender sus propios asuntos.

—Tiene muy malas pulgas, pero yo creo que senil no está —la defendió Andrea.

—Pues ya ves que Ernesto lo ha conseguido. Cuando lleguemos, hablaremos de tu contrato.

—¿Cómo que hablaremos de mi contrato? ¿Qué dices? ¡Pero si es solo un cuadro!

—Me has fallado, Andrea, esto era importante.

Colgó. Sin despedirse, como solía hacer. Enseguida volvió a sonar y ella estuvo a punto de no descolgar al ver que era él, no quería que le volviera a gritar, pero tenía cuatro cosas que decirle y pensó que cuanto antes, mejor.

—Se me ha olvidado —dijo Gerardo, sin dejar que hablase—. Feliz Navidad.

—¿Feliz Navidad?

Fue inútil que siguiera hablando, Gerardo había cortado otra vez.

—¡Este hombre es enervante! ¿Para qué me llama para desearme feliz Navidad justo después de insinuar que va a despedirme? —le dijo al espejo.

Resopló, dio varias vueltas por la habitación, respiró para calmarse y, cuando lo consiguió, decidió dejar los problemas aparcados para otro momento. Eran casi las diez y la cena empezaba a esa hora en el comedor.

Cuando se asomó al restaurante, las luces de los adornos estaban encendidas y una suave música de ambiente recorría el espacio, inundándolo todo de magia navideña. Algunos de los comensales ya habían llegado. Ocupaban sus asientos en la gran mesa, mientras que otros se encargaban de ir repartiendo las bebidas y ponían en la mesa los entrantes que abrirían la comida. Esa noche no había camareros, casi todo el mundo, salvo los ancianos, tenía asignada una tarea para que todos pudieran disfrutar de la cena de celebración. Para ellos, ese año no era solo Navidad, también tenían la alegría de haber ganado la lotería.

Rocío le hizo una seña para que se acercase.

—¡Te queda mejor que a mí! —le dijo, observando el vestido.

Era de seda azul turquesa, con tirantes, y la delicada tela se recogía bajo el pecho en un nudo simulado, enmarcándolo. Desde ese punto se deslizaba el resto hasta los pies. Un poco por encima de la rodilla, la falda se abría en dos, para dejar visibles las piernas al andar. Lucía le había prestado varias sandalias, pero prefirió ponerse unas medias y decantarse por unos zapatos plateados de tacón fino, aunque con una altura de infarto para los que solía usar Andrea. No se puso complementos, aunque también Rocío y Lucía le llevaron bisutería para que complementara su *look*. Le pareció que con la ligera cadena con un corazón que llevaba siempre al cuello, recuerdo de su padre, y sus pendientes era suficiente. El pelo se lo había recogido en un moño bajo, con algunos mechones sueltos, y solo llevaba en las manos un pequeño bolso a juego con el color de los zapatos, donde había metido su móvil. No lo necesitaba en realidad, pero se temía no saber qué hacer con las manos así vestida y no quería caer en la tentación de sujetar una copa todo el rato. Con una resaca a la semana era suficiente.

—¡Hala, tía, sí que estás buena! —dijo Víctor cuando la vio y se llevó una colleja de Alberto.

—Este niño no cambia —le dijo a Andrea, tratando de disculparse por él—. Pero lleva razón, estás preciosa. Feliz Navidad.

Le dio dos besos, justo antes de presentarle a los padres de Rocío, Cosme y Celia, que llevaban en brazos cada uno a uno de los gemelos, dos bebés preciosos de ocho meses, Erik y Leo, que parecían muy despiertos a pesar de la hora. También conoció a otros vecinos y fue contestando a cuantos le fueron dando sus buenos deseos navideños. Al parecer, el hecho de ser la única cliente del hotel (algo en absoluto inusual en Grimiel), había hecho que todos supieran su nombre y ansiaran conocerla.

Estaba nerviosa.

Aunque hubiera intentado evitar pensar en él durante todo el día, buscaba a Fernando con la mirada. El comedor no era tan grande como para que le pasara desapercibido, así que solo podía significar que no había llegado aún. Tardó muy poco en saber que no se equivocaba. Un instante después, la puerta se abrió y él entró acompañado del pequeño Álex y de dos adultos.

El mundo pareció congelarse para Andrea. La música seguía sonando en el comedor, pero ella apenas la escuchaba, al igual que las conversaciones, que se convirtieron en un murmullo lejano,

apenas perceptible para sus sentidos. Se habían llenado de él y lo amortiguaban, dejándolo solo en una lejana melodía.

Fernando tenía apoyada la mano derecha en el hombro izquierdo de Álex, en un encantador gesto protector, y este desvió un momento la vista hacia arriba para decirle algo. Él se agachó para escuchar a su hijo y sonrió, tal vez porque le había hecho gracia lo que le dijo. Después, señaló hacia un pequeño grupo de niños que estaban cerca de los percheros y Álex salió corriendo hacia ellos. Luego, levantó la mirada y sus brillantes ojos azules se encontraron con los de Andrea.

Ella notó que su estómago se encogía tan solo con ese contacto etéreo y las manos empezaron a sudarle. Tampoco pudo evitar que su respiración se agitase, aunque de veras que lo intentó. Los sensuales labios de Fernando le recordaron el beso de la noche anterior y las emociones que le reportaron los minutos que pasaron en la puerta de la habitación. Recordó la sensación de acariciar su mentón cuadrado y el sutil roce de sus pieles. Cuando se quitó el abrigo, volvió a quedarse sin aliento: el traje le quedaba espectacular.

—¿Cava?

Luisa, ofreciéndole una copa, se cargó de un plumazo aquel momento que parecía sacado de un anuncio.

—Sí, gracias —tartamudeó un poco.

—Deberías buscar tu sitio en la mesa, ya estamos casi todos —le dijo Luisa.

—Yo la ayudo —se ofreció Fernando.

Ella se volvió para mirarlo. Quería decirle que no lo necesitaba, que sabía leer y, además, había visto que los habían sentado juntos, pero otra sensación se unió a la fiesta y bloqueó su boca: olía muy bien.

—Estos son mis padres, Alfonso y Pilar. Ella es Andrea.

Ella hizo todo lo posible por saludarlos sin que se notase lo que la perturbaba la presencia de su hijo.

—¡Vamos, a la mesa! —los apremió Luisa.

Todavía quedaba alguien por llegar. Mientras buscaban sus sitios entró Carmen seguida de otras jóvenes a las que no conocía. Carmen se acercó a ellos, saludó a Alfonso y Pilar, le dio un enorme abrazo a Álex y después se volvió a Fernando:

—Deberías decirle a Lucía Vega que te consiga un papelito en una de sus películas. Eres el hombre más guapo de la fiesta, a pesar de Alberto...

Le dejó un beso en la mejilla y Andrea sintió que le ardían las ganas de que le cayera encima el bol de ponche navideño que había hecho Daniel y le arruinase el preciosísimo vestido rojo que se había puesto.

Luego se regañó por su propio pensamiento.

Iba a dirigirse a la mesa, pero el bolsito empezó a vibrar. Dejó la copa sobre una mesita auxiliar, sacó el móvil y allí se encontró la solicitud de una videollamada de Mercedes. Estuvo tentada de no hacer caso, pero se temió que se preocupase y no dejara de llamar en toda la noche.

—Hola, mamá.

—¡Nena!

Dos caras ocuparon la pantalla, luchando por hacerse hueco, su madre y su tía Salud. En la peluquería habían hecho un buen trabajo con sus peinados, porque las dos se veían guapísimas, aunque un tanto deformadas por la excesiva proximidad a la pantalla.

—¿Lo estás pasando bien? —preguntó Salud.

—Todavía no hemos empezado a cenar, me iba a sentar a la mesa ahora mismo.

—A ver, a ver, echa el móvil para atrás, que queremos ver tu vestido —le dijo su madre, haciendo un gesto con la mano.

Andrea obedeció, aunque la longitud de su brazo no le permitía una buena panorámica. Las dos hermanas alabaron lo bien que le quedaba, solapándose al hablar, por lo que no entendió apenas lo que le estaban diciendo. Lo que sí entendió fue el comentario final de su madre.

—¡Qué pena que no hayas querido venir a cenar con nosotras!

—Mamá, no es que no haya querido, es que todo se ha complicado.

—Bueno, vale.

Odiaba los «Bueno, vale» de su madre, que eran su manera educada de decirle que no la creía o que daba por zanjada la discusión, pero que de ninguna manera estaba de acuerdo.

—¿Qué tal vosotras? ¿Lo estáis pasando bien en el Ritz?

—De maravilla —dijo Salud—. Mira lo guapísimas que estamos.

Se fueron pasando el teléfono para que viera sus vestidos. Su madre hablaba en serio cuando le dijo cómo se iba a vestir, llevaba una réplica del vestido rojo de Julia Roberts en *Pretty Woman*, aunque a ella le quedaba bastante peor que a la actriz. Salud había elegido uno en un verde suave, muy vaporoso, que disimulaba sus kilos de más y le quedaba bastante mejor que a Mercedes, pero a Andrea no se le ocurrió alabarlos de más. Estaba segura de que algo así escocería a su madre. Y las dos hermanas, que llevaban toda la vida rivalizando por todo, acabarían la noche discutiendo por cualquier tontería.

—Estáis preciosas —dijo. Por el rabillo del ojo vio a Luisa llamarla impaciente, conminándola a que se sentase—. Os dejo, me llaman para que me siente a la mesa. Pasadlo bien.

—Y tú, cariño, y haz fotos —dijo Mercedes.

Andrea metió el teléfono en el bolsito, decidida a no hacerle ni caso a su madre. Se dio la vuelta para recuperar su copa de cava, pero no la encontró donde la había dejado. Supuso que alguien se la habría llevado a la cocina, hasta que vio a Álex que le hacía señales con una mano para que se sentase a la mesa a su lado y exhibía la copa con la otra.

Debió de poner tal cara de pánico que Fernando, que no había dejado de observarla mientras hablaba por teléfono, siguió su mirada.

Álex empezó la noche con una regañina.

Capítulo 14

Antes de que trajeran el primer plato, Marcos quiso decir unas palabras. Al más puro estilo peliculero americano, se levantó de la silla que ocupaba y sacudió su copa con una cucharita, pidiendo la atención de todos. Los niños, excitados por la proximidad de la llegada de Papá Noel, seguían con su parloteo y no le hacían caso, así que incrementó el golpeteo con tanta energía que se acabó cargando el cristal.

—Si es que eres idiota —dijo Luisa, levantándose para recoger los cristales, mientras los demás hacían esfuerzos titánicos por no soltar una carcajada.

—Quería deciros —continuó él, como si no hubiera pasado nada—, que estoy feliz por poder celebrar esta cena en mi hotel juntos. Ha quedado espectacular y es obra de todos. Sé que ha sido un año muy complicado para Grimiel y el que nos haya tocado la lotería no puede compensarlo, pero quiero interpretarlo como un augurio de que las cosas volverán a enderezarse para nosotros y que conseguiremos que otra vez esto remonte, que venga gente como antes...

Luisa, que se había llevado los cristales, se quedó apoyada en la puerta de la cocina mientras sus vecinos aplaudían, pensando que Marcos había acabado con su desastroso discurso de apertura. Este tenía ganas de hablar y aplacó los aplausos para que siguieran escuchándole.

—En este pueblo no somos muchos y a veces tampoco estamos tan bien avenidos como puede parecer —dijo mirando a Andrea—, pero en el fondo todos cuidamos de todos y nos queremos. Por eso, perder a uno de los nuestros, a alguien bueno al que todos queríamos, no ha sido sencillo.

Lucía, aterrada al escuchar cómo Marcos había decidido empezar la noche, buscó a Rocío con la mirada, y después ambas a Luisa, que seguía en la puerta de la cocina. Como sospechaba, la mujer contenía la respiración al escuchar al director del hotel. Su leve maquillaje de esa noche, algo que nunca solía usar, pero que se había puesto para la ocasión, empezó a sufrir los estragos de unas lágrimas que decidieron deslizarse por su rostro. No parecía estar haciendo el más mínimo esfuerzo por contenerlas.

Marcos, ajeno a la tormenta interna que le había desatado a Luisa, continuó hablando:

—En el mes de abril nos dejó Ángel, el del ultramarinos, y no ha sido fácil acostumbrarnos a que no le veremos más. Por eso quiero dedicarle...

—¡Bueno, creo que es el momento perfecto para que brindemos y empecemos a cenar! —dijo Lucía, levantándose y elevando su copa, para cortar el discurso de Marcos.

—¡Pero he escrito un poema que quiero leer! —protestó este, que al parecer no había terminado de arruinar el principio de la velada.

—Lo cuelgas en la web del hotel —le dijo Lucía, aterrada por la idea de que lo leyera y Luisa se acabase yendo a casa—, ¡brindemos!

Los demás vecinos siguieron a Lucía elevando sus copas, todos excepto Rocío, que se había

levantado y había ido hasta la puerta de la cocina para abrazar a Luisa. Con suavidad, la condujo a la mesa. Esta dio un suspiro, se limpió las lágrimas, compuso su mejor sonrisa gruñona y fue ella misma:

—¡Queréis empezar a comer ya, que se va a enfriar!

Fernando se dio cuenta de que Andrea no entendía nada de lo que estaba pasando en el comedor. Se acercó un poco a ella por encima de la cabeza de Álex, que estaba sentado entre los dos, y le dijo casi en un susurro:

—Ángel y Luisa se habían casado hacía poco. Todos le echamos de menos.

Andrea solo necesitó mirar a Fernando un instante para darse cuenta de que había una emoción que atenazó su garganta al pronunciar aquellas palabras. Pensó que tal vez él tendría también una relación especial con ese Ángel al que todos parecían querer mucho en el pueblo.

Quiso decirle algo, darle las gracias por informarla y no dejarla al margen de lo que allí estaba pasando, pero no le dio tiempo.

—¿Me sirves vino?

Carmen, que estaba al lado de Fernando, le pidió a este que le llenase la copa y él se dispuso a hacerlo, aunque antes le dedicó una de sus espectaculares sonrisas.

—Pues eso que tenías en la copa estaba rico —le dijo Álex a Andrea.

Ella bajó la mirada a ese pequeño hombrecito que estaba sentado a su lado.

—Tú no deberías beber de las copas de los mayores —le reprendió ella, intentando sonar muy seria.

—Si no lo hago, a mí no me dan, ya verás. —Cogió la copa que tenía delante—. ¡Papá! ¿Me puedes echar vino?

En vez de una respuesta se llevó una ligera colleja, que el niño recibió con una carcajada.

—Yo no me río, Álex —le dijo Fernando.

—No entiendes las bromas.

Fernando cabeceó y volvió a atender a la conversación que mantenía con Carmen. Andrea estaba intentando no reírse de la ocurrencia del niño, un pequeño caradura que, por lo que intuía, iba a ser su pareja esa noche.

—Tú eres Andrea, ¿verdad? —le preguntó Álex.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo pone en el papel que hay en tu plato y sé leer —contestó él, como si esa fuera la respuesta más obvia del mundo.

—Tú eres Álex —le dijo ella.

—Pues no sé cómo lo sabes si yo no tengo papel... No me dan ese vino, no me ponen nombre... Esto va a ser un rollo —protestó.

Andrea se fijó en que el niño no tenía un cartelito como los demás, tal vez Lucía se había olvidado de él cuando hizo el reparto en las mesas.

—Sé cómo te llamas porque esta mañana tu padre ha dicho ese nombre en el taller, yo estaba allí cuando has entrado.

—Ah, sí, es verdad, pero esta mañana no estabas guapa y no te he conocido.

Le encantaba esa sinceridad infantil sin dobleces, aunque a veces resultase un poco brusca; no le iba a negar que envuelta en el abrigo gordo de invierno, con su gruesa bufanda, el gorro de lana y tiritando de frío no estaba tan glamurosa como esa noche.

—¿Tú solo ves a las chicas cuando son guapas? —le preguntó.

—A ver, que no eres fea, es que ahora estás más guapa y antes estaba enfadado. No quería

ponerme esta ropa.

—Pero si estás guapísimo, te queda genial la corbata —le dijo, dándole un pequeño golpecito con el dedo en la nariz.

—¡Porque no es de ositos!

Andrea soltó una carcajada y Fernando volvió su vista hacia ella. Estaba seductora con ese vestido azul, su pelo recogido y el suave maquillaje sobre su rostro, que perfilaba sus rasgos. Además, la diversión que veía en sus ojos mientras conversaba con Álex también le sedujo. El niño, que era un tanto puñetero con los extraños, parecía muy cómodo con Andrea. En esos momentos sacó un Spiderman de plástico que llevaba en el bolsillo y se lo enseñó a ella. Fernando le había sugerido que lo dejase en casa antes de salir, una sugerencia que llevaba la amenaza de que Papá Noel no le dejaría regalos si se lo llevaba a la cena, pero al parecer no le había hecho ni el más mínimo caso. Ella escuchaba con atención la perorata infantil sobre las maravillosas habilidades de su superhéroe favorito, mientras le hacía preguntas sobre los poderes que tenía el hombre araña, que el pequeño Álex parecía conocer en profundidad.

Le hizo incluso una demostración de cómo el hombre araña lanzaba su tela con las manos, haciendo una imitación del ruido y, de paso, tirando una copa que puso perdido uno de los conos con purpurina.

Se volvió a llevar otra regañina de su padre.

—Si te está molestando, le cambio el sitio —sugirió Fernando a Andrea.

—No me lo molesta en absoluto, creo que es un niño increíble.

Fer se quedó mirando a su hijo con una sonrisa. Él pensaba lo mismo, para él era su universo, lo que más quería con diferencia, aunque aún tuviera mucho que enseñarle para que lograra, al menos, no liarla en una comida. No pudo evitar dejarle un beso en el pelo.

—Ya se le ha olvidado lo de la copa —le dijo Álex a Andrea en un susurro.

—Te he oído y no se me ha olvidado —replicó Fer.

Álex puso pucheros ficticios y ambos se echaron a reír.

La cena transcurrió alegre. Salvo ese primer momento en el que Marcos estuvo a punto de boicotearla, el resto salió rodado. Los vecinos charlaron y compartieron platos, halagos para los cocineros e incluso Lucía y Andrea se llevaron un aplauso por el postre, que pareció gustarle a todo el mundo. Cuando terminaron, entre todos retiraron la vajilla y colocaron bandejas con dulces navideños, mientras Marcos y los dos Carlos ponían en marcha el karaoke: un portátil conectado a unos altavoces y un par de micrófonos.

Andrea entró en pánico. Se le había olvidado que quedaba ese momento y que se había comprometido a cantar con el director del hotel. Cruzó los dedos para que Lucía, que se hizo con el micro en cuanto estuvo listo, se olvidase del dueto.

—Ha llegado el momento de la diversión —dijo la actriz—. ¿Estáis preparados?

Un coro de aplausos y silbidos secundó sus palabras.

—Yo creo que podemos empezar por nuestra invitada especial, ¿no os parece?

A Andrea le entraron ganas de estrangularla cuando la miró.

—Para los que todavía no la conocéis, se llama Andrea y cantará con Marcos.

Se oyeron más aplausos y más vítores, y el director del hotel se encaminó decidido hacia el micrófono. Andrea, incapaz de salir corriendo de allí, aunque fuera de lo que más ganas tenía en ese momento, dejó el bolsito con el móvil sobre la mesa y se unió a él.

—La canción que van a cantar es... —dijo Lucía, mirando la chuleta que tenía delante— *Una promesa en la mirada*. ¡Vaya! ¡Vanesa Muñoz! Empezamos fuerte. ¡Un aplauso!

Le dio el micro a Andrea y esta lo cogió, apretándolo con fuerza. Miró a Marcos, que la observaba sonriente, y pensó que en ese momento necesitaba un superhéroe que la rescatase. Le valía incluso el Spiderman de plástico de Álex. ¿Cómo iba a ponerse a cantar delante de toda aquella gente? Si al menos la hubieran sentado con un adulto, habría tenido la excusa para beber durante la cena y el alcohol haría de combustible para su valor. El hecho de que pasase el tiempo hablando con un niño de ocho años la obligó a ser moderada y solo había dado un sorbito al vino.

Las primeras notas de guitarra sonaron y supo que no había vuelta atrás. Fue a ella a quien le tocó empezar.

—«Fueron tantos momentos de soledad en el pasado, que mi corazón averiado creyó que jamás volvería a amar».

Hasta ella misma se sorprendió de lo afinadas que salieron las notas de su garganta.

—«Pero una sonrisa escapó de tus labios, una promesa nació en tu mirada, una promesa que me trajo el viento...».

No se pudo decir lo mismo de Marcos, que sonó bastante desastroso, aunque puso todo su empeño en emular a Manuel Orozco:

—«Y supe que quería tenerte, y supe que deseaba amarte, despertarnos juntos cada amanecer...».

Andrea cerró los ojos. Sabía que lo más difícil de esa canción llegaba en ese momento, sabía que era una de sus favoritas, que la había cantado mil veces a voz en cuello en su habitación, y trató de imaginarse que estaba sola ahí, que no tenía sesenta pares de ojos sobre ella, sobre todo unos azules que la perturbaban desde que los había mirado por primera vez. Cerró los suyos y encaró las notas, que salieron vibrantes de su garganta:

—«Mírame y dime si tú también lo sientes, si prende dentro de ti esta luz, si tu corazón vibra conmigo, como nunca antes vibró con nadie...».

A partir de ese momento, no supo qué pasó. Se concentró en cantar, procurando mirarse dentro y olvidarse del escrutinio de aquellas personas a las que ni siquiera era capaz de poner nombre sin equivocarse. Cantó mientras pensaba en que su corazón estaba como el de la canción, necesitado de alguien que lo ocupase y pasara con ella las tardes de invierno, que no se fuera y pudiera hacerle mil promesas. Y supo que le había puesto destinatario a sus sentimientos, que sabía a quién quería ver despertar a su lado, quién quería que mitigase la soledad que a veces sentía. Que su vida, la que tenía por delante, no estaría completa sin él, por absurdo que fuera si solo hacía un par de días que lo conocía.

Cantó con los ojos cerrados y solo los abrió para enfrentarlos con los de Fernando antes de cantar la última frase:

—«Porque, si es así, te abrazo y no te suelto. Porque, si es así, espero que me beses tú».

El comedor estalló en un aplauso atronador y Andrea salió del trance en el que había entrado mientras cantaba. De pronto se encontró entre un barullo de felicitaciones, la primera la de Marcos, que le dio un abrazo espontáneo.

—¡Pero si cantas de maravilla! No he podido elegir mejor pareja.

Lucía siguió conduciendo aquella gala de vecinos improvisada y dio paso a otra pareja. Andrea se entretuvo con más felicitaciones mientras volvía a su sitio, y para cuando llegó a sentarse, Fernando, que se levantó, se acercó a su oído y, con mucha suavidad, dejó caer una frase que le hizo cosquillas por dentro:

—«Espero que me beses tú».

Cerró los ojos, las palabras pronunciadas apenas en un susurro la dejaron conmocionada. Una

intensa reacción de adrenalina la recorrió por completo, pero para cuando fue capaz de abrir los ojos y mirarle, no estaba a su lado. No le dio opción a hacerle preguntas, porque Carmen lo arrastró. La siguiente actuación estaba en marcha y tras esa iban ellos dos, que se habían apuntado juntos.

Andrea apenas escuchó a los vecinos que estaban desgañitándose con una festiva canción del dueto del momento (bastante desafinada), porque solo podía mirarlo a él mientras intentaba que los latidos de su corazón se serenasen un tanto.

Carmen le colocaba la corbata y le atusaba el pelo y el traje, mientras no paraba de hablarle, acaparando su atención. En un momento dado, él se giró y a Andrea le pareció que le había guiñado un ojo, pero no le dio tiempo a confirmarlo, porque la chica que acompañaba a Fernando volvió a requerir su atención.

—¡Gracias, gracias, gracias, Andrea!

La voz de Marcos, a su espalda, logró sobresaltarla, se había olvidado de él. El director, que en esos momentos estaba feliz, la tomó por la cintura y le dio otro abrazo, esta vez un tanto más largo y apretado que el anterior.

—Siempre quedo como el culo en estas cosas porque no sé cantar —le dijo al oído—, pero tú lo has hecho tan bien que creo que esto se va a recordar durante años.

Andrea se separó un poco, tomándolo por las manos para apartarlo con delicadeza de su cuerpo. De pronto recordó que estaba en un pequeño pueblo, que el día anterior Fernando la había besado delante de todo el mundo en el bar y ahora Marcos, regalándole esas muestras de cariño tan efusivas, iba a hacer que los rumores entre los vecinos sobre su persona se disparasen. No le apetecía que sacasen conclusiones equivocadas sobre ellos dos. Habían cantado juntos porque no supo decirle que no, pero hasta ahí llegaba toda la intimidad que se imaginaba con él.

Se dio cuenta de algo que no quería creer del todo: si hubiera sido Fernando no habría hecho nada para distanciarlo y le habría dado lo mismo lo que pensara cualquiera. No estaba apartando a Marcos por los vecinos, al fin y al cabo, no los conocía de nada, lo estaba haciendo porque no quería que Fer pensara que entre el director del hotel y ella podría existir cierta proximidad.

—Me alegro de haber contribuido a mejorar tu imagen —le dijo a Marcos.

—No sabes tú el tiempo que duran aquí las anécdotas y el partido que les sacamos. Con esta voy a tener para mucho tiempo: «El año que canté en el karaoke de Navidad con la visitante más guapa del hotel».

Andrea se echó a reír por lo serio que se lo dijo. Marcos le explicó que todas las navidades hacían ese karaoke después de la cena. En Grimiél no había misa del gallo, ya casi no se acordaban desde cuándo, el cura que estaba asignado a su parroquia tenía otras tantas y esa misa solo se hacía para Lorsa, que era más grande. Los vecinos, que casi todas las Navidades las pasaban entre nieves, habían ido los primeros años, pero después de que los de la farmacia tuvieran un accidente a la vuelta, a nadie le apeteció hacerlo más. Por eso, cuando abrió el hotel, se inventó lo del karaoke de Nochebuena, porque seguían echando de menos salir de sus casas esa noche y reunirse con los vecinos.

En vez de cantar salmos y rezar, bebían ponche navideño y cantaban viejas canciones, pero el espíritu de reunión estaba ahí y a ellos les daba igual. Si el Señor era misericordioso y bueno como les decían, no debía estar descontento.

Mientras ellos hablaban, Lucía había presentado a la pareja que actuaba en ese momento y las notas de la canción empezaron a sonar. Un niño llegó como un torbellino y apartó a Marcos para hablar con Andrea. Su poco más de un metro le obligaba a mirar hacia arriba.

—¡Andrea, mira, va a cantar mi papá! —dijo Álex.

—Ya lo sé, cielo —contestó ella, revolviéndole el pelo.

—Canta bien, ya lo verás, se sabe todas las canciones del coche.

Carmen había empezado a cantar la canción que habían elegido ellos, *Arde la lluvia*, de Menet. Con Álex hablándole, Andrea no podía saber si la chica cantaba bien o mal y se estaba perdiendo si había complicidad entre ella y Fernando porque el niño seguía con su incesante parloteo.

—Yo también me sé todas las canciones del coche, aunque mi padre dice que a veces digo palabras que no son, pero yo creo que es él el que no las entiende.

—¿Qué palabras? —preguntó Andrea.

—Pues algunas. Hay una canción en su coche que dice «prefiero tubos» y él se empeña en que dice «prefiero tu voz», pero no dice voz, te lo prometo.

Andrea se echó a reír, seguro que el niño no entendía la forma de pronunciar y llevaba razón, se entendía «tubos».

La canción que sonaba en el concurso de karaoke avanzaba. Al principio cantó solo Carmen y Andrea siguió pendiente del parloteo de Álex, pero llegó un momento en el que no pudo hacerlo. Fue cuando escuchó la voz de Fernando, a dúo con la de Carmen:

—«Escapa conmigo, rompe tus límites, solo tú necesitas entender la razón. Deja hablar al corazón, deja volar tu alma hasta la mía...».

Se quedó mirando al improvisado escenario y supo, sin duda, que él le estaba dedicando las palabras a ella, porque sus miradas se entrelazaron. Ese azul hipnótico de sus ojos la tenía atrapada desde el instante en el que lo vio, pero además había otra conexión, una que iba mucho más allá de unos ojos bonitos. Era todo su cuerpo el que se revolucionaba, era el mundo que parecía esfumarse cuando sentía ese contacto invisible. Y ahora, además, constataba que Álex llevaba razón, Fernando cantaba muy bien.

El resto de la canción, hasta que llegó al final y los vecinos se lanzaron a un estruendoso aplauso, la pasó aguantando la respiración, empapándose del sonido de aquella voz que, desde que la escuchó por primera vez, se le había colado dentro y se había adueñado de sus sentimientos. Tenía una voz peculiar, un tanto grave y muy seductora, que convertía las notas que entonaba casi en caricias que le ponían la piel de gallina. Sin darse cuenta había agarrado a Álex por los hombros, este se había apoyado en ella y ambos miraban embelesados a Fernando.

Este, mientras cantó, no pudo dejar de sonreír. Hacía mucho tiempo que estaba buscando a Andrea sin saberlo y también de forma inesperada la había encontrado. Creía que la lotería que le había tocado no era el dinero que le había caído del cielo, sino la oportunidad de conocer a alguien muy especial. Alguien que por fin había conseguido que sus viejas heridas le parecieran solo tenues cicatrices con las que siempre tendría que convivir. Estaban ahí, pero ya no dolían, ya no sangraban. Ya había encontrado a la persona que necesitaba para pasar página para siempre.

Al final de la canción, Álex elevó la vista y miró sonriente a Andrea, como pidiéndole permiso. Ella asintió, le dio un beso en el pelo y el niño salió corriendo hacia su padre. Se quedó cruzada de brazos, mirando cómo se abrazaban.

La fiesta continuó un rato y, poco después de medianoche, Marcos entró en el comedor muy excitado.

—¡Niños! ¡Tengo que contaros algo! —dijo, dirigiéndose a los invitados más pequeños de la cena—. ¡Venid conmigo!

Al final, todo el mundo siguió a Marcos escaleras arriba, hasta la primera planta del edificio. Allí había una sala común, que Andrea no había visto, con una gran chimenea encendida frente a unos fabulosos sofás. Sobre la mesita que estaba delante de ellos, un montón de paquetes, rematados por lazos y envueltos en papeles de brillantes colores, esperaban con unos cartelitos puestos. En una esquina de la sala, frente al ventanal que daba a la montaña de Grimiél, un enorme abeto, decorado magníficamente, parpadeaba al ritmo de sus luces de colores.

Los niños miraron los paquetes extasiados y expectantes.

—He pillado a Papá Noel cuando se iba —dijo Marcos, y alguno de los niños más mayores amagó una risita y se llevó una regañina silenciosa de sus padres—. Ha dejado unos paquetes para vosotros aquí.

—¿Y no ha dejado para los mayores? —preguntó Álex.

—Es que no nos hemos portado bien —dijo Luisa.

—Vamos, a qué estáis esperando, coged vuestros regalos.

Los niños, animados por las palabras del director del hotel, se tiraron sobre los paquetes. En cada uno de ellos había un nombre escrito, para que no se confundieran con los de otros, y se los fueron distribuyendo.

—¿Papá Noel tiene muchas letras? —preguntó una niña de su misma edad a Álex.

—¿Por qué dices eso? —le preguntó este a su vez.

—Porque tu nombre no está escrito como el mío.

—Eso es porque tiene muchos ayudantes que ponen los nombres en los paquetes para que él pueda ocuparse de buscar vuestros regalos —intervino Fernando.

Sabía que el secreto de Papá Noel no duraría mucho más para Álex y no quería que ese año se hiciera preguntas, todavía le quedaba la ilusión de esperar a los Reyes Magos. Esa magia de la infancia jamás en la vida se volvía a repetir y no quería que la perdiera en medio de una Navidad.

Rocío cogió los regalos de los gemelos, Lucía se entretuvo en enseñarle a un niño cómo se ponían las pilas de un juguete y al cabo de un rato aquello era un barullo de conversaciones, gente grabando, los adolescentes publicando fotos en Instagram y todos contagiados de la alegría que traían esas fiestas.

Andrea empezó a sentirse un poco incómoda y de más en aquel lugar. Aprovechando que nadie parecía estar pendiente de ella, se encaminó a las escaleras y puso rumbo a la segunda planta, donde estaba su habitación.

No había empezado a abrir la puerta cuando sintió que había alguien a su espalda.

Se dio la vuelta y comprobó que no se había equivocado.

Capítulo 15

Fernando observó a Andrea marcharse de la sala común. Fingía estar pendiente de Álex y del juguete que había recibido esa noche, el que había colocado él por la tarde allí, como habían hecho el resto de padres. Pero no era así. Toda su atención la tenía puesta en la chica del vestido azul. Había tratado de hablar con ella esa noche, pero no había sido capaz. Sabía que Lucía los había sentado juntos en la mesa, era probable que con la intención de que se conocieran un poco más, pero Álex había cambiado los cartelitos. Al principio no le dijo nada, porque pensó que tal vez el niño se sentía un poco molesto por el hecho de que él se interesara por una mujer, pero al final se dio cuenta de que la razón era otra bien distinta: a Álex le había caído fenomenal Andrea y se había asegurado de tenerla cerca para poder hablar con ella. Su propio hijo de ocho años estaba resultando el principal obstáculo para acercarse a la mujer que más le había atraído en los últimos tiempos, y el boicot no era porque no le gustase, sino por todo lo contrario.

—Ve con ella —le dijo Alfonso, su padre, que no había dejado de observar a Fernando en toda la noche, cuando se dio cuenta de que él seguía mirando la escalera por la que había desaparecido Andrea—. Nosotros nos llevamos a Álex a casa.

Fernando le dio las gracias a su padre con una sonrisa y subió las escaleras de dos en dos. Cuando llegó a la altura de la habitación, Andrea iba a abrir la puerta. No hizo falta que dijera nada, ella se dio la vuelta en cuanto notó su presencia y se quedaron mirando el uno al otro.

—Andrea, estás muy rara desde que te fuiste del taller, y creo que sé por qué.

Ella lo miró muy seria. Esperó con el bolsito agarrado con fuerza para que le confirmase lo que había estado sospechando toda la noche, que Carmen y él eran algo más que amigos, y que el beso y el coqueteo que habían compartido ellos dos desde que llegó a Grimiel no había significado nada.

—Dime —consiguió decirle, casi en un susurro.

—Creo que deberías saber algo.

La respiración de Andrea se incrementó, intentando acompañarse a los latidos de un corazón que se anticipaba a lo que él quería contarle. No sabía si quería escucharlo.

—Estoy esperando —dijo, bajando un poco más la voz, o tal vez siendo incapaz de hablarle sin susurrar.

—Quiero decírtelo y sin que tengas que pagar con un tequila por ello.

Se aproximó a ella con una sonrisa y se quedó mirando con avidez sus labios, después volvió a sus ojos y regresó a los labios. Andrea, sin poder controlarlo, temblaba. No hacía falta que se lo dijera, lo había adivinado, Carmen era la madre de Álex. Quizá no estaban juntos desde hacía tiempo, pero se notaba a la legua que la química entre ellos era muy fuerte y que el vínculo entre los dos continuaba. Solo había que detenerse en las sonrisas que se dedicaban; se había fijado también en que Carmen le había hecho sus propios regalos al pequeño.

Quizá se hubieran separado en el pasado, pero parecía muy claro que en esos momentos entre ellos no existía mucha distancia.

—Andrea.

—¿Qué?

Fernando le tomó las manos y le acarició la piel con los pulgares, logrando que se estremeciera. Le era imposible escapar de las sensaciones que él le provocaba. Bajó los ojos hacia sus manos entrelazadas y suspiró. Él, entonces, soltó una de ellas y la llevó a su barbilla, que elevó en un suave gesto para que le mirase a los ojos.

—Quiero que sepas que soy viudo.

Andrea tardó unos segundos en procesar lo que le acababa de decir.

—¿Viudo? —preguntó.

—Sí, viudo. La madre de Álex, mi mujer, murió hace años.

—Pero...

Él sospechaba lo que Andrea llevaba pensando todo el día. Se lo habían dicho la tensión que de pronto había aparecido entre los dos y la distancia que ella había puesto. Y las elocuentes miradas de ella cuando Carmen se le acercaba.

—Carmen es mi prima —le confirmó.

Andrea se sintió un poco avergonzada cuando se dio cuenta de que había soltado un sonoro suspiro de alivio al dejar escapar su aliento contenido.

—¿Me equivoco al creer que habías pensado que somos algo más? —le preguntó él.

—Yo... Es que... Pero...

Andrea no atinaba a hacer una frase hilada, así que él se lo puso fácil y decidió descubrirle su pasado.

—Cuando murió mi mujer, Álex tenía meses. A veces la vida te da un bofetón cuando menos te lo esperas y, créeme, a mí me pegó de lleno. En el estómago. Y me dejó sin aire. Estuve un tiempo en el que no podía respirar, no entendía por qué tenía que habernos pasado eso a Álex y a mí. Fue muy, muy complicado. Toda la familia se volcó con nosotros, y mi prima Carmen en especial. Ella se ocupó de ayudar a mi madre con el bebé mientras yo... Mientras yo recuperaba las ganas de vivir. El niño la adora, por supuesto, ha sido siempre muy especial para él, pero no es su madre.

Se acercó a ella un poco más.

—Y tampoco es nada más para mí que una prima.

Andrea cerró los ojos y se mordió los labios en un gesto que pretendió ser una disculpa por haber elucubrado sin preguntarle, pero que resultó tan sensual que Fernando no pudo evitar acercarse un poco más. Esta vez, apoyó la mano en la pared, muy cerca de su cabeza.

—¿Crees que, si pides un deseo en Navidad, este se cumple? —le preguntó al oído.

—Ya no soy una niña que crea en Papá Noel —logró contestar ella, aunque le costó porque su aroma al tenerlo tan cerca se había sumado a todo lo que hacía de él un imán para sus sentidos.

—Pues yo sí creo en los deseos navideños —le dijo él, rozando con los labios su cuello y depositando un leve beso que erizó la piel de ambos.

—¿Son de esos que se tienen que mantener en secreto porque, si no, no se cumplen?

—Qué va —dijo Fernando, mientras regaba más besos por su cuello.

—¿Entonces? —preguntó ella, que en aquel momento había dejado el bolso y la llave de la habitación apoyados en la mesita donde había estado el jarrón que rompieron.

Sus manos, sin pedirle permiso, empezaron una exploración del cuerpo de Fernando que

arrancó en los brazos. Las posó en ellos e incluso por encima de la tela del traje pudo sentir la conexión que empezaba a sobrepasarla.

—Son más bien de esos deseos que te enseñan que tienes que ir a buscar las cosas que quieres y no quedarte esperándolas, porque solas no suelen venir —continuó diciendo él—. La suerte no existe en la vida.

Para cuando le susurró eso, sus bocas se encontraban tan cerca que solo conteniéndose pudieron evitar un beso.

—Es un poco curioso que me digas que no existe la suerte cuando te acaba de tocar la lotería —dijo Andrea, temblorosa.

—Eso no es suerte, eso es una estadística y ni siquiera es algo que nadie pueda asegurar que vaya a traer la felicidad.

Remató la frase con un beso suave en la punta de la nariz. Andrea trepó con las manos hasta sus hombros y los dedos empezaron su expedición por la nuca, hundiéndose en los mechones de pelo de Fernando. Él levantó la cabeza mientras cerraba los ojos, dejando que sus otros sentidos se empapasen de aquel momento.

—¿Y qué es la suerte? —le preguntó Andrea.

Él la miró un instante antes de contestar:

—Es encontrarte a una chica preciosa una mañana de invierno, invitarla a un chocolate y descubrir que te ha tocado la lotería.

Dejó un beso en la frente y ella se rio.

—Entonces estás diciendo que el que te toque la lotería es tener suerte, ¿en qué quedamos? ¿No decías que no? —preguntó ella, a la vez que sus manos dejaban el territorio de la nuca para descender por el pecho, descubriendo un cuerpo musculado bajo la suave camisa blanca.

—Es solo una excusa para besarla delante de todo el mundo cuando la acabas de conocer y que no salga corriendo asustada —dijo él.

Andrea volvió a sonreír y acercó su cara a la de Fernando para devolverle el beso que él le había adelantado cuando se conocieron. Pretendió ser uno suave, un leve roce, una corta caricia que compensase el saldo entre los dos, pero no calibró el coraje extra que le había proporcionado la exploración.

Él la agarró por la cintura y le retornó el beso, volviendo a desestabilizar el balance del debe y el haber de sentimientos, pero el suyo no tuvo nada de suave. Fue provocador. Vibrante. Voraz. Empujó a sus lenguas a iniciar una danza exploratoria por sus bocas, tan anhelante que Andrea sintió que apenas podía respirar, ahogada en el deseo que hacía que su corazón latiera desbocado.

Cuando Fer abandonó su boca, volvió a recorrerle el cuello con besos más ligeros. Después sintió su aliento muy cerca de su oído, y un estremecimiento la invadió, seguido muy de cerca por un intenso goce. Se sintió abrumada por la agitada respuesta de su cuerpo, que ansiaba que aquello siguiera, que él continuara enseñándole que en Grimiel, a pesar de la nevada que los mantenía aislados, podía hacer mucho calor.

Que los deseos navideños se cumplieran, sobre todo si ibas tras ellos y no los dejabas escapar.

Que, con suerte, en Navidad, uno podía encontrar esa estrella brillante de la que hablaban las leyendas hasta en un lugar perdido como Grimiel.

Las manos de Fernando se hundieron en su pelo a la altura de la nuca, y si alguna vez Andrea había tenido autocontrol de sus emociones, supo que no era en ese momento. Se estaba perdiendo sin remedio en la tormenta que se había despertado en ambos.

Siguieron un tiempo indefinido más en aquel vaivén que sobreexcitaba sus sentidos, y sus

manos, las de ambos, buscaron otros puertos en los que atracar. El pecho. La espalda. La cintura. Fernando la apretó contra su cuerpo y ella volvió a gemir al descubrir que estaba muy despierto, aunque hacía rato que las campanas de la iglesia habían señalado la medianoche.

Entre la neblina del deseo, Andrea recordó que estaban en medio de un pasillo de un hotel lleno de gente celebrando la Nochebuena. Niños incluidos. Jadeante, le empujó con suavidad, instalando una leve distancia entre los dos.

—Si no quieres seguir... —dijo él, un poco confundido.

—Lo que quiero es abrir la puerta y la llave está dentro del bolso.

Él, a su pesar, se separó de Andrea. Ella se entretuvo a propósito, retrasando el momento solo para regodearse en la anticipación de lo que pasaría dentro. La noche más especial del año estaba poniendo su broche dorado y ella se prometió ser consciente de cada minuto. Cuando la cerradura se desbloqueó, empujó la puerta con una mano, y con la otra tiró de él, invitándolo sin protocolo alguno a seguirla. Él sonrió:

—A sus órdenes —le dijo al oído.

Fernando cerró la puerta tras de sí y no tardó ni un segundo en apresar a Andrea contra la pared. Los besos no fueron tan pacientes como ella con la cerradura. Anhelantes por conquistar territorios que no fueran solo el cuello o la boca, se empezaron a deslizar por el escote, mientras sus manos iban provocando pequeños incendios en las partes del cuerpo de Andrea en las que se posaban.

—Despacio, no hay ninguna prisa —susurró ella.

Cuando la miró, el deseo burbujeaba en sus ojos y lo confirmaban su respiración acelerada y las pupilas dilatadas. Andrea animó a Fernando a deshacerse de la americana y aflojó el nudo de su corbata, mientras seguía saciándose de esos labios que la atraían como un imán.

El instinto tardó poco en indicarle que a ella también le sobraba ropa. Se separó un tanto de él y se giró, retirándose el pelo sobre un hombro, mientras le invitaba con una mirada ladeada a que le bajase la cremallera. Él no dudó en obedecer esa orden silenciosa. Lentamente. Como si también hubiera entendido que esos minutos eran tan especiales como para bebérselos con calma. La cremallera terminó su recorrido y, con un suave siseo, el vestido azul resbaló por el cuerpo de Andrea y se le arremolinó alrededor de los pies. En ese momento se volvió, a tiempo de observar el escrutinio al que la estaba sometiendo. Se alegró de haberse decidido a meter en la maleta aquel conjunto de lencería tan sexi solo por recibir una mirada como aquella, cargada de avidez y de anticipación.

—No me gustas, me encantas —dijo él, mientras la agarraba por la cintura y la pegaba a su cuerpo.

Andrea le desabrochó la camisa y salió del nido que el vestido había formado a sus pies.

Empujó a Fernando hasta la cama.

Él cayó sentado y, cuando Andrea se acercó, abrió las piernas haciéndole espacio. Ella no dudó y él se asió a sus nalgas mientras le dejaba un beso en su plano abdomen. Andrea sintió que el anhelo se volvía urgencia en el momento en el que él jugueteó con la lengua en su ombligo y dio un respingo involuntario al sentir un latigazo de placer que no esperaba tan pronto.

—¿Puedo seguir? —preguntó él, un poco desconcertado por su reacción.

—Como pares, te mato —le susurró.

No estaban las cosas para arriesgar la vida y Fernando prefirió arriesgarse con otra exploración, que incluyó un recorrido de sus dedos sobre la tela de la braguita que se perdía entre sus piernas. Andrea, enardecida, suspiró de nuevo. Sabía que le había dicho que no parase, pero

tenía que hacer algo para no lanzarse en ese mismo instante sobre él y que aquello terminase enseguida. Si seguía así le iba a costar muchísimo no correrse en dos segundos. Le puso una mano en el hombro y con la otra levantó su barbilla para que la mirase.

—Te he respondido a una pregunta, te toca pagar con una prenda. Esta noche no hay tequila, así que...

Se alejó un paso de él, a pesar de su cuerpo, que protestó con cada terminación nerviosa a la que había boicoteado la fiesta.

—Así que quieres jugar...

Fer se puso en pie frente a ella y se terminó de deshacer de la camisa. Cuando Andrea hizo el gesto de acercársele, levantó el índice de la mano derecha y, con una provocativa sonrisa, negó con él.

—Ah, no. Te toca preguntar y, para que te conteste, pagarás con una prenda. Hasta que no estemos desnudos del todo no volveremos a tocarnos. Has empezado tú...

Ella puso los ojos en blanco un instante y paseó la lengua por los labios, provocándole mientras pensaba qué era lo que le iba a preguntar. Si no se le ocurría nada en décimas de segundo, decidió que se quitaría la ropa sin preguntas ni nada. Pero se le ocurrió algo y dibujó en su boca una pícaro sonrisa.

—Así que hay normas... ¿Habías planeado que la noche terminase así?

Sin dejar de mirarle a los ojos, se quitó el sujetador pagando la respuesta por anticipado. Lo sostuvo unos instantes delante de su rostro y después lo soltó. El aroma de ella entró en el cuerpo de Fernando casi a la vez que el cosquilleo del roce de la tela al caer.

—Nunca hago planes, dejo que la vida me sorprenda. ¿Y tú?

Como justo pago, se quitó el pantalón.

—Más o menos, lo que pasa es que no siempre salen como yo tenía pensado.

—¿Qué habías pensado para hoy?

Andrea se echó a reír y no solo era porque había elucubrado con lo que haría si lo tuviera delante tal como estaba ahora, a una prenda de mostrarle su espléndida desnudez, sino porque se había olvidado del juego y le había vuelto a hacer otra pregunta.

—Prenda —le dijo, mirando su bóxer.

Fernando negó y se quitó un calcetín.

—Tramposo, esos no cuentan.

—¿De verdad no cuentan?

—Has hecho otra pregunta...

Se deshizo del otro calcetín.

—Solo estaba igualando un poco la situación. Te toca preguntar.

—¿Has fantaseado con lo que podría pasar esta noche entre nosotros?

Andrea se deshizo de la última prenda que conservaba puesta. El descarado escrutinio de Fernando, la avidez con la que la miraba, no hizo sino acrecentar el deseo de dejar de lado el tonto juego que se le había ocurrido y que volvieran a tocarse. Ella estaba lista.

—¿Crees que no?

No le dio una respuesta sino una pregunta que cambió por la última prenda, que no tardó nada en volar de su cuerpo y encontrar un sitio en el suelo de la habitación. La agarró de la mano y tiró de ella hasta que sus pieles se encontraron. Entonces no hubo paciencia para juegos ni preguntas que necesitaran respuestas.

Entonces empezó la noche de verdad.

Esa noche no tuvieron mucho tiempo para contestarse preguntas. Ni para dormir.

Por la mañana, Andrea despertó la primera. Abrió los ojos y supuso, por la luminosidad que entraba por la ventana, que hacía mucho que había amanecido. Giró la cabeza en la cama y no pudo evitar una sonrisa al mirar a Fernando, que dormía. Se lo decía su respiración suave y se lo confirmaba su gesto sereno.

Estaba guapísimo.

Habían pasado unas horas celebrando haberse encontrado, conociéndose de otro modo, sin preguntas que tenían un precio, sin necesidad de respuestas porque había solo una importante, la de sus cuerpos, que parecían hechos para encajar.

No era posible tener mejor regalo de Navidad, pensó Andrea, que hacía más de un año que había olvidado qué era sentirse deseada por alguien. Su última relación no había tenido nada de emocionante, más bien fue un fuego que empezó con timidez y que costó muchísimo mantener vivo, hasta que ambos descubrieron que no llevaba a ninguna parte y lo dejaron. Sin embargo, con Fernando, desde el primer instante, todo había sido diferente. Era como si algo extraordinario los aproximase sin remedio y, cuando por fin se habían dejado llevar, no eran llamitas tristes a las que había que cuidar, sino una hoguera que necesitaba atención, pero para lo contrario, para que no se desbordase.

Observó el desorden de habitación y sonrió. Se sentía así por dentro, desordenada, pero le daba igual porque en ese desastre había más paz de la que había sentido en mucho tiempo.

—Hola —le dijo él, cuando abrió los ojos y la encontró mirándolo.

—Hola.

Un beso.

Dos.

Una caricia suave.

Un leve gemido.

Un susurro al oído y ambos despertaron de nuevo.

Andrea parecía no saciarse de él y a Fernando le pasaba lo mismo. Se necesitaban y se entregaron otra vez, dispuestos a demostrarse que a veces no hace falta tiempo para saber que has encontrado lo que buscas.

Eran más de las doce cuando decidieron bajar a desayunar. En el bar había mucha gente que ayudaba a Marcos y Luisa a recoger los restos de la cena y a dejarlo listo para cuando volviera a abrir el veintiséis. A nadie le pasó por alto que Fernando seguía vistiendo su traje de la noche anterior y hubo hasta quien hizo amago de jalearlo, pero una mirada de Luisa cortó el intento.

—¿Nos pones dos cafés, Luisa? —preguntó Fernando.

—Ya sabes dónde está la cafetera, tengo mucho que hacer hoy en casa y no he empezado con la comida —le contestó la camarera, lo que provocó una sonrisa de Andrea.

Ambos se encaminaron a la barra, Fer se pasó al otro lado y preparó los cafés.

—Te veo muy suelto en el manejo de la cafetera —le dijo Andrea.

—Es normal, en verano suelo venir a echar una mano por las noches, al cerrar el taller. Son un par de semanas fuertes, nada más, y no me cuesta nada ayudar a Marcos.

—A cambio —dijo el director del hotel, que se había acercado a la barra a dejar unas copas—,

yo le tengo que ayudar a pintar el taller en otoño.

—¿Aquí las cosas funcionan así? —preguntó Andrea, mirando a Fernando.

—¿Así, cómo?

—Pues usando el trueque.

—Si te refieres a si nos hacemos favores los unos a los otros, la respuesta es sí. Pero no se lo digas a nadie.

Sonrió, le guiñó un ojo y ella no pudo evitar un suspiro recordando las últimas horas. No se acordaba de cuánto hacía que no le gustaba tanto un regalo de Navidad. Porque, sin duda, la noche que habían pasado juntos había sido el regalo más inesperado, uno que no estaba en su lista y que no esperaba recibir ese año. La complicidad de sus cuerpos, la sincronía de sus emociones era algo que la tenía descolocada. Entre los dos parecían un mecanismo que había sido fabricado para funcionar a la vez.

—Hablando de favores —dijo un hombre entrando en la conversación, al que Andrea recordaba de la noche anterior, Juan—. Pásate por mi casa, ayer se te olvidó. Tengo el motor de arranque que me pediste.

Andrea miró a Juan y después a Fernando, que trataba sin éxito de sugerirle con la mirada a aquel tipo que se callase.

—Sí, hombre, ese del coche de la chica que se quedó tirada el otro día...

Para cuando Juan comprendió que había metido la pata, que el coche del que estaban hablando era el de la mujer con la que había pasado la noche Fernando, la misma que los estaba mirando con la boca abierta, quería que se lo tragase la tierra. Optó por escabullirse hacia el comedor, alegando que se había ofrecido a barrer.

—¿Estaba hablando de la pieza de mi coche? —preguntó Andrea, volviéndose a Fernando.

Fernando pudo mentirle y decirle que no, que se trataba de otra, pero estaba segura de que ella, después de lo que había escuchado, no le iba a creer.

—Sí.

—Pero, no lo entiendo, me dijiste que no podías conseguirla hasta el veintiséis y eso con un poco de suerte... ¡Y resulta que está aquí desde ayer!

—Bueno, no pasa nada, ¿no?

—¿Cómo que no pasa nada? ¿Por qué no me lo dijiste?

—Escucha, no es para tanto, solo serán unas horas de diferencia. Hoy le pondré la pieza a tu coche, aunque sea Navidad.

A Andrea solo le faltaba echar humo por las orejas.

—¿Me estás diciendo que no he pasado estas fiestas con mi madre y mi tía, que he anulado todos los planes que tenía con mis amigas porque tú lo has decidido? ¿Sin preguntarme si yo estaba de acuerdo?

Andrea estaba tan decepcionada que se bajó del taburete y elevó la voz tanto que todos los que estaban recogiendo interrumpieron su labor y se la quedaron mirando.

—¿No decías que era imposible encontrarla y que nadie podría llegar a Grimiell con la nevada?

—La encontré llamando a los dueños de los talleres de Lorsa, aunque estuvieran cerrados somos amigos, y Juan la trajo. Fue hasta allí con el tractor para limpiar la carretera.

—Me da igual, me mentiste, podía haberme ido si tú hubieras querido.

—Sabía que lo intentarías y la carretera está peligrosa, no quería que cogieras el coche. Anoche seguía nevando...

—¿Y quién eres tú para decidir lo que puedo o debo hacer yo? ¡Por dios, me acabas de

conocer!

—Oye...

—No me has dejado elegir si quería quedarme.

La última frase la dijo con una infinita tristeza. Buscó a Marcos y le pidió que le preparase la cuenta. Después, se dio la vuelta, rebuscó en su bolso y le dio las llaves del coche a Fernando.

—¿Cuánto vas a tardar en cambiarla?

—Andrea, por favor.

—Me lo debes, ¿cuánto vas a tardar?

—Dos horas —se rindió él.

—Está bien. En dos horas te espero aquí. Por favor, adelántame cuánto me va a costar.

—No hay cajero automático en el pueblo.

—Pues dile a Marcos que lo ponga en la factura del hotel y después vosotros arregláis cuentas.

Subió a la habitación. Cuando iba por la escalera, escuchó a Juan decir un «Lo siento, alcalde», y se preguntó si ese sería su apellido o el apodo por el que le conocían en el pueblo. Negó con la cabeza, no podía saberlo, en realidad solo tenía de él media docena de datos dispersos que se habían contado en una batalla de chupitos y las sensaciones que le provocaba en otra batalla, la que habían librado entre las sábanas.

Y ninguna de las dos era algo en lo que se pudiera confiar para construir nada sólido.

Eso lo sabía, no entendía por qué se le había olvidado aquella Navidad.

No entendía por qué se había empeñado en confundirlo con un regalo.

Capítulo 16

Los patrones meteorológicos habían estimado que la tormenta sería más larga de lo que en realidad fue. Y las previsiones de nevada, que llegaban hasta el veintiséis, se habían transformado en una fina lluvia el día de Navidad. Se empezaba a desdibujar la preciosa estampa de cuento que presentaba Grimiel envuelta en el manto blanco de la nieve: un gris sucio y desvaído iba trastocando las sensaciones que transmitía el paisaje.

Al cabo de una hora, Andrea bajó a la recepción con su maleta y allí fue Marcos quien le entregó la factura y las llaves de su coche. Fernando se las había dado y no se había quedado a esperar a que ella bajase.

Sintió una pequeña decepción.

Sabía que había sido ella la que se había enfadado, pero en el fondo de su corazón esperaba verlo una última vez. Grimiel no estaba en el plan de su vida, en realidad solo lo había estado por casualidad, y era hartamente improbable que volvieran a encontrarse alguna vez. Respiró, porque sabía que era mejor así, que cuanto menos lo viera, más fácil le resultaría olvidarse de que se había entusiasmado con algo que era tan irreal como la Navidad.

Un espejismo en medio del invierno.

—Gracias por todo, Marcos. Me he sentido muy bien tratada en tu hotel. ¿Siempre sois así con todos los clientes?

—Siempre que son los únicos, sí. Vuelve cuando quieras, te recibiremos con los brazos abiertos. Incluso si hay más gente —añadió.

Andrea sonrió, sabía que allí dejaba a unas cuantas personas que le habían hecho mucho más fácil su estancia, pero no estaba segura de la conveniencia de regresar si se hacía la firme promesa de no coincidir con Fernando.

—Despídeme de Lucía y de Luisa, por favor —le dijo.

—¿Y por qué no te despides tú?

Se dio la vuelta y sus ojos tropezaron con los de la camarera. Sin pensarlo mucho, Andrea se volvió y le dio dos besos.

—Adiós, Luisa.

Luisa abrevió el contacto, no le gustaba mucho sentirse achuchada por nadie, pero no lo rechazó. Le había caído bien Andrea desde que la vio.

—Que conste que yo no estoy de acuerdo con que te vayas por esta tontería y que le voy a poner a Juan los cafés más que hirviendo hasta por lo menos septiembre por ser tan bocazas.

—Luisa, él no tiene la culpa...

—Ni Fernando.

Andrea la miró interrogante.

—Cuando uno se pilla con alguien no puede evitar hacer estupideces, valora perdonarlo. No es

para tanto.

Andrea, en el fondo, lo sabía. No era más que un pequeño engaño para lograr que se quedara esos días, pero no era un buen principio y tenía muy presente que las cosas que empezaban mal siempre acababan de peor manera.

—No pasa nada, no creo que se haya enamorado.

—Tú no lo creerás, pero yo sí. Y tú también. —La mujer la agarró por los hombros para obligarla a que la mirase de frente—. Te digo algo, el tiempo pasa sin que nos demos cuenta y, para cuando queremos arreglar algunas cosas que hemos ido dejando correr, resulta que ya no lo tenemos. No te vayas sin hablar con él otra vez.

Andrea notó que se le humedecían los ojos. Los sentimientos por Fernando eran recién nacidos, pero tan intensos que lo que le estaba diciendo la camarera dolía. Pero no podía dar marcha atrás, se había jurado que nunca consentiría que una mentira construyera su vida porque, cuando se descubría, todo se desmoronaba sin remedio. Tenía que acabar con ellos antes de que se hicieran más fuertes en su interior y fuera aún más complicado arrancarlos.

Le dio otro abrazo a Luisa, recogió la factura y se despidió de Marcos:

—Te llamaré para decirte cuándo estará el jarrón arreglado.

—Escucha a Luisa, sabe de lo que te está hablando —le dijo el director del hotel—. Creo que Fernando solo estaba intentando protegerte. Me ha dicho que ha dejado unas cadenas en el maletero de tu coche, que ha visto que no tienes.

Andrea sintió que la garganta se le anudaba y los ojos empezaban a picarle.

—Ponlas en la factura.

No quería escuchar más, iba a ponerse a llorar y no le apetecía en absoluto perder la dignidad. Salió del hotel y localizó su coche en la puerta. Al ajustar el asiento a su medida, se dio cuenta de que estaba a la de él. Incluso sin esforzarse podía sentir su olor, que se había quedado en el habitáculo.

Giró la llave y el motor no protestó para arrancar. Después de tomarse un instante, que pasó con las manos aferradas al volante y la cabeza apoyada en los antebrazos, se secó las lágrimas que al fin habían escapado de sus ojos y dejó el aparcamiento.

Nunca pensó que salir de aquel pequeño pueblecito desconocido para ella días antes le dolería como solo duele un corazón que se ha roto.

Condujo despacio. Aunque la lluvia había limpiado la nieve y la temperatura suave mantenía la carretera libre de placas de hielo, ella seguía siendo una conductora mediocre. Además, no podía evitar que se le humedecieran los ojos recordando los días pasados. Estaba a punto de buscar donde parar, porque la tensión al conducir y su propio estado de ánimo estaban agotándola, cuando sonó el teléfono.

El indicador del coche, al que estaba conectado el móvil, le decía que se trataba de un número desconocido, uno que no estaba en su agenda. ¿Podría ser Fernando? Le había dejado a Marcos una tarjeta con su número para que estuvieran en contacto, ya que ella tenía el jarrón de su padre. Podía habérselo dado.

Elucubró durante siete tonos.

Al final, decidió descolgar, con la incertidumbre pegada en la punta de los dedos, el corazón encaramado al deseo de que fuera él y la cabeza pintando en el vaho del cristal del coche un enorme *no*. Quería escucharlo de nuevo, pero estaba segura de que no era la mejor idea.

—¿Diga?

—Hola —dijo una voz de mujer que Andrea no reconoció—. Tú eres Andrea Hervás, ¿verdad?

—Sí —dijo ella, entre intrigada y aliviada por poder dejar de pensar un momento en Fernando.

—Soy Angustias, la del cuadro.

Andrea se quedó mirando un instante al indicador que registraba el número. No sabía dónde había podido conseguir su teléfono, hasta que recordó que ella misma le había dejado una tarjeta cuando fue a visitarla.

—Buenos días, Angustias.

—¿Buenos días? ¡Pero si son casi las cuatro de la tarde, muchacha!

No se había dado cuenta de aquel detalle, entre el café tardío y el disgusto que se había llevado, se le había pasado por completo el apetito. Ni siquiera había pensado que era Navidad y que la mayor parte de la gente estaba reunida con sus familias compartiendo ese día tan especial.

—Estoy un poco despistada hoy, perdone. ¿Qué quería?

—Ah, quería hablar contigo del cuadro.

—¿Conmigo? ¿Ahora?

—Sí, ahora.

—Pero ya estoy camino de Madrid, estoy como a una hora de Grimiél.

—Pues busca cómo dar la vuelta, porque tengo que hablar contigo.

—¿Y no me puede decir lo que sea por teléfono? —preguntó Andrea, que de lo que menos tenía ganas en el mundo era de volver a Grimiél.

—No, los negocios se hacen en persona.

—¿Qué está tratando de decirme? —preguntó.

—Que me lo he pensado mejor y quiero que te quedes tú el cuadro, pero con una condición. Así que date la vuelta antes de que se haga tarde o me arrepienta.

Colgó y Andrea decidió que lo mejor que podía hacer era hacerle caso y volver antes de que anoheciera y no fuera capaz de encontrar la manera de llegar otra vez a Grimiél.

Aunque, pensándolo mejor, al final le había costado más salir del pueblo que encontrarlo.

Cuando llegó a casa de Angustias pasaban las cinco de la tarde y las sombras de la noche empezaban a tomar por asalto el pequeño pueblo castellano. Andrea dejó el coche muy cerca de la puerta de Angustias y se bajó con cuidado para cubrir los pasos que separaban el coche de la casa. El suelo presentaba el aspecto pastoso y resbaladizo de una nevada deshaciéndose y temía acabar tirada en el suelo y empapada. Cuando por fin alcanzó el timbre, solo tuvo que llamar una vez, puesto que la mujer la estaba esperando y abrió con premura.

—Pasa, pasa, que hace mucho frío —le dijo Angustias.

—Gracias.

La mujer comenzó a andar hacia el salón y Andrea, tras limpiarse el resto de agua de los zapatos en un felpudo que la anciana había colocado al lado de la puerta, la siguió.

—Seguro que te estás preguntando por qué he cambiado de idea —le dijo por el pasillo.

—Pues, la verdad, sí.

—Ahora te cuento, entra ahí mientras traigo unas galletas que acabo de hacer.

Nada más entrar, Andrea había notado un intenso olor a vainilla en la casa. En ese momento supo por qué. Llegó al salón, donde la chimenea ardía, y se quitó el abrigo, que dejó apoyado en

una silla. Cruzada de brazos, volvió a observar el cuadro. Era una pintura maravillosa, pero daba una pena horrible ver lo poco que se había cuidado. Observó lo mortecinos que se veían los amarillos del fondo y el azul apagado del manto de la Virgen. Estaba tan oscurecido que algunos angelotes apenas se intuían ya, escondidos tras el manto de mugre. El tema de la Inmaculada Concepción era recurrente en el pintor sevillano, esa representación de la pureza y la perfección. La pintaba, como había recogido Francisco Pacheco, el maestro de Velázquez, en *El arte de la pintura*, el tratado que escribió, en la flor de la vida, de doce a trece años, como una hermosa niña con nariz y boca perfectas, las mejillas rosadas y hermosos cabellos dorados. En el cuadro que tenía enfrente era imposible ver si era rubia.

Había un detalle que podía poner en duda la autenticidad de la obra y era el tamaño, apenas de metro y medio por un metro, cuando los que pintaba el autor sevillano con ese motivo pasaban de los tres metros, pero Andrea tenía una teoría. Ese lienzo no se pintó para ser expuesto ni para una iglesia, era solo un boceto y por eso era factible que el antepasado de Angustias lo hubiera conseguido como pago a un negocio.

—Siéntate —le dijo con dulzura Angustias al llegar al salón.

Cargaba con una bandeja con galletas recién hechas y dos tazas de chocolate caliente. No parecía, ni mucho menos, la mujer gruñona que la había recibido días antes con cajas destempladas.

—Gracias.

—¿Te vas a pasar la vida dándome las gracias? Ay, esta juventud, algunos tan desagradecidos y tan interesados y otros que parece que no saben decir otra cosa.

—¿Por qué ha cambiado de idea? —preguntó Andrea, que no sabía de lo que le hablaba la mujer.

—Ah, eso... Mira, hoy, día de Navidad, he comido aquí sola. Unos huevos fritos porque no tenía otra cosa. Esta mañana me he levantado prontito, he hecho mi maleta, he pedido un taxi y me he ido de casa de mis sobrinos dejándoles una nota en la que amenazo con llamar a la Guardia Civil si se presentan en mi casa a buscarme.

Andrea estuvo a punto de echarse a reír por la ocurrencia, pero se aguantó las ganas. Quería que la anciana le contase lo que había pasado con sus sobrinos.

—¿Sabes por qué me llevaron a cenar con ellos? Pues porque soy idiota. Sí, no me mires con esa cara, la gente mayor, aunque de la vida vayamos sabiendo algo, también nos equivocamos, sobre todo cuando nos engañan con lo que más necesitamos.

—¿Dinero? —preguntó Andrea, pensando en la oferta que podría haberle hecho la otra galería a la anciana.

—¡Qué va a ser dinero! ¡Afecto! Los hijos de puta de mis sobrinos, que Dios tenga en su gloria a mi hermana y me perdone, que no se merece ese apelativo, se pasaron años sin hacerme caso cuando les pedí que me ayudasen a vender el cuadro. No tenían tiempo, el cuadro no valía nada y que no diera la murga, eso me decían, pero ¿sabes qué pasó? Que han descubierto que no son delirios de vieja y que ese cuadro es valioso. Eso, y que me tocara la lotería, les hizo cambiar de idea con respecto a otros años y por eso me llevaron a su casa a pasar la Nochebuena. ¡No me habían invitado nunca!

La muchacha sintió pena de la anciana, que hablaba desde la rabia que le había producido la actitud de sus sobrinos.

—Esta mañana, nada más levantarme, fui al baño, y como tardo tanto en volver a ponerme la faja, me dio tiempo a escuchar una conversación. El baño de esa casa da a una terraza interior

que también da a la cocina y escuché a las mujeres de mis sobrinos haciendo planes con el dinero que sacarían del cuadro y con el premio de la lotería. Lo iban a tener todo a su disposición cuando me metieran en la residencia, porque como se me va la olla sería fácil incapacitarme. ¡A mí no se me va la olla, ni nadie me mete en una residencia! ¡Panda de ingratos! Con la de veces que les he cambiado los pañales...

Angustias siguió despotricando un rato. En la conversación que mantenía con Andrea, casi un monólogo, la chica se enteró de que Angustias había enviudado joven y sin haber tenido hijos. Sus sobrinos habían sido su pasión. Pero, cuando se casaron, se marcharon del pueblo y apenas la visitaban. Solo por las fiestas del pueblo.

—Y porque desde mi casa se ve el encierro —le dijo.

Desde que murió su hermana, la madre de los dos chicos, no se acordaban de decirle que los visitara en Navidad, pero cuando ese año se enteraron de que le había tocado la lotería, corrieron para llevársela. En principio se sintió halagada porque cuando llegó no la trataron mal, pero la conversación que escuchó la puso en guardia sobre sus verdaderas intenciones.

—Mi jefe me contó que le había llamado otro galerista para decirle que habían quedado en la venta del cuadro —dijo Andrea.

—Sí, eso también lo escuché, y por encima de mi cadáver. Me da igual lo que ofrezca la otra galería, no es dinero lo que necesito.

—¿Y entonces por qué lo va a vender ahora?

—Pues porque de ninguna manera quiero que ellos saquen nada. Y por algo que me dijiste.

—¿Yo?

—El cuadro necesita ser restaurado y a mí no me va a venir mal que me pinten la casa. Aunque no sean los Elías, me da igual que no vaya nadie a mi entierro después del disgusto de hoy. Si mandas unos pintores para toda la casa y un equipo de limpieza, el cuadro es tuyo. ¡Y que les den a mis sobrinos, a las zorras de sus mujeres y al de la galería esa!

Era gracioso en el fondo escuchar despotricar a Angustias, aunque lo que estuviera diciendo resultara bastante doloroso de asumir, y más para alguien tan mayor que veía que sus posibilidades de ser cuidada en los últimos años de su vida por las personas a las que había querido se desvanecían ante sus ojos.

—¿Le puedo hacer otra pregunta?

—Dos millones de euros.

Andrea abrió los ojos mucho, pensando que era imposible que Gerardo le pagase aquella cantidad por el cuadro. Igual sí se le estaba yendo un poco la olla a la señora.

—Creo que no podemos ofrecerle tanto, Angustias.

—Ah, no, si a mí me parece bien lo que me dijiste el otro día, siempre y cuando me lleve el veinticinco por ciento de lo que saquéis después de restaurarlo con su venta. Dos millones de euros es lo que me ha tocado en la lotería.

Andrea puso una cara de sorpresa todavía más grande.

—¿Pero no eran doscientos mil lo que le ha tocado a todo el mundo?

—Es que fui al hotel un día antes de la lotería, porque se me había olvidado comprarla, y entre que ese día Luisa no tenía cambio y que yo acababa de sacar dinero en el banco hacía un par de días, que era casi Navidad y tenía que comprar cordero en la carnicería, necesitaba para los Reyes de mis sobrinos... ¡Ingratos...! Y que todavía había varias papeletas... Me acabé llevando todas las que le quedaban. Solo ella sabe lo que en realidad me ha tocado, espero que no te vayas de la lengua. La gente piensa que son doscientos mil, como a casi todos. Si mis sobrinos, que

creían eso, se enteran de que son dos millones, removerán cielo y tierra para incapacitarme. Y todavía me queda un tiempo para estar aquí, en mi casa. Tranquilita. Si necesito que alguien me cuide, lo podré pagar.

—Angustias, mi pregunta no era esa —dijo Andrea.

—¿Y qué querías preguntarme?

—¿Cómo escuchó todo lo que decían las mujeres de sus sobrinos? ¿No está sorda?

Angustias esbozó una sonrisa y le ofreció más galletas.

Capítulo 17

Andrea le pidió permiso a Angustias para llamar a Gerardo e informarle de que el cuadro, al final, se lo iban a quedar ellos. La mujer le dijo que por supuesto, que la dejaba sola en el salón y se iba a la cocina a preparar un pollo con verduras, que era lo que había rescatado del congelador. Había pensado sacar el cordero para hacérselo asado para ella sola, pero después se acordó de su colesterol y decidió que no, que tenía que cuidarse para disfrutar del dinerito que le había caído del cielo.

—Gerardo, soy Andrea.

—Dime.

—Estoy en Grimiél porque....

—Oye —la interrumpió—, perdona por lo de ayer, sé que tú no tienes la culpa de que esa mujer no quiera vendernos el cuadro.

—Gerardo, cállate y escucha —le dijo con firmeza y un poco de enfado—. Sí quiere, además, por la irrisoria cifra que me dijiste que podías permitirte, más un veinticinco por ciento de lo que saquemos en la subasta. Vas a hacer un buen negocio, porque he vuelto a ver el cuadro y cada vez estoy más convencida de que es de Murillo, aunque no es un cuadro propiamente dicho, creo que es un boceto para una de sus Inmaculadas.

Después de una pequeña pausa, Gerardo reaccionó, eufórico:

—¿Cómo lo has conseguido? ¡Felicidades! Esto hay que celebrarlo. Podemos...

Andrea lo frenó antes de que no la dejase hablar:

—No he sido yo, ha sido ella la que ha cambiado de idea. Así que, Gerardo, igual no hay que celebrarlo —le dijo con un tono bastante cortante—, ayer no debiste hablarme como lo hiciste.

—Lo sé, Andrea, sé que no fui justo, pero estaba muy nervioso —se excusó.

—Te lo anotas para la próxima vez, no debes hablarme así, ni a mí ni a nadie.

Ambos siguieron hablando durante unos minutos más, limando sus diferencias y empezando a trazar un plan para el cuadro, que pasaba por conseguir un buen restaurador y organizar una subasta cuando estuviera listo, no sin antes hablar con la prensa del descubrimiento del cuadro. A eso era a lo que Gerardo le sacaría beneficios más grandes para la galería, a la buena publicidad que les iba a generar ese negocio.

Para cuando Andrea colgó, Angustias había vuelto al salón a recoger la bandeja con las tazas del chocolate.

—Gracias por todo, Angustias. Tenemos que hablar de cómo haremos la recogida del cuadro —le dijo.

—¿No te cabe en el coche? —preguntó la anciana.

—Bueno, sí, no es grande, pero habrá que tratarlo con cuidado —le señaló Andrea—. Se trata de una obra de arte, no un cuadro de Ikea.

—Habrá que tratarlo con cuidado cuando esté arreglado —dijo Angustias—, pero ahora, ya ves tú. Lo envolvemos en papel marrón, que tengo de una vez que hice manualidades, y te lo llevas.

—Pero no puedo dejarle el contrato ni un adelanto, ni...

—Mira, niña, si tú me haces un favor muy grande, yo me fío de ti. ¿Te parece?

—¿De qué favor me habla?

Angustias la invitó a acercarse a ella y le dijo en tono confidencial:

—Te quedas a cenar conmigo, a dormir esta noche y mañana me acompañas a un sitio.

—¿No tendrá que ver esto con Fernando? —inquirió Andrea, temiéndose una encerrona. En Grimiel se esperaba cualquier cosa.

—¿El alcalde?

—¿Fernando el del taller de tractores es el alcalde? —preguntó Andrea.

—Si te refieres a un chico rubio muy guapo que te dio un morreo en el hotel el día de la lotería, que yo lo vi, como lo vio todo el mundo, sí, es el alcalde del pueblo.

Andrea, cuando escuchó a Juan llamarle así, solo pensó que sería su apellido o su apodo. Aquel era un detalle más que confirmaba que no sabía apenas nada de él y reforzaba su idea de que tenía que marcharse cuanto antes de allí, sobre todo antes de que fuera tarde para su corazón, aunque de eso no estaba segura de que ya tuviera remedio.

—Esto es cosa mía, no tiene nada que ver nadie del pueblo, no te preocupes. Mañana te lo cuento si confías en mí. Ahora, ¿me acompañas a la cocina hasta que termine la cena? Bueno, mejor me ayudas, ¿sí?

Andrea asintió, pero antes le dijo que tenía que salir al coche a recoger su maleta.

Fernando llevaba todo el día de un humor imposible. Álex estaba enfadado, le había preguntado por Andrea y solo le contó que se había tenido que ir a Madrid.

—Me prometió que se iba a despedir de mí cuando se fuera —le dijo el niño, cruzándose de brazos.

—No ha podido, se ha tenido que ir corriendo, Álex.

—¿Y por qué? ¿Por qué no le has dicho que viniera hoy a comer a casa de la abuela? Así no se habría ido, ¿verdad que no, *abu*?

Pilar miró al niño y después muy seria a Fernando, antes de salir de la habitación. También ella estaba enfadada con él. Le había advertido mil veces que no mezclase sus asuntos amorosos con el niño, que no le dejase ver que había una persona en su vida si esta no se iba a quedar, y había incumplido la promesa.

—Haremos una cosa, la llamaré y la invitaré a que venga a visitarnos en... verano —improvisó, con la esperanza de que la promesa se le olvidase a Álex antes de que llegase el calor.

—Yo quiero que venga antes.

—Pero es que ella tiene que trabajar, no va a poder.

—Tú también trabajas y me ves todos los días.

Fernando se echó a reír.

—Pues claro que te veo, vivo contigo y no es lo mismo.

—Llámalas ahora y dame el teléfono que yo se lo digo.

Pilar regresó a la habitación justo en el momento en el que él se maldecía por no haberle pedido su número.

—No le prometas al niño lo que no puedes cumplir, te lo he dicho mil veces —le susurró su madre al pasar por su lado.

No tenía ganas de que lo sermonease, así que le dio un beso a su hijo y salió a la calle, buscando algo de aire fresco.

Después de un rato, sus pasos lo condujeron a la plaza, tampoco había muchas más opciones de paseo en Grimiel. Vio las luces encendidas del bar del hotel y pensó que le vendría bien tomar algo caliente. El paseo le había congelado las orejas y, de todos modos, no había logrado el efecto que buscaba, dejar de pensar en ella.

Al pasar frente a la casa de Angustias, le pareció que el coche que estaba aparcado frente a ella era el de Andrea, pero no le dio tiempo a confirmarlo.

—¿Qué haces dando un paseo? —le preguntó Carlos, el marido de Lucía.

—Voy a tomar algo al hotel.

—Te acompaño, Lucía debe de estar ya ahí. Había quedado con Alberto y Rocío. Yo me he retrasado un poco porque se nos ha colado una ardilla en el garaje. Ha dicho que no volvía a casa si no la echaba.

—¿Y has conseguido sacarla?

—¡Qué va! Se ha metido detrás de un zapatero y cualquiera la sacaba, está al lado de la caldera. Esa se queda a pasar el invierno con nosotros.

—¿Y qué le vas a decir a Lucía?

—Por supuesto, que la ardilla está perfecta y en su hábitat natural. Y si vuelve a encontrársela le diré que es una sinvergüenza que nos ha cogido cariño, que le ponga nombre.

Ambos se echaron a reír por la ocurrencia.

—Oye, ¿tú cómo estás?

Las noticias en Grimiel iban más rápido que en Twitter y todos sabían que Andrea se había marchado enfadada con Fernando.

—Bueno, no tenía ni idea de que me iba a afectar tanto. Tengo que reconocer que estoy jodido y no debería, apenas la conozco desde hace un par de días. No entiendo cómo...

—Si te sirve de consuelo, yo me enamoré de un perfil en un juego que tenía un Fórmula 1 como foto. Ella me decía que era una chica, pero podía no ser verdad.

—¿Y qué pasó cuando te contó que era Lucía Vega?

—No me lo contó. Primero se las arregló para que nos viéramos en persona, sin decirme que era ella la del juego, se presentó como Lucía. Y ahí casi me vuelvo loco, porque me gustó tanto que me sentía fatal por la chica virtual.

—Lucía es una mujer estupenda, está un poco loca, pero me encanta —dijo Fernando.

—A mí también. Oye, sé que es meterme donde no me llaman, pero yo que tú no dejaría escapar a Andrea. Todos nos hemos dado cuenta de que hace mucho que no te veíamos así.

—¿Cómo?

—Sonriendo todo el tiempo.

—Anda, vamos dentro, he salido de casa para no darle vueltas a esto.

—Pues a buen sitio has ido, yo voy a ser el que menos preguntas te haga, lo estoy viendo venir.

Carlos no se equivocó, entre todos intentaron convencerle de que llamase a Andrea. Marcos, saltándose la ley de protección de datos, le dio su teléfono.

Capítulo 18

Amaneció despejado. El cielo encapotado de los días anteriores se transformó en otro en el que se abría paso un tibio sol de invierno. Sus rayos oblicuos esparcieron luz en las calles de Grimiel, que había permanecido en penumbra durante el temporal, aunque no lograron espantar el frío que campaba a sus anchas por las calles.

Andrea se levantó cuando oyó trastear por la casa a Angustias. La cama que le había prestado esa noche era cómoda y durmió bastante bien, a pesar de que lo último que hizo ese día fue hablar con su madre, que no se mostró comprensiva con su decisión de quedarse en Grimiel otro día más.

Cuando entró en la cocina, Angustias le había preparado tostadas con miel y un café espeso, con leche cremosa, el mejor que había tomado en mucho tiempo.

—No tengo cafetera —dijo la anciana—, sigo haciéndolo de puchero, como mi madre. Espero que te guste.

—¡Está delicioso!

—¿Verdad? Todos esos adelantos, esas cafeteras que parecen naves espaciales y que a saber tú con qué mierdas rellenan las cápsulas, no saben hacer el café ni la mitad de bien que lo hago yo.

La joven se rio por la falta de modestia de la mujer y porque, de alguna manera, llevaba razón. Ese humeante y succulento café que sostenía entre las manos se la estaba dando.

—¿Me va a decir dónde quiere que la lleve? —preguntó Andrea, un poco antes de morder la tostada. Superaba incluso al café y le hizo cerrar los ojos en un gesto de placer.

—Quiero que vayamos a Lorsa, el pueblo que está aquí al lado. No quiero ir en autobús, porque te tiras medio día por ahí y esto que voy a hacer se soluciona en un ratito si vas en coche, y tampoco se lo quiero pedir a ningún vecino.

—No conozco Lorsa, tendrá que orientarme para que no nos perdamos.

—Por eso no te preocupes, lo haré. Yo conducía hasta hace cinco años, aquí si no tienes coche estás perdido, pero lo tuve que dejar porque mis reflejos no son los mismos. ¿Te has fijado que falta un banco en la plaza? —le dijo, en tono confidente.

Andrea negó con la cabeza. Había observado la plaza de Grimiel al llegar, pero su atención se centró, sobre todo, en la cantidad de adornos navideños que presentaba.

—Pues falta uno —dijo Angustias—, porque un día confundí el acelerador con el freno y me estampé con él. Y no fue el banco el peor parado, que mi coche se fue al desguace y yo al hospital a que me arreglaran esta pierna.

—Lo siento —dijo Andrea.

—Más lo siento yo, que desde ese momento vivo encerrada aquí y achacosa perdida, porque no se me quitan los dolores de rodilla.

—Entonces, ¿quiere que la lleve al médico? —aventuró Andrea, que aún no sabía para qué

demonios la precisaba Angustias.

—¡Ah, no! Para eso están las ambulancias, pides una, te recoge, te lleva al médico y después te devuelve aquí, para eso no necesito ayuda. Quiero que me lleves al banco.

La chica, que seguía con la historia del estropicio al mobiliario urbano prendida en la mente, tardó un poco en darse cuenta de que le estaba hablando de otro banco.

—Es verdad, me dijeron que aquí no hay un cajero —dijo, pensando que quizá lo que necesitaba la mujer era dinero en efectivo.

—Espera.

Angustias se levantó, cogió una lata en la que ponía pan rallado y sacó de ella unos papeles. Los sacudió un poco para quitarles los restos de miguitas.

—Son las papeletas de la lotería, siguen estando aquí. Ayer te dije que no quiero que se entere nadie de cuánto dinero me ha tocado.

—¿Y se fue a casa de sus sobrinos dejando eso ahí? —preguntó Andrea, escandalizada. Un bote de la cocina no le parecía un lugar seguro para unas papeletas premiadas con el gordo de Navidad.

—Pues, además, se me olvidó cerrar la puerta de casa...

Andrea compuso cara de sorpresa. Angustias se había dejado la puerta de su casa abierta con dos millones de euros metidos en una lata y parecía tan tranquila. Ella no hubiera sido capaz de quedarse dormida solo con la certeza de haber dejado el premio a su suerte, y más si hubiera tenido la sospecha de que no había cerrado la puerta de su casa. Confirmado: la gente de Grimiél no era normal.

O a ver si la que no era normal era ella...

—No se preocupe, en cuanto terminemos de desayunar, la llevo —le dijo.

Angustias se quedó un rato en silencio, con la tostada en la mano.

—¿Te puedo preguntar una cosa?

—Sí.

—¿Qué líos te traes tú con el alcalde?

Andrea suspiró, no sabía ni por dónde empezar a contarse esa historia a sí misma, como para poner orden para que otra persona la entendiera.

—Lo conocí el otro día, cuando vine a su casa para hablar con usted del cuadro, el día de la lotería.

—¿Pero ese no fue el día que os disteis un beso de película en el hotel?

—El mismo. Hacía menos de media hora que nos habíamos presentado. Yo calculo que fueron entre quince y veinte minutos los que habían pasado, como mucho.

—Oye, pues sí que vais rápidos ahora, a mí me costó un año convencer a mi Lucas para que fuéramos novios, que el muy tunante estaba medio tonto con la Paula, la del tío Miguel.

—Es que yo no hice nada. Cuando entramos en el hotel estaban todos celebrando, y cuando le dijeron que también él tenía un boleto premiado... me besó —le dijo, encogiéndose de hombros.

—Pues te digo que, por cómo os mirasteis, eso pareció más que un beso de celebración.

Andrea no sabía si contarle a Angustias lo que había pasado los últimos días, pero la verdad era que no había tenido nadie cerca, sentadas como estaban ellas en ese momento, para analizar en voz alta lo que sentía. Su madre era un peligro y además el teléfono no era el medio, y tenía sus razones para no querer hablar con Alicia y Clara. Después de dudar un tanto, habló:

—Si le digo la verdad, no sé lo que pasó en ese momento. Era... Fue... como si mi cuerpo, toda yo, lo reconociera, aunque jamás nos hubiéramos visto. Es estúpido, lo sé, pero antes, en la

plaza, cuando lo vi, sentí algo similar, aunque no tan intenso como aquel beso.

—Qué bonito —dijo Angustias.

—Asusta. Todo lo que me ha pasado estos días me asusta porque yo no soy así —contestó Andrea.

—¿Así, cómo?

—Así, de... sentir tanto.

—¿Y qué problema hay? A lo mejor sí eres así, pero no habías encontrado la persona adecuada que te lo demostrase.

—¿Y si no siente lo mismo?

Angustias hizo un gesto con los hombros.

—Pues borras la historia de tu mente y regresas a tu vida. Escucha, algunas personas jamás sienten lo que has sentido tú, ¿qué más da que hayas tardado tiempo en darte cuenta?

—¿Y si no es verdad? ¿Y si es solo producto de una situación excepcional y lo confundo con algo auténtico?

—¿Y si...? ¿Y si...? ¿Y si sí es cierto? Estarías dejando pasar la oportunidad de vivir algo muy grande. Y si solo es un espejismo, ¡que vivan los espejos!

A Andrea se le escaparon dos lágrimas que atrapó con la manga a la vez que una risa contenida. Le había costado la misma vida que no se le quebrase la voz al detenerlas, pero ahora que se había quedado callada y que las palabras de esa anciana rebotaron en su mente, no pudo hacerlo más.

—Escucha. Cuando era joven, antes de que Lucas y yo nos casáramos, pasó algo. Eran otros tiempos y entregarte a la persona que te movía no estaba bien visto, además de que era peligroso porque te podías complicar la vida.

»Lucas y yo lo hicimos, con la inconsciencia de quienes no han recibido una educación, como la que sí os han dado a generaciones después, y sin medios para impedir lo que pasó. Al final, tanto va el cántaro a la fuente... que se rompió. Un día nos encontramos con que yo estaba embarazada.

»A veces tienes tanto miedo de lo que piensen los demás que no piensas en lo que tú quieres. Nosotros queríamos a ese niño, pero nos superaba lo que podría suponer la montaña de chismes que se iba a desatar, además de nuestros padres. Igual ninguno de los dos se libraría de una paliza o de un castigo. Sí, no me mires así, antes las cosas funcionaban de ese modo. Así que Lucas y yo reunimos dinero y lo arreglamos.

Entonces, la voz que se quebró fue la de Angustias.

—Nadie se enteró, creo que mi madre sospechó que algo me estaba pasando, pero si fue así, jamás me dijo nada. Después dejamos de arriesgarnos a que volviera a pasar, esperamos hasta que estuvimos casados, no veas lo que costó, y entonces vinieron las consecuencias. Eso que me hicieron —añadió haciendo una pausa, sin mencionar la palabra aborto— me dejó secuelas que aún hoy padezco. No pude tener hijos. Hoy, que ya no está Lucas, me he quedado sola, ese es mi castigo, con la única familia de unos sobrinos que solo están esperando a que me muera para heredar, y con la pena de no haber sido valiente. Ya ves, pensando arreglar algo a corto plazo, lo estropeamos para siempre y esto se ha hecho muy largo para mí.

—Esto ¿qué?

—Vivir sin Lucas.

Andrea posó su mano sobre la de Angustias, que estaba encima de la mesa, y esta puso a su vez la otra suya sobre la de Andrea.

—Dejémonos de penas y vayamos al banco. Luego nos vamos a comer a un restaurante para celebrar que soy millonaria, volvemos, metes el cuadro en tu coche y decides si te vas o le plantas cara a lo que estás sintiendo ahí.

Le señaló el pecho, mientras Andrea asentía.

Angustias había resultado ser una caja de sorpresas.

Llegaron a Lorsa antes de las once y en una hora Angustias había completado el trámite en el banco. El empleado, nada más ver para qué lo requería aquella anciana, llamó al director. Desde ese momento solo les faltó extenderle una alfombra. Intentaron que contratase varios productos financieros, pero ella los mandó a paseo sin ningún tacto. No había ido allí a nada más que depositar sus papeletas premiadas y que se las hicieran efectivas en su cuenta. Les dijo, muy seria, que como no mantuvieran en secreto su identidad y se enterase alguien que no debía del dinero que había en su cuenta, no iba a temblarle el pulso al denunciarlos por revelar datos que debían mantenerse en la confidencialidad más estricta.

—A ver si las enfermeras del hospital no me quieren decir dónde está mi vecina Pili cuando voy a verla y se van a ir estos de la lengua —le dijo a Andrea cuando salieron y esta le comentó que había estado a punto de echarse a reír cuando los amenazó.

—Esperemos que no lo hagan —dijo.

—Me sé hasta la ley europea que incumplirían —le contestó Angustias—. Bueno, la ley no, pero me he aprendido la fecha, 25 de mayo de 2018.

—¿De dónde ha sacado eso?

—Pues de la enfermera que no me quería decir dónde estaba la Pili.

Ambas encaminaron sus pasos hasta una cafetería y en ella se refugiaron del frío de ese día. El cielo despejado había hecho que las temperaturas cayeran unos grados y a ello se había sumado un fuerte viento del norte que dejaba las orejas congeladas. Pidieron un café, que Angustias criticó porque no le sabía a nada, y estuvieron un rato más charlando.

—Con todo este lío de venir aquí no he comprado regalos esta Navidad. No son muchos, para mi madre, mi tía y un detalle para mis dos amigas, ¿usted cree que habrá por aquí un sitio donde pueda hacerlo?

—Hay una tienda muy mona detrás de la farmacia, si quieres podemos ir antes de comer.

—Se lo agradecería.

Así lo hicieron.

Capítulo 19

Las dos mujeres regresaron a Grimiel pasadas las tres de la tarde. Andrea condujo pensando en la locura de llevarse ella sola un cuadro centenario envuelto en papel marrón de manualidades. Después se dio cuenta de que muchas de las obras que poblaban los museos del mundo se habían pasado siglos bajo tierra o arrumbadas en trasteros, y las restauraciones hacían milagros con ellas. No tenía por qué sucederle nada. Además, la pintura estaba tan deteriorada que no creía que fuera a ponerlo mucho peor por darle un paseo en coche.

Angustias, por su parte, soñaba con los dos millones de euros que le habían caído del cielo y en qué se los iba a gastar. Porque bien sabía dios que se los iba a gastar, no se los iba a dejar, de ninguna manera, a los malnacidos de sus sobrinos. Su primer deseo oscilaba entre comprarse un coche o irse a hacer un viaje por Cantabria, que era algo que siempre había querido hacer con su marido. Con lo cerca que estaba y nunca se lo habían podido permitir. ¡Ay, su Lucas! Lo que disfrutaría con ese dinerito extra. Empezó a pensar en el chico guapo de Grimiel del que se enamoró hacía una vida entera y se relajó tanto que, a pesar de que Lorsa estaba a poco más de diez kilómetros de Grimiel, se quedó dormida en el asiento del copiloto, con una sonrisa de felicidad en los labios.

—Angustias —le susurró Andrea—, hemos llegado.

La mujer no hizo ni caso.

—¡Angustias! —le dijo un poco más alto, con idéntico resultado.

—¡¡Angustias!!

La mujer dio un bote en el asiento y se despertó de pronto, mirando hacia los lados mientras intentaba ubicar dónde estaba.

—¡Qué susto me has dado, niña! ¡Ni que estuviera sorda!

—Lo siento, la he llamado varias veces y no me ha hecho caso.

—Estaba soñando... —dijo, suspendiendo sus palabras en una sonrisa—, con lo que voy a hacer con la lotería.

Andrea se echó a reír y ambas se bajaron del vehículo y entraron en la casa. Mientras Angustias atizaba la chimenea del salón, la chica se acercó a la pared y descolgó el cuadro con sumo cuidado. Su tamaño no era tanto como para que necesitase ayuda.

No pudo evitar que un pellizco le sobrecogiera el estómago al tenerlo entre sus manos. Se había pasado casi dos años de su vida investigando todo sobre Murillo, centrando su tesis en las transparencias que conseguía en sus obras con tanta maestría. Para lograr el efecto etéreo y luminoso, aquella nebulosa entre la que envolvía el vestido de la Virgen y los angelotes, el pintor sevillano utilizaba muchos aglutinantes. Con capas superpuestas de color, lograba esa apariencia de delicada realidad.

Visto de cerca, ese cuadro era magnífico, jamás había tenido uno de aquellos bocetos del

pintor tan cerca ni había podido pasar sus dedos con delicadeza por la superficie de la tela. Se sintió transportada al Siglo de Oro, cerró los ojos y pudo verse en Sevilla, en su taller. Podía imaginar el olor de los pigmentos y la cara de Murillo, orgulloso al ver su idea culminada en aquellos trazos que después trasladaría a un cuadro de muchas más dimensiones.

Suspiró, abriendo los ojos y despertando de esa ensoñación.

—Sí que te gusta el cuadro —dijo Angustias, que la estaba mirando alucinada. A ella no era entusiasmo lo que le despertaba aquella pintura, estaba bastante harta de verla en el salón.

—Estuve mucho tiempo inmersa en estos cuadros, pero nunca había tenido uno en mis manos.

Al girar la pintura, pudo contemplar el bastidor, que tenía también los mismos signos de deterioro que el resto del cuadro. Por delante, algunas partes presentaban un craquelado característico y era casi imposible ver en su plenitud las transparencias, pero estaban ahí. Andrea lo había estudiado lo suficiente como para sentir las bajo aquellas capas de suciedad. Pero lo que más le gustó fue constatar que aquel cuadro nunca había sido intervenido por ningún restaurador. Iba a ser mucho más fácil devolverlo a la vida de lo que pensaba.

Si alguna vez había pensado que aquellos largos meses investigando no tenían sentido, que no le iban a servir para nada en la vida, en ese momento supo que no. Le habían hecho experimentar una emoción inigualable. Una que solo había sentido una vez con tanta fuerza: la noche que había pasado entre los brazos de Fernando.

Un sentimiento auténtico, de esos que se quedan sellados en el alma.

Grimiel, ese pueblo que no conocía de nada días antes, se había convertido en el escenario de unos días y unas emociones que sabía que serían inolvidables.

Estaba terminando de atar una cuerda alrededor del papel que envolvía la obra, cuando escuchó sonar su teléfono en el fondo del bolso. Seguro que era su madre otra vez, preguntándole por qué demonios no volvía ya. Si lo pensaba bien, se había ido de casa para regresar en unas horas y llevaba varios días por ahí. Mercedes no estaba haciendo nada más que su papel de madre.

Un poco más pesada que la media, pero una madre, al fin y al cabo.

Rebuscó por el bolso y llegó a tiempo de descolgarlo, pero ni siquiera miró quién la llamaba. Quería darse prisa antes de que, quien fuera, se cansara y colgase.

—¿Diga?

—¿Andrea?

El corazón le dio un salto en el pecho y se tuvo que saltar siete u ocho latidos, por lo menos, al reconocer la voz. Era un tanto ronca, con un tono tan acariciador que pensaba que no podían existir más voces así en el mundo. Estaba segura de que su propietario tenía unos ojos azules como el mar y una sonrisa de las más encantadoras que había visto jamás.

—Hola, Fer.

No hizo falta que le dijera que era él, lo supo solo al escucharlo pronunciar su nombre.

—Quiero hablar contigo, no me puedo conformar con que te vayas así —dijo él.

—Sí, bueno, ya hablaremos. ¿Quién te ha dado mi teléfono?

—Tengo mis recursos —dijo, con un deje un tanto canalla.

—Pues diles a tus fuentes que no deberían dar el teléfono de nadie sin permiso.

Se le estaba pegando la desconfianza que había tenido Angustias con el del banco hacía unas horas.

—Si me dejas hablar contigo verás como no es tarde para nada.

—Pero... no estoy en Grimiel —improvisó ella.

—No seas mentirosa, tu coche está aparcado en la plaza, lo estoy viendo.

Andrea se olvidó de respirar por un segundo y Angustias, que la miraba desde que descolgó el teléfono, y que se había preocupado al escucharla mentir, le dio un ligero empujón.

—¿Qué? —preguntó ella, tapando el teléfono para que Fernando no escuchase su voz.

—Que estoy sorda, pero no tanto como le hago pensar a todo el mundo, me parece que te has dado cuenta el tiempo que llevas conmigo de que es muy conveniente para mí hacer que no escucho algunas cosas. Pero de la vista ando muy bien. Te has puesto tan pálida que creo que quien te está llamando es el alcalde.

—¿Andrea? —dijo él, al otro lado de la línea.

—Dime.

—Sal a la calle, por favor.

—¿Cómo sabes que no estoy en la calle?

—Porque te estoy viendo.

Andrea miró hacia la ventana y observó que, plantado frente a la casa, envuelto en su abrigo rojo y con el teléfono pegado al oído, estaba Fernando. Y sonreía. Maldita sonrisa que desvanecía el frío del invierno.

—Vale, estoy aquí, pero ya me voy, solo estaba recogiendo el cuadro de Angustias.

—Así que al final lo has conseguido.

—Sí, al final me voy a llevar algo bueno de tu pueblo.

Fernando suspiró. No le había gustado que su comentario lo excluyera entre las cosas importantes que se llevaría de Grimiel.

—Solo serán cinco minutos. Concédemelos.

Ella dudó. Cinco minutos con él podrían volver a poner sus sentimientos patas arriba, lo sabía, pero también sabía que había pillado una rabieta absurda. No era tan grave que no hubiera vuelto a Madrid, su madre no se había muerto por pasar la Navidad con su hermana y no con ella, y tampoco sus amigas. Su pequeña mentira les había regalado una noche fantástica. A los dos.

—Por favor. Tengo un mensaje de Álex. Te fuiste sin despedirte de él.

Andrea lo sabía, le había dicho al niño que iría a verlo antes de marcharse y se le había olvidado por completo. Era un pequeño muy simpático, no le parecía bien haberlo dejado tirado. Miró por la ventana y vio que Fer tenía un papel en la mano.

—Está bien —dijo, claudicando.

Se puso el abrigo y el gorro y se dispuso a salir a la calle.

—Ahora vengo a por el cuadro —le dijo a Angustias.

—No tengas prisa, no se va a ir a ninguna parte —le contestó ella.

El temporal de nieve había pasado, pero había sido sustituido por otro que traía viento del norte. Si las temperaturas habían sido bajas en las jornadas anteriores, ese día eran gélidas. Andrea notó que el aire frío se colaba en sus pulmones y sintió en su cara como si pequeñas agujas congeladas la estuvieran pinchando. Se abrazó a sí misma después de ajustarse el gorro. Esperó a que él le dijera algo.

—¿Vamos al bar? —ofreció Fernando.

—No, estoy bien aquí —contestó ella, mientras le castañeteaban los dientes.

—Qué mal se te da mentir.

—Mira, a ti no —contestó ella, con un pelín de mala baba.

—Vale, ya lo admití, te mentí; pero Andrea, no es para tanto. No quería que te fueras. No quería que te acabases estampando con el coche, el tiempo seguía siendo malísimo. Y, sobre

todo, quería conocerte.

Dio un paso hacia ella, pero Andrea retrocedió, abrazándose un pelín más fuerte a sí misma.

—No me preguntaste.

Cuando los recuerdos de Fernando se ponían en un primer plano y empezaban a martillear en su cabeza, era cuando las cosas se complicaban, o más bien cuando las complicaba él. Cuando dejaba que lo vivido en el pasado tomara el mando de sus decisiones. Habían transcurrido siete años, había vuelto a reconstruir su vida y se las arreglaba muy bien con su hijo, pero no sabía cómo se hacía para olvidar, para que lo que sucedió no condicionara su forma de proceder. Todas esas sensaciones habían tenido mucho que ver en su comportamiento con Andrea.

—Mi mujer se llamaba Ángela.

Andrea le miró sin entender por qué le contaba aquello en ese momento, no entendía cómo, saber el nombre de su esposa, iba a marcar una diferencia con respecto a lo que había pasado. Su cara interrogante le ahorró una respuesta y él, tomándola como una invitación a que siguiera, le contó:

—Ángela cogió el coche un día que empezaba a nevar, para hacer la compra en Lorsa. No quería entretenerse, por eso dejó a Álex a mi madre y se fue. La noche anterior me había dicho que cerrase un rato el taller y la acompañase, pero no lo hice. Tenía que esperar a que llegase una pieza que llevaba días necesitando para terminar una reparación y ni se me ocurrió que ella se pondría en peligro. Conducía bien.

—¿Tuvo un accidente?

Él buscó aliento antes de hablar:

—Murió en el acto.

Le costó dejar escapar las palabras sin que su voz sonase rota.

—No tengo ni idea de lo que me pasó contigo en el bar, no sé por qué te besé, pero sí sé por qué hice todo lo posible para que no te fueras, para que no condujeras bajo la nevada. Cuando te besé, de alguna manera extraña te reconocí, era como si te hubiera estado esperando sin saberlo y, de pronto, descubrí que te querías marchar y que ibas a exponerte como se expuso ella.

Hizo otra pausa. Necesitaba seguir, pero también reponer fuerzas. La miró a los ojos, deseando que le creyera.

—Sé que no te gusta que te mientan, me lo dijiste varias veces, pero no sabía cómo explicártelo sin contarte esto y sin que pensaras que estoy loco. No me gusta hablar de Ángela con desconocidos y tú..., tú lo eras, eras alguien que me encontré aquí mismo y de quien no sabía nada. Si te lo he contado es porque ya no eres ninguna desconocida, eres importante para mí. No sé cómo ha pasado esto en solo unos días, pero sé lo que siento.

—Deberías haberme preguntado, al menos, qué era lo que yo quería hacer.

—Lo sé, debería haberlo hecho mejor. Por eso te voy a contar algo más, otra... Creo que para ti será otra mentira.

—¿Otra?

—Cubrí de nieve tu coche a propósito para que no te fueras. No quería que te marchases de ninguna manera. Estoy seguro de que ni siquiera fue solo por lo que pasó con Ángela, fue porque quería conocerte más y eso no iba a pasar si te ibas. Si crees que estoy loco, me da igual, piénsalo. A lo mejor es verdad.

Andrea lo miró durante unos instantes, tratando de decidir si se tenía que enfadar o agradecerle su preocupación, pero no acertó a hacerlo antes de que él volviera a tomar la palabra:

—No se me ocurrió que tu coche era mi aliado y se había roto él solito. No lo habría hecho de

saberlo. No te fijaste, pero al otro lado de la plaza no había ni un solo coche, podría haber amontonado la nieve allí.

Una sonrisa se coló en el rostro de Andrea. Le brillaban un poco los ojos; todavía estaba intentando decidir qué decirle sin que se notase en su voz ninguna emoción.

—¿Me perdonarás algún día? —preguntó él.

—Puede —dijo ella. Decidió cambiar de tema para darse espacio para respirar de nuevo—. ¿No ibas a llevarme para que me despida de Álex?

—Sí, está con mi madre, pero primero deja que te pida perdón. Te pido perdón, pero no me arrepiento en absoluto de haberlo hecho.

Andrea suspiró. En sus ojos descubrió que no le estaba mintiendo esta vez, que sentía mucho haber hecho algo que hiriera sus sentimientos. Fer volvió a dar un paso hacia ella, pero esta vez ella no se movió. Cuando la mano de Fernando se posó en su brazo notó aquella sensación única que le despertaba y se tuvo que obligar a respirar con normalidad para no perderse en ella.

—Yo también tengo que pedir perdón —dijo Andrea.

—¿Tú?

—Sí, llevas razón. Mi enfado ha sido desproporcionado, pero... no quiero que nadie tome las decisiones por mí. No quiero vivir así, quiero ser yo quien siempre decida los pasos que doy.

—Me parece justo —dijo él.

—Ahora quiero pensar. Nunca había sentido algo con la rapidez y la intensidad que... Quiero estar segura de que no me precipito en mis decisiones.

Los ojos de Fernando le estaban diciendo que no tenía nada que temer con él, que sentía lo mismo por ella, pero a la vez entendían su cautela y sus miedos. Retiró la mano de su brazo.

—¿Puedes llevarme a que me despida de Álex?

—Sí. Esto es de él.

Le dio el papel que sostenía en la otra mano, un dibujo con inconfundibles trazos de niño que representaba a una mujer con un vestido azul y un micrófono en las manos. Había salido más guapa en otros retratos, pero ese le hizo sonreír. Álex se había dibujado a su lado, cogidos de la mano, cerca de un árbol de Navidad, y había escrito sus nombres.

—Me parece que tengo un rival, creo que también se ha enamorado de ti.

Andrea le miró, aturdida por la confesión. No añadió nada, ella no se sentía preparada aún para desnudar sus sentimientos, todavía tenía que procesarlos.

Fueron andando hasta la casa de Fernando y allí Andrea se despidió de Álex. El niño se empeñó en entretenerla, quería enseñarle sus regalos de Navidad que no había podido ver el día anterior, pero ella alegó que tenía que recoger un cuadro y conducir durante horas. Se le iba a hacer de noche sin remedio.

—Pero vas a volver, ¿verdad? —preguntó el niño.

Andrea miró a Fernando y este elevó las cejas mientras se metía las manos en los bolsillos. Supo que no iba a ayudarla a salir de ese atolladero.

—Escucha —dijo, agachándose para estar a su altura—, si todo va bien, ese cuadro que me tengo que llevar será subastado. ¿Qué te parece si convengo a mi jefe de que la subasta se haga aquí, en Grimiél? Así no tendría más remedio que volver.

—¿Y cuándo será eso? ¿La semana que viene?

—No, cariño, los cuadros necesitan mucho tiempo para ser restaurados, tal vez pasen meses.

—Pues ven antes a verme.

—Álex, Andrea no te puede prometer algo que no sabe si va a cumplir —dijo Pilar, que seguía

preocupada.

—Pero sí puedo prometerte que te llamaré por teléfono.

—No tengo teléfono —dijo Álex—. Papá, tienes que comprarme uno.

—De eso nada —respondió Fer.

—Te llamaré al teléfono de tu padre.

—¿Todas las semanas?

—Dos veces, si quieres.

Álex le dio un abrazo y después se sacó el Spiderman de plástico del bolsillo.

—Toma, para que no te olvides de mí.

Era su juguete más preciado, Andrea se sintió a la vez emocionada y preocupada por el hecho de que quisiera deshacerse de él y ponerlo en sus manos.

—Pero es tu juguete favorito.

—Por eso quiero que lo tengas tú. Eres mi novia favorita... para mi papá.

Fernando carraspeó y enseguida instó al niño a que se despidiera de Andrea. Este la abrazó con fuerza y tuvieron que separarle para que la dejase marchar.

Fernando la acompañó de vuelta a casa de Angustias y se ofreció a ayudarla a meter el cuadro en el coche. Cuando todo estuvo listo y ella preparada para marcharse, él se plantó a su lado.

—Ha sido un placer conocerte, Maggie. Espero que vuelvas.

Andrea le miró con cara interrogante, hasta que recordó que ese era el nombre que le había puesto aquella noche entre chupitos.

—¿Me has llamado Maggie?

—Solo si tienes un mote te puedes considerar de Grimiel. Y yo quiero que seas un poco de aquí para que no te quede más remedio que volver.

Andrea depositó un fugaz beso en su mejilla y se volvió deprisa para montarse en el coche, antes de que se rindiera a la evidencia: no quería marcharse de su lado, pero necesitaba estar segura.

Cuando dejó Grimiel por segunda vez, llevaba el corazón aún más encogido que la primera. Sabía que algunos fragmentos de él se los estaba dejando en ese pequeño pueblo de Castilla.

Capítulo 20

A la exposición que tenían programada para la semana después de Navidad le siguió el frenético trabajo de conseguir un restaurador para el cuadro. Tuvo que pasar por ojos más expertos que los de Andrea para certificar su autenticidad, pero Gerardo no escatimó en gastos: tenía la intuición de que su empleada no se había equivocado. Así resultó ser, el cuadro era un boceto auténtico que había salido del taller de Murillo. Incluso rastreando algunas fuentes documentales, acabaron encontrando la transacción en la que el antepasado de Angustias se había hecho con la propiedad del mismo, lo que añadía un extra al precio por el que saldría en la subasta. No había sido por una deuda, como le contó la mujer a Andrea, fue un intercambio, aunque la historia le había llegado distorsionada por el tiempo. El antepasado de Angustias le había cambiado el cuadro a Murillo por un abanico elaborado con marfil.

Andrea estuvo pensando para qué querría el pintor el abanico y se volvió loca estableciendo hipótesis. ¿Lo habría pintado y se habría perdido? ¿Se lo habría quedado alguno de sus discípulos? ¿Se lo habría regalado a alguna mujer? Era un tema interesante para investigar, aunque lo dejó aparcado para cuando tuviera más tiempo.

Todo el trabajo que hicieron en la galería lo quisieron mantener en secreto. Querían anunciar la subasta del cuadro cuando todo estuviera listo y lograr con ello mayor efecto en la prensa, pero la galería Keitar acabó filtrando la información y los seis meses que duró la restauración fueron de locura para Gerardo y, sobre todo, para Andrea. Muy a menudo se veía asediada por la prensa y por instituciones y museos, deseosos de saber más datos del cuadro de Murillo.

En ese tiempo, la chica no se olvidó de cumplir la promesa que le había hecho a Álex. Dos veces por semana hacía una videollamada en la que ambos hablaban, con el Spiderman en miniatura como testigo. Andrea lo guardaba como un tesoro, con la intención de devolvérselo en cuanto se volvieran a ver. Todas las veces el niño preguntaba cuándo sucedería aquello, y ella siempre tenía que decirle que tuviera paciencia, que aún faltaba tiempo, pero que por nada del mundo incumpliría la promesa que le había hecho.

También hablaba con Fernando, primero con la excusa de contactar con el niño y después, poco a poco, siendo ellos mismos la primera opción. Así, despacio, se fue consolidando su amistad, pero Andrea se aplicó en ser cautelosa. No quería arriesgar su corazón mucho más de lo que lo había expuesto.

Además, no dejaba de pensar en cómo podría conjugar una relación con alguien que vivía a tres horas de su mundo sin tener que renunciar a todo. Era tan complicado que, la mayor parte de los días, cerraba los ojos, respiraba y se decía que tenía que olvidarse de lo que sentía por él, que estaba mejor así. Que solo deberían ser amigos y que el recuerdo de aquella Navidad solo debía ser eso, un agradable recuerdo que la haría sonreír cuando lo evocase.

Otras veces, cerraba los ojos y sabía que aquella noche en el hotel no había sido una noche

más y se acordaba de las palabras de Angustias, de su reflexión sabia sobre el paso del tiempo, no aprendida en los libros, sino con la experiencia que da la vida. Exactamente lo mismo que le había dicho Luisa, y las dos tenían edad de haber aprendido algo.

Y se regañaba por no ser valiente, por seguir dudando.

Su cerebro mantenía debates constantes entre razón y corazón y, al final, no llegaba a ningún acuerdo satisfactorio.

Una tarde, seis meses después, una de las que se quedaba hasta más allá de lo que era razonable en la galería, el teléfono de Andrea empezó a sonar. Al echar un vistazo, descubrió en la pantalla que era Fernando. Sus conversaciones solían producirse sobre esas horas, pero ese día, por culpa del retraso que llevaba con el inventario de algunas obras para la siguiente exposición, aún no había regresado a casa. Le dio rabia, prefería no tener otras cosas que hacer cuando charlaban, no solo por la falta de respeto que le parecía eso, sino porque ese contacto llenaba tanto su corazón que no quería compartirlo con otras tareas.

—Hola, ¿qué tal estás, Andrea?

—Hola. Bien, terminando un trabajo. Se me ha complicado todo y todavía estoy en la galería.

Gerardo también estaba allí, necesitaba cerrar la puesta en escena de la subasta del cuadro de Murillo, que pretendía anunciar esa misma semana, y se le habían quedado llamadas pendientes, pero acababa de terminarlas.

—Andrea, vamos, te invito a una cerveza —le dijo a la chica.

Fer escuchó la voz del jefe de Andrea a través del teléfono, una voz masculina desconocida para él, pero que lo puso en alerta. Quizá no había sido muy oportuno llamándola.

—Escucha —le dijo ella a Fernando, a la vez que le hacía una señal a Gerardo para que la esperase, le apetecía esa cervecita a esa hora de la tarde, cuando el calor empezaba a hacer acto de presencia en Madrid y las terrazas se convertían en pequeños paraísos urbanos—. Tengo que dejarte. Hoy se me va a hacer un poco tarde para hablar con Álex; si te parece, os llamo mañana con calma, ¿vale? Discúlpame con él.

—Sí, claro, como quieras, no te quiero entretener. Hablamos mañana.

A ella no se le pasó que había cierta decepción en su voz y además él colgó enseguida. No le dejó tiempo ni siquiera a despedirse. Guardó el teléfono en el bolso y se dirigió a su jefe:

—Me apunto a la cerveza, tengo la cabeza embotada ya.

Ambos salieron de la galería. Mientras Gerardo conectaba la alarma y bajaba el cierre, ella aguardó parada a su lado, en la puerta.

—Va a ser un bombazo la subasta del Murillo —le dijo su jefe, cuando terminó—, he conseguido que se apunte muchísima prensa a cubrir el evento. Tu idea de hacerla en Grimiél, que es donde ha estado el cuadro tanto tiempo, le da un toque extra de encanto a todo esto. He hablado con el director del hotel donde te alojaste y está como loco porque lo hayamos elegido y su negocio vaya a ser el centro de los focos. A ver si es capaz de tener la boca cerrada hasta que lo anunciemos.

—Marcos es así —se rio ella—, puro entusiasmo cuando se trata de cualquier cosa que tenga que ver con su hotel, pero creo que sabe que es importante y mantendrá todo controlado. ¿Tienes lo que te pedí?

—Claro, mañana lo traen, estará listo para el día de la subasta. No sé por qué te empeñaste en hacer ese trabajo, ha sido carísimo para el valor que tiene.

—Para mí tiene muchísimo valor, Gerardo.

—Bueno, si es así, todo perfecto. Ahora vamos a por esa cerveza y celebremos que la subasta está ya ahí. ¡Buen trabajo, Andrea!

Le pasó un brazo por el hombro y la acercó hasta él, dándole un beso en la mejilla. Ella se echó a reír.

—¡Como se entere la bruja de tu mujer de lo que acabas de hacer te deja a pan y agua meses! —le dijo entre risas.

—Qué paciencia tengo con ella —agregó su jefe—. Menos mal que la quiero.

Siguieron por la calle, riéndose y charlando, sin darse cuenta de que un par de ojos azules los estaban mirando desde la acera de enfrente. Los enmarcó una sombra de decepción al ver la sonrisa de Andrea al recibir el beso de Gerardo. Quizá se había imaginado que después de tantos meses y de tantas llamadas Andrea seguía pensando en aquello que empezaron en Nochebuena como una posibilidad. Fernando, seguro de que no había sido buena idea presentarse en Madrid para verla sin avisar, tiró en una papelería las flores que llevaba, metió las manos en los bolsillos y se dio la vuelta.

Iba a darle una sorpresa y se la había llevado él. Tal vez debería empezar a hacerse a la idea de que solo eran amigos; aunque en un momento hubiera parecido que podían ser algo más, en meses Andrea no había vuelto a hablar de lo que había pasado entre los dos.

Se encaminó hacia el aparcamiento donde había dejado su coche con la decepción siguiéndole los pasos muy de cerca.

Capítulo 21

Al final, Marcos logró tener cerrada la boca, pero en cuanto se anunció que la subasta de un boceto de Murillo sería en la sala común del hotel de Grimiel, se puso insoportable. Quería que todo estuviera perfecto para recibir a la gente de la galería, a la prensa y a los invitados. Tuvo que lidiar con medio pueblo, que no quería perderse el evento por nada del mundo. Pero no había espacio para todos y, al final, para calmar los ánimos, prometió que daría un aperitivo en la plaza tras el evento al que podrían asistir a cotillear lo que quisieran.

A los que sí invitó fue a Lucía Vega y Alberto Enríquez, porque sabía que eso incrementaría el tiempo en el que se hablaría de algo relacionado con su pueblo en la televisión. Contaba con que ayudase a que aquel verano que empezaba el hotel tuviera que colgar el cartel de no hay habitaciones.

Además, Lucía le ayudó a que la escenografía para la subasta fuera digna de la mejor producción cinematográfica. Esa chica tenía mucho estilo y había que aprovecharlo.

A media mañana de aquel viernes de junio, Andrea se presentó con Gerardo y algunas personas de la galería un poco antes de que una empresa de seguridad llegase con el cuadro. Se fiaba de Marcos, y además Lucía le había hecho llegar fotos del espacio, de cómo había quedado, pero prefería que su jefe y ella lo supervisaran con tiempo, por eso se adelantaron los dos y fueron al hotel. Nada más abrir la puerta del bar, Luisa los vio y le mandó a Andrea su particular saludo desde la barra.

—¡Ya era hora de que te dejases ver! —le dijo, usando su hosco tono de siempre.

—Yo también me alegro de verte, Luisa —contestó ella, sin perder la sonrisa y sin tomarle en cuenta la grosería—. ¿Está por aquí Marcos?

—Por ahí arriba anda, creo que ha colocado las sillas de la sala común unas dieciocho veces, y Lucía las ha vuelto a recolocar las mismas. Igual ya se han abierto la cabeza discutiendo, los he escuchado hace un rato darse muchísimas voces.

—Están en la sala común, ¿verdad?

—Ahí mismo.

—Subiré a verlos. Ve poniéndonos dos cafés, Luisa, enseguida bajamos.

—Pero se van a enfriar, nos los pondrá cuando bajemos mejor, ¿no? —dijo Gerardo.

Andrea miró a Luisa, disimulando una sonrisa.

—Luisa, este es mi jefe, te lo presento, Gerardo Sánchez, director de la galería. Le gusta el café muy caliente.

Luisa también tuvo que disimular la curva que de modo involuntario estaban trazando sus labios.

Cuando Andrea se encaminó a las escaleras, seguida por Gerardo, la alcanzó la voz de Luisa:

—Puedes usar el ascensor.

—¿Y esa novedad? —preguntó Andrea, volviéndose.

—Marcos, que ya está empleando el dinero de la lotería. Quería poner una zona *chil oot*^[4] o como se llame, pero le dije que como no arreglase primero el ascensor yo me despedía, que no tengo ya las piernas para tonterías.

La carcajada de Andrea fue sincera.

—Mientras no se le hayan ocurrido más reformas...

—Se le han ocurrido, créeme, y lo que me está costando frenarlo. Solo le he concedido sombrillas nuevas para la terraza y cambiar la cristalería, que empezaba a estar un poco deteriorada.

Se oyeron voces que procedían de la sala común, Lucía discutiendo con Marcos sobre la colocación de un atril.

—Será mejor que subamos a poner paz.

Gerardo asintió ante las palabras de su asistente.

La sala común quedaba a la derecha según se salía del ascensor. Era un amplio espacio que ocupaba más o menos la mitad de la primera planta del edificio, y que se abría en unos imponentes ventanales hacia la montaña en cuya falda se cobijaba el pueblo. Andrea recordó la Nochebuena, aquel lugar lleno de niños que desenvolvían frenéticos los regalos que había dejado Papá Noel al lado de la chimenea, y sonrió con nostalgia. Ese día, la presencia del verano mantenía la lumbre apagada, pero ni siquiera eso restaba encanto al lugar. Habían retirado los sillones y los habían cambiado por sillas.

—¡Andrea! —le dijo la actriz, nada más verla, olvidándose de Marcos y yendo hacia ella para darle un abrazo.

—Hola, Lucía.

Cuando se separaron, Andrea saludó a Marcos y después presentó a ambos a su jefe. Los dos hombres empezaron a charlar y Andrea se concentró en Lucía.

—¿Soy yo, o tú has engordado? —le preguntó, con algo de cautela.

—Un poquito —dijo Lucía, tocándose la barriga.

—¿Sí? —preguntó Andrea, abriendo mucho la boca y sonriendo hasta con la mirada cuando entendió el gesto.

—¡¡Sí!!

—¡Vaya, felicidades! Carlos tiene que estar muy contento.

—Está como loco. Y me va a volver loca, faltan todavía casi seis meses y no hay día que no me presente una lista de nombres nuevos que se le han ido ocurriendo.

—Tiene que ser emocionante elegir el nombre de tu hijo.

—Ayer me dijo: «Tuve un tío que se llamaba Marciano». Estuve a punto de empujarlo por las escaleras de casa.

Andrea volvió a reírse, desde que había llegado a Grimiel no paraba de hacerlo y se dio cuenta de lo mucho que lo necesitaba, de lo bien que le estaba viniendo a su ánimo volver al pueblo. Ella no tenía, era niña de ciudad, hija de padres de ciudad, jamás supo qué era eso de lo que le hablaban sus amigas cuando le decían que se iban a pasar el verano con los abuelos al pueblo. Sin embargo, los días que pasó en Navidad y todas las charlas con Fernando y Álex habían ido calando en su ánimo, de tal manera que se sentía así, como si hubiera regresado a un lugar muy querido, donde sus raíces estaban prendidas de algún modo, aunque en su caso hubiera sido solo porque fue trasplantada unos días.

—Ha quedado precioso, el detalle de las sillas forradas me encanta.

—Tiene su razón, son las sillas de los salones de la gente del pueblo. Como a casi todo el mundo le tocó la lotería, muchos optaron por amueblar de nuevo sus casas. Un vecino le preguntó a Marcos si quería las sillas de su salón por si había un evento alguna vez donde necesitara alguna extra, y ya sabes que todo le viene bien. Se corrió la voz y acabó con un arsenal de sillas viejas en el almacén. Pero mira por dónde, ha sido genial, porque con unas telas y un poco de trabajo esto está precioso.

—¿Me estás diciendo que las fundas las habéis hecho para esto?

—Para esto y para lo que se necesiten más adelante.

—Pero os habrán costado una pasta... Bueno, sé que aquí todos sois millonarios, pero...

La que se rio en ese instante fue Lucía, lo de millonarios, después de lo que se había llevado Hacienda, era mucho especular. A la mayoría les había dado para cancelar la hipoteca y darse caprichos como renovar los muebles de las casas. Poco más. La lotería de Navidad ya no era como antes.

—Las fundas las han cosido en el pueblo. Hombres y mujeres. Menos yo, que tampoco se me da bien coser. Menos mal que Carlos corta recto con las tijeras, yo me cargué un par de retales y me dijo que dejase eso, que lo hacía él.

—¿Qué tal tu escuela de cocina?

—Ah, genial, no hay plazas. Es todos los martes por la noche y hay lista de espera para apuntarse hasta dentro de tres años.

—¡Estupendo! Vi que las clases las imparte Daniel, el cocinero, y que viene gente de todas partes, pero seguro que es para verte a ti.

—Pues lo llevan claro, me ha echado del grupo porque dice que retraso a todo el mundo, ¿te lo puedes creer? De mi propia escuela de cocina...

Las dos se rieron.

—Da igual, en primavera estuve rodando una película en la India y tampoco podría haber asistido. Y en verano esperamos que el hotel dé tanto trabajo que haya que posponer las clases hasta que vuelva el frío.

Andrea llevaba una caja entre las manos y Lucía se ofreció a buscarle un sitio para que la dejase. No parecía que le pesara mucho, pero no podía pasarse el día con ella en las manos.

—Prefiero que te lleves a mi jefe abajo y me dejes a solas con Marcos, si no te importa —le dijo.

Lucía asintió y empleó todo su encanto en llevarse de allí a Gerardo, que por el camino le contó lo mucho que le estaba gustando cómo habían preparado la sala para la subasta. Marcos, por su parte, se acercó a Andrea.

—Quiero darte las gracias por considerar el hotel para la subasta, creo que va a ser impagable en publicidad.

—Ya sabía yo que te iba a encantar, pero en realidad solo quería que mi jefe me pagase el hotel, es carísimo para mi bolsillo.

Se echó a reír cuando vio la cara que puso Marcos, y cuando empezó a decirle que podrían haberlo hablado para que le hiciera un precio de amigos.

—¡Es broma, Marcos!

—Pensaba que me hablabas en serio.

—No. Bueno, sí es caro para mí, pero lo habría pagado encantada. Solo quería venir sin avisar a lo que venía en realidad.

—¿Y a qué has venido si no ha sido a subastar el cuadro de Angustias?

—A esto, Marcos.

Le entregó la caja que tenía entre las manos y él la miró desconcertado.

—¡Ábrela! No me puedo entretener mucho, hay cosas que preparar para la tarde.

Marcos apoyó la caja en una mesa y, en cuanto empezó a romper el precinto, supo de qué se trataba. Miró a Andrea con los ojos un pelín humedecidos, y ella le correspondió con una sonrisa melancólica. Sabía que el jarrón reconstruido iba a provocar que, durante un ratito, a Marcos le faltase el aliento por lo que significaba para él, pero se lo debía desde que Fernando y ella lo rompieron.

Cuando Marcos lo tomó en sus manos, no podía creer que apenas se notase que se había hecho pedazos. El trabajo no había sido una restauración sino una reconstrucción, así que el equipo que lo hizo no lo trató de modo que se notase la parte original y los añadidos, lo que hicieron fue intentar borrar las huellas de que una vez se desmoronó.

—Te ha tenido que costar una pasta —dijo él, casi en un susurro.

—Reconstruir un jarrón siempre es más barato que reconstruir un corazón, y yo te lo rompí.

—Ambos se lo rompimos —dijo Fernando a su espalda.

Andrea se dio la vuelta y sonrió al ver al alcalde, el chico del tractor, el que limpiaba la nieve aquellas mañanas de invierno cuando llegó a Grimiel.

—Hola, Fer.

—Hola, Andrea.

—Bueno, yo me voy a poner esto a salvo y os dejo solos, igual tenéis algo de lo que hablar. Andrea, gracias.

Le dio un beso en la mejilla y se marchó con la caja en las manos y un nudo en la garganta.

—Pensaba que te vería esta tarde —dijo Andrea.

—¿Tú crees que sabiendo que estabas aquí no iba a venir? Álex me envía para que te convenza de que comas con nosotros en casa.

—Álex está en el colegio, no seas mentiroso. ¿Quién te ha dicho que estaba aquí?

—Luisa. Me ha llamado en cuanto has subido.

—¡Será...!

—Y Angustias. Te ha visto llegar desde su casa y también me ha llamado.

—¡Pero...!

—Y mi tía Rosario.

—¡Pero si yo no conozco a ninguna tía tuya!

—Sí la conoces —se rio Fernando—, estuvo en la cena de Nochebuena y me dijo que un día habló contigo en la calle cuando volvía de comprar el pan.

Andrea se quedó pensativa un segundo, hasta que se dio cuenta de que la recordaba. Era la señora que le había preguntado si estaba discutiendo con su novio cuando tuvo una de sus enérgicas conversaciones con Gerardo. Pero ¿cómo demonios se las arreglaba la gente para tener un secreto en aquel pueblo? ¡Era imposible!

—Lo de la comida —dijo Fernando—, es solo si no le importa a tu jefe... o lo que sea.

—¿A Gerardo?

—Sí.

—¿Y por qué le iba a importar? Hemos venido con más gente, no se va a quedar a comer solo si me voy.

—Pensaba que entre él y tú...

Andrea parpadeó despacio.

—Entre nosotros, ¿qué?

—Pues... que tal vez tenéis algo —murmuró.

—¿Y se puede saber qué he hecho para que hayas llegado a esa estúpida conclusión? —dijo, mirándole a los ojos mientras se acercaba a él—. Tiene edad de ser mi padre.

—¿Solo sois compañeros de trabajo? —preguntó, reduciendo la distancia entre los dos.

—Solo, no sé por qué se te ha ocurrido pensar otra cosa —respondió ella bajito, apoyando una mano en su pecho.

—Quizá porque pasáis mucho tiempo juntos —susurró Fernando—. Podrían entrarte tentaciones de besarle.

—¿Tú crees que soy como tú, que voy besando al primero que se me acerca?

En aquel momento, la distancia entre sus bocas era tan corta que ambos notaban el aliento del otro. Una mirada de Andrea a los ojos de Fernando, otra de él a los labios de Andrea y el aire empezó a tener dificultades para distinguir quién era uno y quién el otro.

—¡Andrea!

La voz de Gerardo, procedente de las escaleras, deshizo el hechizo y separó sus bocas justo antes de que se tocasen.

—Creo que... tengo que bajar... Tengo trabajo...

—Sí, sí, claro.

Andrea se dirigió hacia la escalera. No había puesto un pie en el primer escalón cuando se dio la vuelta.

—¿A qué hora es la comida?

Fernando sonrió y la citó a las dos y media.

Álex no paró de hablar en toda la comida y a Andrea no se le borró la sonrisa en todo ese tiempo.

No recordaba haberse sentido tan en casa nunca.

[4] Luisa quiere decir *Chill out*, a su manera.

Capítulo 22

La sala común del hotel de Grimiel convertida en centro de la subasta por unas horas, reunió a lo más selecto del mundo del arte. Fueron convocados un mes antes para que asistieran a la presentación del Murillo que había recuperado del olvido la galería las últimas Navidades. Eso suponía algo excepcional en el siglo XXI, pues después de tantos años era muy extraño que aún quedasen obras del autor desconocidas para el gran público. En el catálogo que habían preparado, una reproducción de la pintura se hacía eco de su belleza y el texto subrayaba su historia, pero nunca era lo mismo que poder admirarlo.

Las personas empezaron a ocupar sus asientos. Algunas pujarían por la obra desde las sillas, pero también había quienes lo harían por teléfono, bien porque no habían podido ir, querían mantener su anonimato o bien porque no querían calentarse demasiado y acabar gastando más de lo que tenían previsto. En su lugar, se habían desplazado hasta el bonito pueblo castellano sus intermediarios.

Al tratarse de un cuadro del famoso pintor sevillano, el Estado tenía derecho de tanteo para incorporarlo al Museo del Prado, así que también había un representante de la Administración. O bien alguien se volvía loco de remate o la obra acabaría en sus manos. La oferta privada que habían hecho por él era suficiente para considerarlo un excelente negocio, pero Gerardo pensó que valía la pena organizar esa presentación en sociedad que suponía la subasta. Añadía un extra en sus aspiraciones de sacarle al cuadro mucho más que un buen pellizco, además era publicidad y prestigio para la galería por haberlo rescatado del olvido.

Mientras el dueño de la galería se quedó hablando con Luis de Medina, el subastador, Andrea esperó a su lado, junto a dos guardias civiles y dos empleados de seguridad privada que custodiaban el cuadro. Aún faltaban por llegar algunos invitados que todavía no ocupaban sus asientos.

Gerardo repasaba con el subastador el precio de salida que habían publicado en el catálogo y ambos especulaban sobre la cifra que podrían alcanzar cuando una señora mayor entró en la sala. Venía peinada de peluquería y lucía un vestido y un tocado que parecían más para una boda o para asistir al hipódromo que para presenciar un evento cultural. Verla provocó una sonrisa de Andrea y fue a buscarla de inmediato. Le había reservado un sitio en primera fila para que no se perdiera ni un detalle de lo que sucedería en la sala minutos después.

—¡Angustias! —la saludó.

—¡Hola, cielo! ¡Qué guapísima estás, Andrea!

Esta sonrió por el halago y le dio dos besos a la anciana, que se dejó conducir hasta la silla apoyándose en ella.

—Te he visto antes —le dijo la mujer al oído, apoyando su mano en la que Andrea usaba para llevarla del brazo.

—Lo sé, y ha llamado a Fernando, ¿a que sí?

—Por si acaso no lo hacías tú, que nos vamos conociendo, rica.

Andrea la miró con la boca abierta y no pudo evitar reírse. Igual era el agua de Grimiel, o el clima, lo que hacía que las mujeres mayores del pueblo se tomaran mil confianzas con los demás y encima lograsen que la gente se lo perdonara. Porque ella, desde luego, se lo había perdonado, su corazón se había alborotado al ver a Fernando de nuevo. Desde Navidad solo lo había hecho a través de la pantalla, pero no era lo mismo. El temblor de su cuerpo, el desconcierto por su presencia cercana, era algo que seguía sucediéndole, si cabía con más intensidad que unos meses antes.

Al sentir unos pasos tras ella, Andrea se dio la vuelta y vio a Víctor, el hermano de Alberto Enríquez, que se acercaba a ellas.

—Pues podía haberse ahorrado la llamada, Angustias —dijo el chico—, así Andrea me podría haber llamado a mí para quedar.

—Tú calla, que esta moza no es para ti —le dijo la mujer—. ¡Será descarado este mocoso! Anda, bájate al bar que para que estés todo el rato mirando el móvil no hace falta que ocupes una silla, ahora no me haces falta.

Víctor levantó las manos pidiendo paz a Angustias.

—Vale, vale, me voy. Encantado de verte, Andrea —le dijo a la joven, acercándose a darle dos besos que ella correspondió.

—Yo también a ti, Víctor.

—Angustias, cuando me necesite, me llama —dijo Víctor.

—Sí, sí, yo te llamo. ¡Hala, tira!

El hermano pequeño del actor abandonó la sala común bajo la atenta mirada de ambas mujeres.

—Cuidadito con este que tiene más peligro que un francotirador con hipo —le dijo Angustias a Andrea.

—¿Qué hace Víctor con usted?

—Es mi chófer. Al final, con lo de la lotería, me compré un coche, pero como no me atrevo a conducir lo he contratado para que me lleve a todas partes. Está encantado, porque su hermano no le ha dejado comprarse el deportivo que quería.

—Pero, Angustias, ¿usted no vive en la acera de enfrente? ¿La ha traído hoy Víctor en coche?

—Hombre, claro, si no para qué lo he contratado. Me lleva a por el pan todos los días y a tomar chocolate a Lorsa tres veces por semana. Me ha subido el azúcar y todo, pero lo bien que me lo paso viendo cómo las jovencitas me miran con envidia no tiene precio.

Andrea estuvo a punto de soltar una carcajada.

—Siéntese aquí, que vamos a empezar —le dijo a la mujer, indicándole la silla que le había reservado al lado de la suya.

Todo estaba listo. Luis de Medina, tras el atril situado al lado del cuadro, abrió el acto descubriendo el Murillo que se ocultaba bajo una suave tela blanca. Se escucharon murmullos de admiración al contemplar la obra, remozada tras la intensa restauración que le devolvió los colores originales. El señor de Medina la presentó, hablando un poco de su periplo desde Sevilla hasta Grimiel y el tiempo que había pasado en el salón de la casa familiar de Angustias. Justo cuando anunció al fin que iba a comenzar la puja, dos señores de mediana edad irrumpieron en la sala a voz en grito. Las cámaras de televisión y unos cuantos móviles, alentados por el morbo, se volvieron hacia ellos. Intuían que el espectáculo que estaba a punto de comenzar no era para

perdérsele.

—¡Paren esta subasta! —gritó uno, acercándose al atril de manera muy teatral.

—Esto es un atropello y además es ilegal —añadió el otro, metiendo la cabeza por delante de Luis para que se le escuchase por el micrófono, con tanta brusquedad que al subastero se le cayeron las gafas.

Gerardo miró a Andrea y esta se encogió de hombros porque no tenía ni idea de quiénes eran esos dos individuos. El más bajo de los dos, un señor que rondaba los cincuenta, pero que tenía una barriga que le añadía más años que kilos, empujó al otro para apropiarse del micro, y de paso a Luis, que aún no se había recuperado del susto por sus lentes.

—Estos señores de la galería —dijo—, han estafado a una pobre anciana, pagándole una miseria por esta obra de arte que van a sacar a subasta por medio millón de euros.

—Exigimos que se detenga este atropello, cualquiera sabe qué documentos le habrán hecho firmar para que cediera el cuadro a precio de saldo —afirmó el otro, el tipo delgado y medio calvo, que también se hizo con el micrófono a empujones.

Luis de Medina decidió dejarles que se matasen si querían y se apartó del atril. Prefirió salvar sus gafas, sin las que estaba perdido.

—¿Y ustedes quiénes son? —preguntó Gerardo, acercándose a los dos hombres.

—Son los cafres de mis sobrinos —dijo Angustias, levantándose de la silla y apuntándolos con su bastón.

—Antes de que se celebre la subasta, hemos solicitado que un médico examine a nuestra tía, porque creemos que no está capacitada para tomar ninguna decisión por su cuenta —dijo uno de ellos.

—¡Sí, hombre! —contestó Angustias, muy enfadada—. ¿A que te arreo con la garrota, so imbécil?

Andrea sujetó el bastón que Angustias blandía como si fuera una espada antes de que se le ocurriera cumplir su amenaza y darle a su sobrino o a cualquiera que estuviera cerca. Luis de Medina también debió de calibrar el peligro porque se fue al otro lado de la sala de inmediato.

—¿Lo ven? —dijo el delgado—. No está en sus cabales, no ha podido venderles el cuadro por un precio razonable. ¡Ladrones! ¡Van engañando a viejecitas para sacarles hasta los higadillos!

—¿Y qué sabes tú del precio al que vendí el cuadro, anormal? —gruñó la anciana.

—Como herederos suyos que somos, exigimos que se nos informe de cómo se ha hecho la venta y que esta pantomima se detenga de inmediato —matizó el otro.

—¡Pero qué dúo de tarados estáis hechos vosotros dos! ¿Dónde está Víctor? Tráemelo enseguida, Andrea —dijo a gritos Angustias, que había llegado al límite de su paciencia.

El chico estaba en el bar, pero enseguida subió a la sala, donde el griterío del principio se había convertido en un guirigay en el que nadie lograba entenderse.

—¿Puedes ir a casa y traer los papeles que tengo en el primer cajón de la mesilla de mi cuarto? Están en un sobre grande blanco —le dijo Angustias al muchacho.

—¡Nosotros vamos con él! —gritó uno de los sobrinos, en cuanto se dio cuenta de la orden que le había dado su tía al chico.

—De eso nada —dijo Angustias—, se van estos agentes de la Guardia Civil, que vosotros no sois de fiar. Aquí los únicos delincuentes que veo sois vosotros dos. Hala, guapetón, vete a por eso y no tardes.

Cinco minutos después, los que se tardaba en cruzar la calle y traer lo que la mujer le había pedido, Víctor volvió con uno de los guardias, que había accedido a acompañarlo. En la sala del

hotel, los ánimos aún no se habían calmado.

—Aquí está, Angustias.

La mujer recogió el sobre de manos de Víctor, buscó al subastero y se lo dio. El hombre se encontró sin saber qué era lo que quería esa mujer que hiciera con él. Con un gesto, ella le instó a abrirlo y allí encontró unos documentos, que miró con rapidez. La anciana, impaciente, le llevó al punto exacto que quería que leyera en público. Tras pedir a los agentes y a los de seguridad que le abrieran paso entre los sobrinos cabreados, el hombre se acercó al atril y se colocó delante del micrófono.

—¡Venga, hombre, que no tenemos todo el día! Que como esto se retrase mucho no llego a ver la novela —dijo Angustias.

Luis de Medina leyó la parte que les interesaba, saltándose toda la protocolaria:

—«Dado que la señora Angustias de la Fuente Romero carece de descendientes, y sus ascendientes y hermanos han fallecido antes que ella, decide, en plenas facultades mentales, que las posesiones que hubiere a su nombre en el momento de su defunción, le fueren cedidas al Ayuntamiento de Grimiel. Existe una única condición: que el consistorio adquiera el compromiso de reponer el banco que atropelló Angustias en la plaza mayor del citado municipio, y le ponga a dicho banco su nombre en una placa».

—A ver si os creáis que después de lo del día de Navidad —les dijo a sus sobrinos—, lo que escuché que ibais a hacer conmigo en cuanto tuvierais los doscientos mil euros de la lotería que me habían tocado, y lo que resultase de la venta del cuadro, os iba a dejar yo algo. Campo para correr, y ya podéis empezar a largaros porque estos señores no han venido para perder el tiempo. ¡Jesús, qué haría mi hermana mal para que le salierais tan imbéciles!

Angustias se volvió a sentar, muy digna, mientras los guardias civiles que habían acompañado a Víctor escoltaban a la salida a los sobrinos desheredados, que aún aprovecharon sus quince minutos de gloria para intentar que alguna cámara de televisión les prestase atención.

—Anda que si se llegan a enterar de que fueron dos millones —le dijo Andrea, cuando se acercó a Angustias a ver cómo se encontraba.

—Se enterarán, se enterarán, se lo voy a decir a ver si les da un corte de digestión y me dejan en paz. Anda, siéntate conmigo que estoy un poco nerviosa.

No tuvo que decírselo otra vez, Andrea se sentó a su lado y le agarró la mano. Las subastas eran emocionantes, pero aquella además iba a ser muy especial para Angustias. No solo era la primera a la que asistía, sino que, además, iba a recibir un buen pellizco de lo que se obtuviera por el cuadro.

Luis de Medina agarró el martillo, retomó la palabra y, tras volver a cantar el precio de salida del cuadro, empezaron las pujas. Angustias observaba cómo las manos de los postores elevaban los carteles con los que indicaban que querían subir el precio. A medida que se alejaban del medio millón desde el que partía el cuadro y se iban acercando a duplicarlo, la anciana miraba cada vez más alucinada a Andrea.

—¡A ver si le va a dar un chungo! —le dijo, cuando observó que empezaba a respirar entrecortado.

—No, no, estoy bien. Estoy pensando en lo que le gustaría a mi Lucas estar aquí.

La puja terminó en un precio de 975.000 euros que ofreció un particular por teléfono.

—¿Y cuánto me llevo yo de eso? —preguntó a Andrea.

—Pues, a ojo, bastante más de doscientos mil.

Angustias se puso muy seria de pronto.

—Hay que joderse con la vida, ya podía haberme caído ese pastizal cuando era joven y podría hacer algo grande con él.

—Siempre puede hacer algo grande. Además, tiene a Víctor que la lleva donde quiera, podrá ir donde desee y concederse los caprichos que quiera.

—¿Tú tienes algún deseo? —le preguntó Angustias a Andrea.

—¿Yo?

—Sí, algo que quieras y que no hayas conseguido aún porque te haga falta dinero. Igual un coche —dijo, acordándose del viejo utilitario de la chica, el que se le había roto y, junto a la nevada, había provocado que pasara la Navidad en Grimiel.

—No se preocupe, no uso el coche para casi nada. Con el que tengo me las apaño bien.

—Entonces, ¿un viaje?

—Angustias, no tiene por qué regalarme nada, esto ha sido un negocio. Ya me paga la galería.

—Para mí ha sido mucho más —dijo Angustias, poniendo sus arrugadas manos sobre las de Andrea—, durante estos meses me has llamado todas las semanas y me has dejado que te llame yo. Y no solo para hablar del cuadro.

Era cierto, con la excusa del cuadro al principio y después porque les apetecía, entre las dos había surgido una entrañable amistad. Tan íntima que Andrea había podido confirmar, de boca de la anciana, que no estaba sorda en absoluto. Tan bonita que Andrea recuperó la sensación de tener abuela.

—La amistad no necesita pagos.

—Pero vienen bien los regalos para demostrarle al otro que lo aprecias, y yo no tengo ni idea de qué regalarte. Quiero hacerlo.

—¿Un libro le parece bien? —sugirió Andrea.

—¿A que te arreo con el bastón a ti? ¡Algo interesante!

Andrea se quedó pensativa, conocía lo suficiente a Angustias para saber que no iba a dejar de insistir con facilidad. Se le había ocurrido una cosa.

—Quiero hacer un curso de especialización, pero aún no he logrado ahorrar lo suficiente, eso sí sería un regalo.

—¿Y eso cuánto cuesta?

Andrea se lo susurró al oído, un poco por comprobar si de verdad no estaba sorda y otro poco porque le parecía demasiado dinero para un regalo. Angustias la miró durante unos momentos y después cabeceó.

—Pero ¡qué tonta eres! Eso es más que razonable. Y ahora, lárgate, no sé qué haces entreteniéndote con una vieja.

—Pero...

—Mira hacia allí.

Angustias señaló la puerta, donde Fernando permanecía esperándola, apoyado en uno de sus hombros y cruzado de brazos. Cuando vio que le miraban, les dedicó una de sus espectaculares sonrisas. A Andrea se le olvidó respirar un instante y se quedó muy quieta donde estaba.

—Como no te vayas ahora mismo te llevarás un bastonazo, te lo advierto —le dijo Angustias.

La chica, alentada por las palabras de la mujer, reaccionó: le dio un beso de despedida a la anciana y se dirigió hasta Fernando, mientras la mujer tomó rumbo al ascensor para dejarlos a solas. La sala se había ido vaciando y quedaban solo los de seguridad que custodiaban el cuadro. Los demás se habían desplazado a la plaza. Desde las ventanas abiertas se escuchaba el jaleo del aperitivo que había preparado Marcos, al que parecía haber acudido todo el mundo.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —le dijo Fernando, colocándole un mechón de pelo detrás de la oreja.

Andrea miró a su alrededor, antes de preguntar ella:

—¿Dónde está el tequila?

Él le devolvió una sonrisa ladeada de las que tanto la impactaban y un brillo pícaro en los ojos.

—Sin tequila, por una vez.

—Depende, entonces —contestó Andrea, sin apartar los ojos de los de Fernando.

—Ah, ¿sí? ¿De qué?

—Del tipo de pregunta.

—Tal vez sea una de las importantes... —dijo él, bajando la voz.

—Prueba... —contestó ella, casi en un susurro.

—He escuchado a Angustias. Y yo también te quiero regalar algo. Un viaje.

—¿Un viaje? ¿Adónde?

Él desvió la mirada hacia las escaleras del edificio y después volvió a enfrentarla con la de ella.

—No es muy lejos —dijo, acariciándole a Andrea la piel del brazo. Ella emitió un suspiro involuntario al sentir su roce, pero se recompuso enseguida.

—Entonces... necesitaré una maleta con ropa de verano.

Él arrugó la nariz, sonrió y negó con la cabeza

—¿Ropa de invierno? —probó Andrea, mientras lidiaba con el escalofrío que la recorría a la vez que las yemas de los dedos de Fernando se paseaban por su brazo.

Él negó de nuevo y volvió a usar una de sus arrebatadoras sonrisas.

—¿Entonces...?

Fer introdujo la mano en el bolsillo y sacó un llavero de madera con el número de una habitación del hotel, la misma que había ocupado ella durante las Navidades. Lo balanceó delante de sus ojos.

—El viaje solo llevará unos metros, es el destino a donde quiero llegar. Hace mucho que quiero, pero me pediste tiempo y en este tiempo he aprendido algo. Tengo que preguntarte, no tomar decisiones por ti, por muy buena idea que me parezcan. Decide tú si quieres.

Andrea miró la llave, después le miró a él.

—Puede que acepte.

—¿Hay alguna condición?

—Sí —afirmó ella—. Que no volvamos a pasar seis meses sin vernos.

—Hecho.

Se acercaron un poco más. Los ojos se entrelazaron antes que los labios y un poquito antes que sus cuerpos. Y supieron, sin lugar a dudas, que lo que habían sentido en Navidad no había sido culpa del tequila ni producto de las luces de colores, que era algo mágico que fluía entre los dos.

Andrea le quitó la llave y le agarró de la mano, arrastrándolo hasta la habitación.

Se perdieron la fiesta con los habitantes de Grimiel, aunque ellos celebraron la suya.

Epílogo

Seis meses después, Nochebuena

El comedor del hotel de Grimiel se había vuelto a vestir de gala para celebrar la noche más especial del año. Marcos llevaba todo el día alterado por los preparativos, tanto que parecía que, en lugar de una cena entre vecinos, se tratase de la mismísima inauguración del establecimiento. Sus nervios no tenían que ver con la cena, sino con que la televisión autonómica había contactado con él para pedirle permiso para grabar unos minutos de la fiesta. ¡Iban a salir en el especial que estaban preparando para Nochevieja! El premio de la lotería del año anterior y la subasta del Murillo habían vuelto a situar a Grimiel en el mapa, y desde hacía unos meses estaba generando interés para la prensa de nuevo, lo que en la práctica se traducía en clientes. El intrascendente reportaje navideño, Marcos lo había elevado a categoría de acontecimiento del año por lo que podía suponer para el hotel.

—¡Marcos! ¡Como vuelvas a recolocar los conos de purpurina de la mesa te meto uno por el culo! —gruñó Luisa, harta de que lo cambiase todo de sitio.

—¡Hala! —dijo Víctor—. Mira que yo pensaba que era Angustias la más borde de este pueblo, pero tú le llevas mucha ventaja.

—Será que te he tratado mal, gañán, para que hables así de mí —le dijo la aludida al hermano pequeño de Alberto.

—Claro que no, pero desde que trabajo para usted no hay manera de ligar, interroga a todas las chicas que se me acercan. Será un milagro si logro mojar antes de la próxima Navidad...

—Anda, acompáñame a buscar mi sitio y deja de decir tonterías si no quieres que te arree un bastonazo.

Angustias se agarró del brazo de Víctor y con él avanzó por el comedor. Iba muy tiesa, con su vestido nuevo y su peinado de peluquería.

Marcos se acercó de nuevo a Luisa.

—¿Tú crees que deberíamos preparar vino caliente para darle a la cena un toque de...?

No alcanzó a terminar la frase. Ante la mirada colérica de la camarera, el director del hotel levantó las manos en señal de paz y se largó a la otra punta del comedor antes de que la furia de sus ojos lo alcanzase y lo convirtiera, por lo menos, en estatua de sal.

—Un toque el que te voy a dar yo a ti. Vino caliente... —gruñó Luisa—. ¿Y qué va a ser lo siguiente? ¿Ponche de Navidad? —gritó—. Tómate un Ribera del Duero, frío, que para eso estamos en Castilla, y deja que terminemos de prepararlo todo, que esto está a punto de llenarse de gente.

Una ráfaga de viento frío se coló en el comedor cuando se abrió la puerta de la calle y, tras ella, entró corriendo Álex. Siguiendo sus pasos, entraron Andrea, Fernando y sus padres.

—Menos mal que habéis venido —dijo Luisa—. Fer, haz el favor de sonreírle como tú sabes a la reportera de la tele cuando venga y que te entrevistó a ti, no sea que este memo de Marcos se ponga a decir tonterías y acaben no sacando al pueblo en el programa.

—Desde luego, Luisa —dijo Marcos a lo lejos—, ni en Nochebuena tienes buen humor.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Fernando.

—Nada —contestó Víctor, que se había acercado a buscar unas copas de cava para él y para Angustias—. Que Marcos y Luisa están siendo ellos mismos.

Se largó a tiempo de sortear una colleja de Luisa.

—Ya verás como sea yo misma cuando me pilles cerca.

—¿Y yo qué le puedo decir a la reportera? —le preguntó Fernando.

—Pues, hombre, algo se te ocurrirá, que para eso eres el alcalde y además el año pasado te tocó la lotería dos veces —dijo la camarera, guiñándole un ojo a Andrea.

Esta se echó a reír. Hacía un mes que había cambiado el cincuenta por ciento de su residencia a Grimiél. De martes a jueves trabajaba en Madrid, en la galería, y completaba el curso de especialización que le había regalado la generosidad de Angustias, mientras de viernes a lunes pasaba los días en el pueblo. Había logrado un acuerdo con Gerardo para teletrabajar, lo que le estaba dando la oportunidad de consolidar su relación con Fernando. Parecía que iba por tan buen camino que Angustias no paraba de bromear cuando las campanas de la iglesia sonaban, diciendo que parecía que estaban tocando a boda.

—¿No ha llegado Lucía? —preguntó Andrea a Luisa.

—Sí, está en la cocina.

—¿Se ha empeñado en preparar un postre también este año?

—Ojalá —dijo Carlos, su marido, que salía por las puertas batientes que comunicaban la cocina con el comedor—. Entra a ver si la convences para que deje de probarlo todo, se va a poner mala.

Andrea entró en la cocina y allí encontró a Lucía atacando unos pinchos de pimientos rojos con atún.

—¡Tienes que comerte uno de estos, están deliciosos! —dijo, con la boca llena.

—Lucía, en tu estado no sé yo si los pimientos con atún son la mejor idea del mundo... —le dijo, señalando su prominente barriga de embarazada.

—No digas tonterías, me están sentando de maravilla.

La actriz sonrió mientras revisaba los aperitivos que estaban preparados en la mesa de la cocina. Daniel, el cocinero, le hizo un gesto a Andrea para que la sacase de allí antes de que lo hiciera él sin tanto tacto.

—¿Cuánto te queda para salir de cuentas? —preguntó Andrea.

Lucía entornó los ojos y sonrió, mientras se tocaba su prominente barriga.

—Ayer.

—¿Ayer? ¿Y se puede saber por qué estás comiendo como si no hubiera un mañana? ¿Y si te pones de parto ahora mismo?

—Pues por eso. Porque en cuanto nazca tendré que estar a dieta si quiero trabajar de nuevo y matarme a ejercicio. ¡Dejadme disfrutar mientras pueda!

Agarró otro pincho, esta vez un montadito de morcilla, que Andrea le quitó justo cuando se lo iba a meter en la boca.

—Como te siente mal te vas a acordar de esto toda la vida. ¿Morcilla? ¡Pero tú estás chalada! Vamos fuera, anda.

—Jo, ya ha ido Carlos a decirte que me frenes, ¿verdad? Si es que no me deja hacer nada...

—Te quiere mucho y no quiere que acabes vomitando. Y yo también te quiero. Además, te necesitamos, ¿quién mejor que tú para desplegar su encanto con los de la tele? Están a punto de venir.

Salieron de la cocina y en el comedor vieron que habían llegado más vecinos, que iban tomando posiciones en la mesa. También estaban allí los reporteros, terminando de entrevistar a Fernando y, tras ellos, dos señoras que parecían perdidas.

—¡Mamá! —dijo Andrea—. Ven, Lucía, te presento a mi madre y a mi tía Salud.

La actriz sonrió y conquistó al instante a Mercedes, que le dijo por lo menos doce veces que era más guapa en persona que en la tele, mientras Salud no paraba de preguntarle cosas sobre el bebé que estaba por nacer.

Enseguida llegaron Rocío y Alberto con sus padres y los gemelos. Y Carmen. Y Laura. Y Vicente, Marcial y Marian. Poco a poco, el comedor se llenó de gente que fue buscando su lugar y se sentó alrededor de la mesa. En cuanto terminó la entrevista con el alcalde, Marcos metió prisa a todo el mundo para que se sentase. Después, cuando se percató de que tenía la atención de la cámara, se ajustó la pajarita, se estiró la chaqueta y, como hiciera un año antes, cogió una copa y una cuchara, pero esta vez se aseguró de golpear más flojito para no romperla.

—¡Bienvenidos de nuevo a la cena de Nochebuena de Grimiel! En primer lugar, gracias a todos los que repetís, y a los nuevos, esperamos que esta cena familiar la disfrutéis tanto como lo hicimos nosotros el año pasado.

»Esta Navidad no nos ha tocado la lotería, pero sí se puede decir que hemos tenido mucha suerte. Gracias al cuadro de Angustias y a la subasta en este mismo hotel, este pueblo ha vuelto a recibir a esos turistas que buscan paz y sosiego en medio del campo...

—¡Feliz Navidad! —dijo de pronto Lucía, elevando su copa.

—No, si no he acabado —siguió Marcos, antes de que los demás secundasen a la actriz y la cámara dejase de enfocarle—. También estamos contentos porque tenemos una habitante más en el pueblo, Andrea, aunque todavía no se haya decidido a venirse del todo. Es muy importante para la recuperación de la escuela, por ejemplo, que venga gente joven...

—¡Feliz Navidad! —volvió a gritar Lucía, copa en alto.

—Espera, que aún tengo cosas que decir —dijo Marcos, un poco fastidiado porque Lucía le estaba restando protagonismo—. También quería decir...

—Mira, Marcos, no, no espero. —Se levantó de la silla, la apartó mientras se sujetaba la barriga y salía de la mesa—. ¡Necesito ir al hospital!

A un segundo de silencio siguió un tremendo alboroto en el comedor, que duró unos minutos. Todos salieron a la calle y el equipo de televisión aprovechó para seguir a la actriz, para decepción del director del hotel, seguros de que esa noticia era más jugosa que cubrir una cena navideña.

Los vecinos entraron de nuevo y Fernando retuvo a Andrea en la recepción, mientras los demás ocupaban sus puestos en la mesa del comedor.

—¿Sabes que estoy de acuerdo con Marcos en algo? —susurró, luciendo una de sus sonrisas arrebatadoras.

—¿En qué? —preguntó ella, sin perder de vista el azul de sus ojos.

—En que tenemos que hacer lo posible por recuperar la escuela. Yo estoy dispuesto a sacrificarme. Todo por Grimiel y su densidad de población, claro.

Ella entornó los ojos y arrugó la boca en un gesto provocador antes de contestarle:

—Claro, y por la recuperación del medio rural.

—Por supuesto, sobre todo por eso.

Andrea se echó a reír y él tiró de su mano. Con un abrazo redujo a cero la distancia entre los dos. Luego, despacio, se acercó a su pelo, hundió en él la nariz y aspiró su aroma. De buena gana se la llevaría escaleras arriba hasta una de las habitaciones del hotel.

—Me encanta cómo hueles —le dijo.

—Y a mí cómo sabes —contestó Andrea.

Esta vez ella fue la que le besó, uno de esos besos que sellan promesas y marcan un antes y un después. Se entretuvo jugueteando con la lengua por su boca, recreándose en la blandura y la suavidad de sus labios. Luego, olvidándose de que no estaban solos, el beso se volvió más anhelante. Ambos estaban hambrientos y no parecía que los manjares que se disponían en la mesa tuvieran mucho que hacer para conseguir calmarlos. Quizá, volvió a pensar Fernando, lo de escaparse un rato fuera posible. Eran muchos en la fiesta, tal vez nadie se diera cuenta si desaparecían un ratito. En ese momento, sintió que alguien tiraba de su chaqueta.

—¿Podemos cenar ya? —preguntó Álex—. Tengo hambre.

Ambos se echaron a reír.

—Creo que tendremos que aplazar un poco tu plan de repoblación del medio rural —le dijo Andrea al oído.

Fernando la besó y, después, cogió a su hijo como si fuera un saco de patatas, haciéndole reír a carcajadas. Juntos, los tres, entraron en el comedor, a tiempo de brindar con los demás por esa nueva Navidad.

Agradecimientos

Esta novela se la escribí a mi madre como regalo de Navidad, de esa Navidad extraña que fue la de 2020, en la que no pudimos ni siquiera reencontrarnos. Como las restricciones impuestas debido al virus que nos ha cambiado la vida incluían no verla, pensé en un regalo que fuera personal y único. Se me ocurrió que lo que sé hacer es escribir, así que rescaté un antiguo esquema de novela y empecé.

Hacía tiempo que tenía ganas de volver a encontrarme con los personajes de *La chica de las fotos*, algunos de los secundarios tenían tanto encanto que me apetecía regresar a ellos y, por supuesto, a Grimiél, ese pueblito imaginario donde viven.

Y me lancé.

Poco antes de terminar, me contagié del virus, así que, sin terminar ni nada, se la mandé a mi madre, asustada por la posibilidad de que nadie la leyera. Me entró el pánico, me salió la vena dramática y la solté, por si no tuviera oportunidad. Por fortuna, el virus fue benévolo conmigo y la vida me concedió el tiempo para terminarla.

Y mi madre leyó ese primer borrador con la sonrisa en los labios que yo pretendía pintarle.

No pensaba hacer nada más con esta novela, pero mi querida Pilar Muñoz me insistió para que se la dejase leer y fue ella, como siempre, la que no me permitió guardarla en el cajón donde reposan esas historias que me cuesta tanto soltar. Así que, con la venia de mi madre, ya que esta novela era para ella, y su permiso para intentar su publicación, la mandé a Harlequin.

Aquí la tienes.

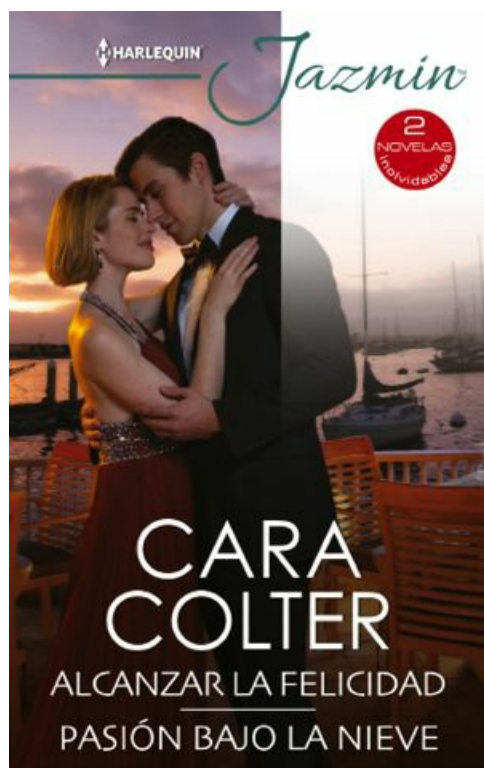
Quiero agradecerle a Pilar que siempre crea en mí (gracias por inventarte las canciones y los artistas que aparecen en la novela conmigo, en una tarde de audios muy loca), y a Erika Fiorucci, mi escritora venezolana favorita, que también leyó el manuscrito tiempo después. Ninguna me ha dejado conformarme, y sus aportaciones, estoy segura, la han hecho mejor. Por eso, también es un poco para ellas. Sois faros potentes, y si algo tengo que agradecer a esta costumbre mía de poner todo en palabras es, entre otras cosas, haberos conocido.

Quiero darle las gracias también a Elisa Mesa, mi editora, que cree en mí con los ojos cerrados, y que me ha dado la oportunidad de que ahora mismo tú, lector, tengas este libro en las manos. Mi objetivo es que la leas con una sonrisa, que disfrutes, que te sientas dentro de esta historia y que te olvides de todo lo malo que nos está pasando.

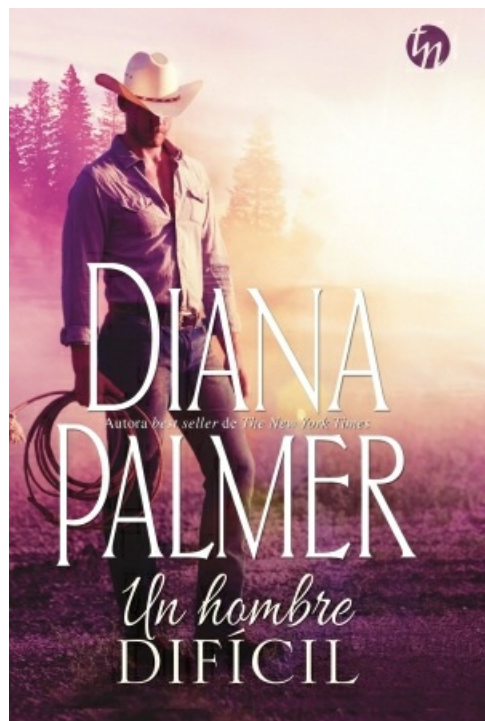
La novela no tiene una datación concreta porque yo sigo queriendo que nos olvidemos del virus.

Entre todos, tengo fe, lo vamos a conseguir.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com



Un hombre difícil

Palmer, Diana

9788413075334

288 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Blair Coleman era un millonario que siempre había cuidado de su negocio, el petróleo. Después de que la mujer de quien se creía enamorado lo utilizara y se librara de él, su vida personal dejó de ser una prioridad. Además, solo había una persona que lo quisiera de verdad, pero la irresistible belleza rubia tenía un problema: era la hija de su mejor amigo.

Niki Ashton había sido testigo de la desgracia amorosa y de la lucha del amigo de su padre. Blair era el hombre más fuerte y obstinado que había conocido nunca. Su gran corazón y su carácter apasionado lo habían convertido en el hombre de sus sueños; pero, cada vez que surgía la posibilidad de mantener una relación íntima, él se alejaba de ella.

Los celos de Blair solo flaquearon cuando se vio enfrentado a una posible tragedia. Ahora, era todo o nada: matrimonio, hijos, familia... Pero, ¿sería demasiado para Niki? ¿Llegaba demasiado tarde?

"Diana Palmer es una de esas autoras cuyos libros son siempre entretenidos. Sobresale en romanticismo, suspense y argumento".

The Romance Reader

"Diana Palmer es una hábil narradora de historias que capta la esencia de lo que una novela romántica debe ser".

Aff aire de Coeur

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Sola con un extraño

Sterling, Donna

9788413077123

224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Jennifer se estaba saltando todos sus principios. No podía acostarse con Trev Montgomery. Pero era tan guapo y atractivo... y había sido su marido durante un breve y maravilloso momento siete años atrás, así que trató de convencerse de que no ocurriría nada por pasar una última noche juntos.

Trev la habría reconocido en cualquier lugar del mundo. Aquella mujer era Diana... ¡su mujer! Solo que decía llamarse Jennifer... y aseguraba que era una prostituta. No tenía otra opción que pagarle para comprobarlo.

¿Pero qué haría si se confirmaban sus sospechas?

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Atracción legal

Childs, Lisa

9788413075150

224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Ronan Hall, un abogado de divorcios increíblemente atractivo, arruinó la reputación de Muriel Sanz para conseguir un acuerdo más sustancioso para su ex. Ella, en venganza, quiso destruir su carrera. Tendrían que haberse odiado, pero no podían dejar de tocarse ni de besarse. Si no se destrozaban en los tribunales, era posible que lo hicieran en el dormitorio...

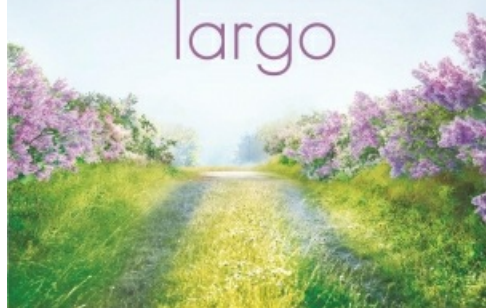
[Cómpralo y empieza a leer](#)

HQN™

Autora best seller de The New York Times

SHERRYL
WOODS

el viaje
más
largo



El viaje más largo

Woods, Sherryl

9788413075235

368 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Después de quedarse viuda, Kiera Malone tuvo que luchar para criar a sus hijos en un pueblo de Irlanda. Y justo cuando había vuelto a enamorarse, su prometido tuvo un ataque al corazón y murió, y ella volvió a quedarse sola. La pérdida de su amor la dejó hundida. Su hija y su padre la convencieron para que fuera a visitarlos a Estados Unidos. Y, con la promesa de tener un trabajo en O'Brien's, el pub irlandés de su yerno, decidió aceptar.

Sin embargo, resultó que atravesar el océano no fue nada comparado con instalarse al lado de Bryan Laramie, el malhumorado chef de O'Brien's. Muy pronto, sus peleas en la cocina se hicieron legendarias, y los casamenteros de Chesapeake Shores llegaron a la conclusión de que, donde había fuego, también tenía que haber pasión.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Deseo mediterráneo

Lee, Miranda

9788413074993

160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Una lujosa casa en la isla de Capri iba a ser la última adquisición del playboy Leonardo Fabrizzi, hasta que descubrió que la había heredado Veronica Hanson, la única mujer capaz de resistirse a sus encantos y a la que Leonardo estaba decidido a tentar hasta que se rindiese. La sedujo hábil y lentamente. La química que había entre ambos era espectacular, pero también lo fueron las consecuencias: ¡Veronica se había quedado embarazada!

[Cómpralo y empieza a leer](#)